La aldea escondida

Susanna Harutyunyán

traducción del armenio de Vartán Matiossián



armaenia

La aldea escondida

La aldea escondida

Susanna Harutyunyán

traducción del armenio por Vartán Matiossián

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid.

Հրատարակվել է Հայաստանի Հանրապետության կրթության, գիտության, մշակույթի և սպորտի նախարարության աջակցությամբ «Հայ գրականությունը թարգմանություններում» ծրագրի շրջանակում

This book is published with the support of the Ministry of Education, Science, Culture and Sports of the Republic of Armenia in the frames of "Armenian Literature in Translations" program.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: Ագռավները Նոյից առաջ, 2014

Primera edición: Mayo 2025

Ilustración de cubierta: Recreación artistica de una fotografia del pueblo abandonado de Hin Khot, Armenia @ Arthur Manucharian, 2025

Fotografía de solapa: © Dirk Skiba, 2023

Copyright © Susanna Harutyunyán, 2014 ©Սուսաննա Հարությունյան, Ագռավները Նոյից առաջ, 2014.

Agreement by ARI Literary and Talent Agency

Copyright de la traducción © Vartan Matiossián, 2025

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S. L. 2025

Armaenia Editorial, S. L.

www.armaeniaeditorial.com

Diseño: Joaquín Gallego

Impresión: Gráficas Cofás, S. A.

ISBN: 978-84-18994-49-4

D.L.: M-3300-2025

Impreso en España

Cofinanciado por la Unión Europea

Había prometido matar al niño en cuanto naciera. Iba a recibir treinta huevos por el parto, incluyendo quince de pavo, aunque el costo de su labor como partera consistía siempre en diez huevos de gallina y los insultos que el niño recibe después si se porta mal. («Maldita sea la partera que te trajo al mundo», dicen, convencidos de que el recién nacido heredará las características de quien le haya tocado por primera vez). Deshacerse del feto era más caro: el precio equivalía a la pieza de seda verde que había recibido el día en que Najshún se dobló en dos entre las mujeres reunidas en la fuente, se golpeó la rodilla contra el suelo y gimió de dolor. Dos mujeres la alzaron en sus brazos y la llevaron a casa, y Bavakán, la esposa del albañil, hizo un guiño a las otras, incluyendo a Sató, para que la siguieran.

Cuando los dolores de la parturienta lo permitían, Sató salía. «¿Y?», las mujeres agrupadas en la puerta frotaban sus manos heladas con nieve y la miraban expectantes, taladrando el silencio con sus miradas. «No», decía y giraba sobre sus talones para ir adentro, beber una medida de vodka de manzana, llenar de estiércol la estufa con el pie y vociferar a quienes estaban cerca de la puerta con los ojos entrecerrados por el humo penetrante: «¡Abrid la claraboya!». «La luna le va a pegar a la parturienta», hacían eco desde afuera. Sató, ahogada por el humo, se acercaba a ella, limpiándose los ojos lacrimosos. «Es un "jinete"[1] —le explicaba a la mujer desvanecida por el sufrimiento—. Esperaremos un poco; si no viene, meteré la mano para enderezarlo». Movía la manta hacia los pies de la mujer, le acariciaba la frente y suspiraba mientras la miraba a los ojos: «Es nuestro dolor, y tenemos que soportarlo. Si no, ¿a quién nos vamos a quejar?». Entre idas y venidas, ya había vaciado la mitad de la botella de vodka que le habían dado para lavarse las manos y, mientras recordaba la pieza de seda verde, pensaba que, si no cumplía con su promesa, las mujeres la matarían. Harut había traído la pieza de seda unos meses antes a petición de la esposa del zapatero, que quería llevarla en bandeja a la casa de su futura nuera. Pero, apiadándose de la

parturienta, había accedido a desprenderse de ella durante la conversación en la que las mujeres habían empezado a convencer a Sató de que interviniera. El sastre había cosido una chaqueta de manga larga en solo medio día, antes de que Sató se arrepintiera. En el futuro, Sató, ya pasados los noventa años, perdidos los familiares y la memoria, solo conservará el recuerdo desintegrado de aquella chaqueta verde y la buscará por toda la aldea: «Mi chaqueta... ¿Quién se la llevó? ¿A quién se la dieron...?». La gente dirá: «Mira en tu arcón... en los pliegues de la cama...». «¡Eh, ingenuo pueblo armenio! —dirá Sató, revolviendo la casa y la aldea—. ¡Se fue! ¡La chaqueta voló! Está en el camino de Ereván... En el carro de Harut... Se la robaron, se la llevaron, ¿qué otra cosa, si no?». Pero en aquella época, las mujeres, entre el olor a harina y el trajín en la panadería de Zavén, habían sugerido la necesidad de que Najshún abortara. Sató se mostró de acuerdo: «¿Qué fuerza tiene un niño? Si le aprietas la nariz y la boca con tu mano, se asfixia». Pero cuando vio que no sería un solo parto, sino que el feto era doble, comprendió que era superior a sus fuerzas. De haber sido uno solo, no hubiera importado, le habría dicho a la madre que había nacido muerto; cuántas vidas habían pasado por sus manos mientras decidía sobre la vida y la muerte. ¡Cuántas veces...! En la última, había ayudado a una huérfana, la hija del herrero, que era deficiente mental. La había acogido en su casa durante una semana; llenaba la materia fecal en los baldes y le decía que fuera a arrojarla sobre el estiércol para que abortara: «¿A quién le hace falta una prole que te recuerde tu humillación a cada instante?», le argumentaba a la chica. Pero los baldes, por lo visto, no eran lo suficientemente pesados. Nada de lo que le hizo beber o comer hizo efecto... Le pusieron una piedra de moler sobre el vientre durante dos noches; la columna vertebral crujía y los huesos de la espalda se quebraban, pero el feto no salía. Luego el turbio líquido fetal fluyó y abortó; era sietemesino como este, un bebé sano, varón... Berreaba reclinado sobre el heno; ella no se acercaba ni cortaba el cordón. Gritó y vociferó durante dos horas; el sonido de su voz se oía en todas partes, pero no terminaba de morir. Sató se había refugiado en el establo, dejando a la madre y a su bebé abandonados... Si al menos el tiempo hubiera sido favorable, Harut la habría ayudado; en Ereván, Baiazed, Arán o alguna otra parte hallarían alguna familia sin hijos para entregar al bebé. Pero era un invierno

como este, aún más frío, era un bebé sano, con el ombligo sin cortar, y gritó tanto... Se ahogó en sus alaridos. En aquella época era fácil, no había ninguna duda o temor; todos sabían, todos veían que esa deficiente mental no podría cuidar de un hijo, y su padre era un hombre solo que envejecía... No había otra opción; hasta el herrero había prometido una bolsa de harina adicional. Mientras que esta parturienta, ignorante de todo, portaba una pareja cuyos sonidos, aún antes de nacer, se escuchaban más allá de la puerta, y era evidente que tenían un llanto sano. Sin contar a Harut, que cuando se enterara, torcería el cuello de Sató en un santiamén y arrojaría su cabeza a un lado... O vendría el castigo supremo, el caballo, que Harut guardaba para casos especiales. Había visto una vez, al despuntar el sol —ni siquiera supo qué había hecho aquel pobre hombre—, cómo Harut había pateado los testículos del caballo y el caballo le había llevado a rastras sobre las piedras... ¿Qué mejores jueces que las piedras? A quienes preguntaron: «¿Qué pasó con aquel hombre que trajiste la semana pasada oculto debajo de la sal de roca?», Harut respondió a medio decir: «No era uno de los nuestros... se fue». ¿Quién se hubiera atrevido a hacerle otra pregunta o a pedirle cuentas?

Al pensar en Harut, Sató sintió un sudor frío que la recorría. Sintió cómo se mojaba su cuello y, con el viento helado, tuvo un escalofrío. Igual que aquella noche cuando Harut se había quedado en mar abierto; el viento frío había penetrado en sus pulmones y tenía la garganta llena de pus, mientras el sudor fluía en abundancia... Tras limpiarle la garganta con bencina, le había hecho beber un extracto vegetal y esperaron a que la temperatura bajara mientras conversaban. Harut habló de los recién llegados: «Sató, te he dado tiempo para que les ayudes a recobrarse. ¿Por qué no lo haces?». Ella se justificó: «Están muy atemorizados. Tienen miedo del sol, de la oscuridad, del frío, del calor, de la gente, del viento... No comen ni beben, ni se meten entre la gente... Nada de lo que sé hacer tiene efecto en ellos... Están aterrados. ¿Qué digo aterrados? Están totalmente trastornados». «Si lo que conoces no les afecta, prueba con algo que otros conocen», gimió Harut con la cabeza hirviendo de fiebre. Ella se decidió... El miedo a la oscuridad, al frío, a las fieras todavía estaba presente, pero el temor a Dios no les arredraba, porque hacían una buena obra. Cuando la luna desapareció y

el mundo quedó a oscuras, una pupila negra como el ojo de una paloma, Sató montó el caballo salvaje y lo espoleó en la calma de la noche. La paz nocturna era aterradora; la componían aullidos, gruñidos roncos de buitres, suspiros del viento ahogados en los valles, estrépito de piedras cayendo en aluvión desde las cumbres... La paz nocturna era la lucha entre los sonidos de la naturaleza y el silencio universal; ora aquellos crecían y lo asfixiaban, ora este se activaba y los exterminaba... Sató galopaba en su montura sin saber qué partido tomar. Nunca había tenido tanto miedo. Si fuera por ella, renunciaría, pero las venas palpitantes del sudoroso animal vibraban debajo de sus muslos y lanzaban vapor por los flancos, y la aterraba la idea de que, si no hacía lo posible por cumplir con su cometido, el caballo de palpitantes flancos arrastraría su cuerpo con su feroz galope, le rompería los huesos contra las piedras y nadie corroboraría en el crepúsculo si se trataba de su sangre ennegrecida sobre las piedras o del sudor del sol. Era la primera persona que abandonaba la aldea además de Harut; era la primera vez en su vida, y volvía al lugar del que Harut la había llevado a escondidas hacia el monte, cargándola en sus espaldas envuelta en una alfombra. A tientas en la oscuridad, fue hacia el cementerio... A cuatro patas, como un perro, destruyó la primera tumba que encontró, extrajo los huesos y se los llevó con ella. Los lavó y secó en la noche y después los molió, tamizó el polvo en la escudilla de metal y lo amasó mezclándolo con harina, horneó pan y lo distribuyó a los recién llegados. Estos lo comieron y digirieron sus propios temores con el polvo de la harina de huesos.

Sató miró aterrada hacia las montañas, en cuyas cumbres las nubes se ahogaban en la niebla que habían traído, y sintió un temblor.

El hijo de Vardanush, acurrucado contra su madre, esperaba el grito del recién nacido junto con el grupo de mujeres para llevar la noticia a Harut. Este le había prometido un cachorro de perro, con las orejas sin cortar y capaz de volverse salvaje. Colgado de las faldas de su madre, el niño imaginaba cómo enseñaría al cachorro a ladrar y a extender la pata sobre las baldosas reblandecidas por el sol. Subía y bajaba los pies por el frío mientras escuchaba el disgusto de las mujeres, convirtiéndose en involuntario partícipe del pánico de Sató, del frío insoportable de la noche y del sufrimiento de Najshún. «Así es la descendencia antes de

nacer, ya se ha comido a la pobre mujer». Al escuchar las palabras de su madre, el chico pensó con asombro que, aunque el recién nacido aún no existía, todo el mundo hablaba de él desde hacía mucho tiempo, desde que los emigrantes habían aparecido. Como sucede con la muerte, cuando el hombre ya no existe pero su existencia ausente es motivo de evocación durante largo tiempo.

El viento del sur trajo gotas frías y la inquietud de las mujeres se multiplicó: «¿No ha parido todavía…? Esto no se puede aguantar más…». «En una de esas cae muerta en el parto». El niño se apiadaba de Najshún, porque una vez ya la había visto muerta, lo cual había sido enormemente triste y aterrorizador. El chiquillo recordó el día que había visto a Najshún por primera vez.

Era el compromiso de su hermana, y le habían vuelto a designar mensajero. «El huésped es el *zurná*[2] de la casa; sopla fuera lo que haya visto dentro». La madre le había prometido *halva*[3] de la bandeja de la novia y le había apostado en la cima del monte para que avisara en cuanto trajeran el pescado. El carro se demoraba…

Una víbora emergía de debajo de la tierra desde un rincón de la lápida. La víbora venía del otro mundo; por eso venía lentamente, arrastrándose, silbando una y otra vez, y sus cascabeles giraban y giraban en dirección a la tierra. El chico esperó a que la víbora saliera, parte por parte, y luego se encaramó en la piedra y miró atemorizado cómo se metía entre la piedra y las espinas, aplastando sus flancos, restregándose. Esperó pacientemente a que el ofidio se extendiera y serpenteara pesadamente hacia el altar de sacrificios cubierto con hierba y flores; el altar era una pesada losa que había absorbido sol y sangre y no había podido soportar su propio peso, colgándose del cuello de la tierra y tirándola hacia abajo… Tenía una gruesa cruz labrada en el centro, sobre la cual habían cortado el cuello del *matagh*[4], y había huellas negras de sangre seca en la cruz… Los cuchillos estaban afilados, y la sangre había salpicado la hierba, donde las gotas de sangre eran negras y rojas en los tallos; las raíces habían bebido sangre como fieras. La víbora se frotó contra la losa caliente y estranguló la cruz debajo de su abdomen, y su peso se sumó al de la sangre para arrastrarse entre las hierbas. Entre las espinas, el chico vio una nube con manchas entre las

piedras, casi pegada a su dedo gordo. Se inclinó, recogió cuidadosamente la piel de la víbora y se la guardó; se la llevaría a su hermana para que la entretejiera en sus cabellos y se alargaran. Acarició la cola aún cálida del lagarto en su bolsillo, que, según dicen, trae riqueza, y, contento con el botín del día, se sentó sobre la piedra.

Al fin aparecieron; los dos eran jóvenes, sanos, con gruesas patas y habituados a la vara... Un adorno pendía de la cabeza de Aló y el cuerno derecho de Bló tenía un puñado de cabellos multicolores fabricado con los hilos de una alfombra, cuyas hebras vibraban rítmicamente con los movimientos de su cabeza. El silbido del carretero hendió el aire como un látigo. Los bueyes comprendieron la orden y se lanzaron hacia delante entre el polvo. La nube de polvo debajo de sus patas no se levantaba de una vez, como sucede en el caso de un caballo al galope, sino lentamente, sin prisa, tal como la gente inteligente pondera sus palabras antes de hablar. Piedras y guijarros rodaron cuesta abajo, entrechocando en la nube de polvo. El chico parado en la cumbre del monte sonrió al ver el carro bien cargado, el esfuerzo de los bueyes y al carretero que daba continuas órdenes, con el silbido pendiente sobre la cabeza de las bestias. Cuando las ruedas de madera atacaron con furia la losa resquebrajada, incrustada en el suelo, y pasaron con un chirrido, levantó la campana que tenía en su mano y dio la vuelta, sacudiéndola mientras corría hacia la aldea y gritaba con un tono más agudo que el de la campana:

—¡Han traído el pescado...! ¡Pescado fresco...! ¡Pescado...!

Los bueyes, resoplando vapor y mocos, se detuvieron en el centro de la aldea. El chico sonrió y acarició la cabeza sudorosa y polvorienta de uno de los animales. Luego avanzó para abrir el carro. Levantó la tela y gritó... Los aldeanos que esperaban el pescado miraron aterrorizados. Algunos gritaban sin quererlo, otros cubrían los ojos del niño que los acompañaba, y otros murmuraban palabras incoherentes:

—¡Sató! —gritó Harut—. ¡Sató...!

—¿Sí? —Se oyó la voz indiferente de Sató a espaldas de alguien.

—Mañana tienes que hacerles hablar... —Y apuntó al carro.

—Hijo mío —balbuceó la anciana—, soy una partera, me ocupo de nacimientos y practico abortos...

—También curas las verrugas.

—Hijo… —volvió a balbucear la anciana y, pacientemente, comenzó a explicarle a Harut que leer una plegaria y enterrar una semilla de cebada en los días de luna nueva era una cosa y resucitar era otra… —. La luna nueva no les va a ayudar.

—No lo sé —repuso Harut—. Por la mañana tienen que hablar conmigo. El resto es tu problema… Que cada familia se lleve uno, y quienes se han comido la miel y la manteca, dos.

—¿Y para qué queremos estos cadáveres? —refunfuñó alguien entre la multitud, sin atreverse a identificarse.

—Nosotros no hemos robado la comida —murmuró la mujer de Vazguén—, sino que nos la hemos encontrado y comido.

Harut la miró directamente a los ojos. La mujer bajó la cabeza, se acercó al carro en silencio y escudriñó en su interior:

—Me llevaré a la embarazada —dijo—. He aquí los dos que has dicho.

—La embarazada ya tiene dueño. Simón se la llevará.

—Yo… yo… —balbuceó el anciano Simón—. ¿Acaso tengo paciencia con los niños?

—No tengas miedo —Aruseak le dio un codazo—. Los cadáveres no dan a luz.

—Y tú… —replicó Simón—. Dime, ¿por qué les has puesto en esta situación? Quien lo ha hecho, que se haga cargo.

—Eso… —susurró la partera Sató—. ¿Quiénes son estos?

—¿Acaso lo sé…?

—¿Dónde estaban? ¿Dónde los has encontrado?

—Han venido.

—¿Han venido? ¿A pie?

—A pie.

—¡Ay mi…! —Sató se agarró la cabeza, aterrada—. Nos han descubierto.

Ahora Sató tenía la misma mirada que aquel día, pero no exclamaba agarrándose la cabeza, sino que soportaba el terror sola, sin compartirlo con nadie. Murmurando algo entre dientes, quizás una plegaria, entraba y salía, echando polvo en el umbral con su puño, y se restregaba la nariz, sorprendida de que los dolores de la parturienta no se aliviaran de esa manera. Las mujeres, subiendo y bajando los pies para calentarse, se

consolaban pensando que ese sufrimiento solo traía personas importantes al mundo. Esta idea hacía crecer en ellas el respeto por lo Inimaginable.

La partera Sató volvió a tomar un sorbo del vodka de manzana, y cuando las mellizas nacieron al amanecer y estaba cortando el cordón umbilical con el cuchillo puesto al rojo vivo en el fuego y lavado con el vodka, sus manos ya temblaban, y a duras penas escapó por la puerta trasera hacia la casa de enfrente, donde Sedrak se estaba muriendo y ella tenía que lavar el cadáver y prepararlo para el entierro. Las mujeres fueron detrás de ella, preguntando: «¿Qué?». «Vaya con vosotras, tened paciencia... Sedrak se está muriendo...». Sató escapó, irritada. Vardanush metió en su boca los dedos azulados de su hijo y los sopló para calentarlos: «Corre a casa —ordenó—, corre a casa, si no vas a coger una tuberculosis. De cualquier manera, Harut te va a dar el cachorro, ¿qué va a hacer con cinco hembras?». Y mirando a la partera que se alejaba, pronosticó: «Seguro que es varón... Este se va, aquél viene». Especialmente si tomaba en cuenta que Sedrak también se estaba yendo a duras penas... Los gallos estaban cantando en sus oídos desde hacía más de un mes. Todos los días pedía agua de la Fuente Muda. Nunca había sucedido que alguien pidiera agua de esa fuente y no muriera; era el último deseo de los aldeanos, su última petición al mundo. La fuente era caprichosa... El ruido retumbaba debajo de la tierra y hacía que la gente no pudiera escucharse, pero el agua no fluía hacia el exterior. Nadie sabía por qué la fuente se llamaba así. ¿La habían excavado o la habían descubierto por casualidad? ¿Cómo era que esa fuente seca había reemplazado al ángel de la muerte? Personas enfermas y ancianas aguardaban días y meses, moribundas, hasta que la fuente resolviera la hora de su partida y, ¡pfff!, emitiera unos chorros para que quienes pernoctaban cerca del manantial recogieran el agua con premura y la hicieran llegar al enfermo, que esperaba para beberla y entregar su alma... Lo importante era que la fuente existía y el agua brotaba a borbotones. A veces surgía, se revelaba por un instante como la duda y desaparecía; se necesitaba astucia para captar el momento, como si fuera un momento de éxito, mantener el puño debajo del agua, y hacer llegar el sorbo remanente al enfermo. Todo se había prolongado para Sedrak: los niños de la aldea habían ido cinco días seguidos sin conseguir el

agua hasta que al final Harut había logrado obtener medio jarro. Sedrak bebió: «¡Aaah!», dijo. «Ahora solo faltan los gallos...». El gallo era otra cosa para Sedrak. «A las gaviotas, tienes que querer a las gaviotas», se burlaban los aldeanos, señalando a los pájaros que se balanceaban sobre las olas, «más que a los gallos... Cuando un pájaro no vuela, ¿qué clase de pájaro es? ¡Es una bestia!». «Vaya idea», se asombraba Sedrak, «si la gaviota sintiera la proximidad del sol como el gallo, ¿qué falta le haría volar?». Cuando alguien enfermaba en la aldea o había una alegría o una tristeza, iba a visitar al enfermo o a transmitir sus felicitaciones con los gallos atados por las patas y colgados de sus dedos cabeza abajo. Al caminar, de tanto en tanto, especialmente al encontrarse con alguien, miraba triunfante a los gallos, que, cansados de proferir sonidos, pendían de sus brazos boca abajo, con las cabezas curvadas hacia arriba para que el pico no les arrastrara por el suelo. Al llegar a su destino, permanecía allí hasta que sacrificaran el gallo y lo sentaran a la mesa con el enfermo... Al comer, masticaba lentamente con los codos sobre la mesa y chupaba minuciosamente los huesos del pájaro. Había comido por última vez de esa manera cuando habían sacrificado el gallo rechoncho con barba rojiza, el último deseo de Amó. Ese día Sedrak se sentó bajo el árbol, se puso el plato entre las rodillas y llenó los vasos con vodka casero. «Que te conviertas en luz, Amó», le deseó sin quererlo, por pura bondad cristiana, y comió el último deseo de Amó. Por fortuna, Amó no iba a llegar a comer el gallo. Obligaba a sus nueras a que le bañaran: «Es vuestra obligación», decía, «cuidar del suegro». Se desvestía, entraba en la palangana y, cuando las nueras se inclinaban para verter el agua sobre él, les echaba mano. Un amanecer, mientras sacaba el rebaño del establo, los hombres del barrio le propinaron una paliza. «Mi hijo menor es impotente, la mujer va a terminar por abandonarle. Lo hago por la solidez de nuestra familia...», se justificaba el ensangrentado Amó. No era un hombre demasiado puro, pero al morir tuvo a su lado mujer e hijos a quienes entregar el último suspiro. Sedrak exhaló un pesado gemido y, mientras el aire silbaba en sus pulmones, preguntó: «Sató, tú no has visto a mi primera mujer, ¿no? Cómo la ibas a ver, aún no habías venido por ese entonces. Pero tú has bañado a la segunda...». «Tenía un bello cuerpo», recordó Sató. «Ay, ambas han venido y están delante de mí a la espera». «¿Con quién te vas

a ir?». «Todavía no lo sé, cuando me vaya te lo diré». «¿Y cómo me lo dirás después de irte...?». «Si tengo algo que decir, encontraré la forma de decirlo, no te preocupes». Un poco después, repitió entre gemidos: «Sató, ¿sientes la voz del gallo?». «No», respondió Sató mientras verificaba si el agua en la marmita sobre el *tonir*[5] se había calentado y bastaría para bañar al muerto.

Sató sentía la muerte por el olor, como los perros a la presa: «La nariz se ha afilado —escudriñó a Sedrak, acostado con los ojos cerrados—, falta poco». Resolvió quedarse a su lado y esperar; era un pecado que Sedrak estuviera solo en aquel momento. Pensó que la aldea haria la colecta de la ayuda necesaria para el entierro. Extrajo la faltriquera de entre sus pechos y puso unos cuantos billetes sobre la mesa, salivando sus dedos cada vez y contando los billetes uno por uno; luego se arrepintió y volvió a poner la mitad en la faltriquera. Miró y puso uno más. Volvió a contemplar a Sedrak, quien respiraba a duras penas y seguía con los ojos cerrados. Tomó el último billete, lo metió en la faltriquera, la ató y la puso en su lugar: «¿Acaso todo mi esfuerzo no vale ni un centavo...? Que den el dinero quienes están sentados en sus casas y mañana vendrán a alinearse a la cabeza del muerto y a lloriquear...». Se levantó y agregó medio balde de agua a la marmita. El ruido hizo que Sedrak abriera los ojos: «Sató, ¿los aldeanos saben que me estoy muriendo?». «Se lo he dicho en dos palabras». «Vaya gente —espetó Sedrak—, ¿cuándo van a devolver los gallos que se llevaron?». Dirigió la mirada hacia la puerta, por si acaso alguien viniera a visitarle con los gallos a cuestas, y su mirada se congeló. Sató cerró sus ojos en un murmullo, le acomodó, le cubrió con la manta y salió: «Murió —dijo a las mujeres agolpadas afuera—. Es una lástima, entrad, no le dejéis solo hasta que yo vuelva». Corrió hacia la parturienta mientras pensaba a quién llamar para que se sentara al lado del muerto... No era cosa de dejarle solo, pero ella estaba tan cansada... Además, la aldea estaba llena de gatos, podrían venir y ensuciar el cadáver.

* * *

El sol, sin una tumba como los dioses, se fue... «Bienaventurado el sol porque tiene un lugar para escapar», pensó Harut mientras iba y venía.

Solo había sentido esa inquietud en su infancia, a los cinco (o siete) años, cuando mordió una zanahoria y su diente quedó incrustado en ella. Le arrancaron el otro diente que se movía: ataron un extremo del hilo al diente y el otro a la puerta abierta; Perch dio un puntapié y la puerta se cerró con estruendo llevándose el hilo y el diente y, colgada del hilo, la infancia de Harut. Estaban a finales de otoño por aquel entonces, eran los mismos días, pero todavía no había nieve. Con similar impaciencia, sacudiendo el puño cerrado y agitando los dientes caídos, esperó la salida de la luna. La luna salió rápida, sin raíces, como una planta del desierto, corriendo delante del viento. Se sentó en los hombros de Perch y miró hacia arriba. Agitó los dientes en su puño una vez más mientras gritaba en la cara del cielo con toda su fuerza: «Toma estos dientes de lobo y dame dientes de cordero». Y con la misma fuerza arrojó los dientes hacia el cielo a través de la noche otoñal. ¿Acaso la luna los recogió? ¿Qué iba a hacer el cielo con esos dientes de leche...? Ahora, recordaba con una sonrisa: «¿Por qué dientes de cordero...? Por más inocente que sea, el cordero crece y se convierte en oveja». Seguro que ahora no querría esos dientes...

La luna contemplaba desde arriba con la mirada fría de un insecto embalsamado en resina. El aullido se expandía desde un lugar incierto hacia la luna y a saber qué traía a la mente del insomne Harut, le abría el alma y revelaba la costra de sus heridas. El dolor afluía desde su interior, lastimando sus raíces, y se frenaba en su garganta. Pensó: «¿Qué es lo que le hace cantar y sollozar? ¿No encuentra una presa? ¿La nostalgia de la sangre hace que le duelan las fosas nasales? ¡Eh, hermano lobo», suspiró, «si mi dolor fuera el tuyo, tu voz ni se escucharía!». Otras veces, los perros habrían ladrado desde mil lugares; entusiasmados por la furia, sus gruñidos hubieran ahogado el aullido solitario del lobo. Pero los perros parecían estar todos muertos hoy, como si el lobo hubiera entrado en una aldea sin perros y, con sus aullidos, hubiera destrozado corazones. «Qué sonido tan dulce tiene», se admiró, «largos aullidos tan sentidos, como si fueran un rezo». Luego, aterrorizado ante la idea, suplicó: «Dios mío, haz que mi plegaria nunca se convierta en aullido».

Uno de los defectos de la vida es que no se puede negar la sangre. Y ahora la memoria de esa sangre había llegado: tac, tac, tac... Con el picoteo rítmico y regular de un pájaro carpintero, golpeaba obstinada y

sordamente. Al respirar, era como si le metieran un clavo en el corazón. Probablemente, habían matado a uno de sus padres de una cuchillada en el corazón, y el dolor había venido con la memoria de la sangre. Nunca los había visto, ni siquiera en sueños, y su memoria no tenía una imagen para hacerla resurgir. Obviamente, podía llenar ese vacío con iconos o la imaginación, pero eso sería una falsificación, y su propósito no era engañarse a sí mismo.

Nunca le preguntó a Perch si habían venido a caballo o a pie. Tampoco le preguntó cuál era su relación de parentesco. Él le había dicho que era su tío paterno; entonces, era su tío paterno. De lo contrario, el día de la matanza no hubiera oído el estrépito proveniente del granero; no habría tomado el chal de los hombros de su madre caída boca abajo; no habría vaciado a toda velocidad la tierra tostada y caliente que las madres ponían en la cuna para que la orina del bebé se evaporara y abajo quedara seco, y no habría arrojado a Harut en su interior para huir, golpeando por accidente la cabeza de su padre, que había rodado por el patio después de que la cortaran hasta frenarse contra el comedero de las gallinas.

Perch lo sabía todo. Su memoria tenía más rostros de los que podían encontrarse en la Biblia. Todos estaban cuidadosamente enmarcados y adosados a las paredes de la memoria. Por desgracia, envejeció muy pronto, y la emigración empezó muy rápido en los otoños de su memoria; en una noche, todos los rostros y los eventos se alejaron en bandadas, tal como desaparecen las arrugas del rostro de un difunto. Su mente se borró, la sangre perdió la memoria y se convirtió en una caña hueca. Perch, como si fuera intencionadamente, limpió su cerebro: dirigió el chorro de tristeza hacia el interior y lo lavó como las aguas de la cólera de Dios limpiaron el mundo, sin dejar nada. Ni una memoria, ni un Noé. Al principio la memoria, después la vista, después la capacidad de hablar... Se encerró en el olvido como la mariposa macho cierra el órgano sexual de la hembra para que ya no haya más entrada y salida... Se liberó de cuanto le perturbaba y vivía en paz. Aunque de vez en cuando algún hecho desconocido le sobresaltaba y miraba inconscientemente a diestra y siniestra. Los aldeanos cuidaban de Perch como si fuera la tumba de un allegado o una reliquia familiar, una Biblia manuscrita con encuadernación de plata que se transmite de generación

en generación, a la que se pule con respeto, se besa con temor y se envuelve en seda roja para mantenerla lejos de ojos extraños. Esa era quizás la causa por la que había vivido tan largo tiempo, un tiempo tan largo que provocó la deshonra de la vida y de la muerte y las humilló por incapaces.

Sí, los supervivientes vivieron largas vidas, como si se olvidaran de morir, como si fuera a propósito, como para revivir el terror... La vida les abandonaba, pero el terror no. Se agazapaba a su lado como un perro fiel, les lamía la mano, se frotaba en sus pies y, aunque las puertas se cerraran, tampoco se alejaba. Vagaba, transmitiéndose de boca en boca como los secretos de los antiguos hechizos, y solo las bocas fiables lo guardaban, para que no se escribiera, no se registrara y no cayera en manos deshonestas.

Al pensar en Perch, su corazón empezó a latir agitadamente, a una velocidad y con una clase de furia que solo puede venir de la injusticia. Comenzó a caminar nuevamente. Le dolía el pie cuando se sentaba un rato largo. También le dolía cuando caminaba demasiado. Y también por el frío. Pero el calor hacía que le doliera aún más... Si la madre le hubiera arrojado en el trigo con un poco de cuidado, si al menos le hubiera agarrado de otro lado... No importa, fuera lo que fuera lo que hubiera hecho, un órgano doliente era su destino. Si al menos la abuela hubiera vivido. Si así fuera, ella habría estrangulado un pichón y golpeado su cuerpo sin desplumarlo, y lo hubiera puesto, aún caliente, sobre la rodilla para que el pájaro sacrificado, pero no muerto del todo, absorbiera el dolor con su cuerpo.

—¿Duermes? —Sisak asomó primero la cabeza y luego entró de cuerpo entero, temblequeando, con la mano apretada contra el costado —. No te has asustado, ¿no? Soy yo.

—Ven, no estoy dormido, no me he asustado... —Harut respondió a todas las preguntas a la vez.

—Sató no entiende. Dice que Najshún puede morir. Aunque si eso fuera a suceder, quizá sería lo mejor.

—¿Cómo es que la muerte puede ser lo mejor? —Se asombró Harut.

—Todo es posible. ¿Acaso es realmente una vida lo que han vivido hasta ahora? Toma esta lista —volvió a apretar la mano contra su costado y susurró al oído de Harut—: El maldito me está matando... El

hígado... Mi hermana vino a verme y trajo halva, pero no puedo comerlo. Por cierto, un oso bajó de las montañas y se metió en el cementerio, derribó unas cuantas lápidas, incluida la del joven hijo de Oskán... Su esposa lloró hasta quedarse ciega. Pero el culpable no es una persona para tomarse venganza. ¿Qué sabe ese animal de este mundo? Pero hoy hice excavar los cimientos para poner una cerca alrededor del cementerio, solo falta levantarla... ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Toma esta lista. La letra vive largo tiempo. Uno nunca sabe, puede que sirva para algo después de nosotros. Guárdala en algún lado.

Harut tomó la lista y la miró.

—Hombre, vaya apellidos: Keshishoghlián, Gharageozián... Se mantuvieron fieles a sí mismos y a los turcos a la vez...[6]

—Si no hubieran hecho eso, no habrían sobrevivido.

—Bueno, tal vez no deberían haber sobrevivido... ¿Qué tiene de especial dormir y despertar o tomar agua para que merezca semejante sacrificio?

—Es fácil decirlo... Siempre es fácil decirlo —Sisak fue hacia la puerta temblequeando y con la mano ostentosamente pegada al hígado—. Buenas noches.

Volvió horas después:

—Necesitamos huevos, faltan cinco... Se salvó, entreguemos a Sató lo que le corresponde y que se vaya. Esta noche no me dejaron dormir en paz, estoy de pie desde hace no sé cuántas horas... Yo digo que Najshún se salvó... Se salvó de morir... Si al menos hubiera parido un niño...

—¿Es una niña?

—¿No hubiera sido glorioso que fuera una niña? —Sisak suspiró profundamente—. ¡Dos...! —sacudió coléricamente en el aire los dedos medio e índice, con los otros doblados—. Dos niñas. Lo bueno es que son prematuras, quizás no resistan y se mueran.

Harut recordó que unos días atrás, al afilar la hoz, había llamado al pequeño Harut para que le diera la piedra de afilar. Llamó y llamó... el niño no estaba. Al principio temió que se hubiera perdido en los valles. Luego se animó: «Está con Varsó, escuchando cuentos». Pero para disipar su inquietud, salió a buscarle.

* * *

Las manitas infantiles seleccionaban cantos rodados de entre los muros. Cada uno había encontrado una piedra apropiada para el juego; lisas, redondas, pequeñas, más pequeñas y luego la más pequeñita... Los chicuelos formaban una pirámide apilando las piedras. El pequeño Harut esperaba a lo lejos a que terminaran para arrojar el palo que tenía en la mano y derribarla. Apuntaba con un ojo entrecerrado, acercando y alejando el palo de su rostro. Acercaba y alejaba. Avanzaba impulsivamente como si fuera a arrojarlo; la mano lo arrojaba, pero los dedos no se separaban de la madera.

Tres chicos agazapados apilaban las piedras. Los cantos rodados, que eran lisos, se torcían a partir del cuarto o del quinto y caían sobre el pasto. Los chicos murmuraban disconformes y recomenzaban la tarea.

—Terminad ya —los apremiaba el pequeño Harut—, estoy aburrido...

—¿Qué podemos hacer? Se viene abajo —se justificaban los «constructores», impacientes.

—¡Chicos...! Apuraos, venid... —llamó el hijo de Anush, de seis años, con la respiración entrecortada—. Ha salido... Corred. Yo me voy... ¿Habéis oído? Dije que ha salido, vayamos a ver... Venid, me muero si miento, ha salido...

El pequeño Harut corrió detrás de él. El grupo de niños, que ya había terminado la pila, olvidó todos sus esfuerzos y también corrió tras pisotear la pequeña pirámide de piedra.

—Si nos has engañado... —dijo el pequeño Harut jadeante, zarandeando el palo en el aire y amenazando a quien había traído la noticia.

—Dios es testigo... —el pequeño se tocó el costado, que le dolía de tanto correr—. Lo vi con mis ojos, había salido, estaba parada al lado de la pared.

Los niños se habían ocultado detrás del muro y escudriñaban a Najshún. Estaba en el patio y había tendido la manta recién cosida sobre el pequeño muro de piedra, a la vez que extendía los extremos.

—¿Es ella...? —susurró uno de los niños mirando a Najshún.

—No —contestó el pequeño Harut sin mirar a su amigo, con la mirada fija en Najshún—. Está en su panza...

Uno de los niños gritó desde su escondite:

—¡Puaj! Cría de turco...

—¿Qué estáis haciendo, cachorros? —Harut agarró por la garganta a quien había gritado. Los pequeños, atemorizados, se aferraron al muro:

—No estamos haciendo nada —balbuceó el pequeño Harut—. Vinimos a ver a un turco.

* * *

—El parto fue difícil —explicó Sisak—. La partera Sató, de acuerdo con su carácter, al lavarse con vodka parece que tomó unos cuantos tragos y al caminar se resbaló y cayó en el umbral; en un instante embadurnó el suelo con el fruto del sufrimiento de toda la noche, treinta huevos, la mitad eran de pavo...

—Ahora traeré más. —Harut fue hacia el pasillo con los pasos lentos de un hombre cansado, pensando en las recién nacidas y sintiendo el viento que soplaba por la puerta, que se había salido de sus goznes. Se reprochó mentalmente por qué aquel día, en aquella fría noche de verano, cuando el *tonir* estaba en llamas y el fuego chisporroteaba lanzando centellas rojas que volaban y quemaban las faldas de la noche..., ¿por qué había roto la tradición de no hacer preguntas a los emigrantes? ¿Qué le importaba saber quiénes eran, qué eran...? Si vivían decentemente, se quedarían en la aldea; si no, siempre quedaba la opción de la cuerda de crines y su caballo salvaje, Furioso.

Hasta entonces, nunca había pensado en eso, no había analizado el día en que los emigrantes habían aparecido. Fue un día malhadado. No debería haberlos traído a la aldea. Si hubiera sido lo suficientemente cruel, los habría dejado tirados en la arena; en unas cuantas horas el viento que escupía espuma en las orillas los habría matado con el frío húmedo del mar...

En la humedad fría del granero recordó la calma de ese día...

* * *

Eran tres en la orilla del lago: el cuervo, el gato y Harut. Y también el viento. Pero los pies del viento estaban atados y se hallaba en cuclillas en algún lugar entre las arenas; de vez en cuando alborotaba para demostrar que estaba vivo, arrojando arena sobre las olas.

El cuervo, petrificado sobre una rama, con el cuello extendido, miraba

sin pestañear las manos sanguinolentas de Harut, quien apretaba el cuchillo contra la piedra ahogada en la arena, limpiaba el filo con un trapo ensangrentado, metía la punta del cuchillo en el ombligo del pescado y lo arrastraba hasta las agallas. Tiraba el cuchillo a la arena, juntaba los órganos del pescado, los arrojaba delante del gato y el pescado iba a parar al barril de madera enterrado en la arena. El gato tenía un ojo verde y otro amarillo y se balanceaba con coquetería, olfateando las entrañas mientras ronroneaba. El cuervo no perdía el tiempo; descendía en un santiamén y volaba hacia la lejanía con las entrañas colgadas del pico, mientras la sangre mezclada con la arena goteaba. El gato no se incomodaba ni se arrojaba en pos del pájaro; se había hartado de comer carroña y ronroneaba con los ojos cerrados, a la sombra del árbol, el cuello encogido en la pelambre. De tanto estar acuclillado, Harut sentía calambres en la pierna derecha. Se ponía de pie, sacudía la pierna para que la circulación retornara, levantaba la pala de madera apoyada en las cañas, se acercaba al barril semienterrado en la arena, lo revolvía con la pala, echaba puñados de sal de la bolsa sobre los pescados que había arrojado dentro y hundía los pescados en la sal y la sangre para que fermentaran. Luego retrocedía y volvía a su posición en cuclillas. Al poco rato, el cuervo volvía a encaramarse...

Con el cuchillo afilado limpiaba las escamas y descargaba su frustración con la piel del pescado. «Vaya idiota que eres...». —Harut se peleaba mentalmente con Vazguén, volvía a meter el cuchillo en el abdomen del pescado como si perforara el corazón del enemigo y lo abría de arriba abajo hasta las agallas. No se perdonaba a sí mismo el haberselo dado... Vazguén le contó al principio que años atrás, en su vida anterior, se había encontrado con un general ruso frente a Baiazet. Habían hablado y reído.

—¿Pudiste reírte en ruso? —se burló.

—¿Acaso hay alguien que se ría como yo...?

Al final, Vazguén le pidió que le diera los bigotes y la barba: «Estos pobres niños; dámelos para que haga acrobacias y les divierta...». Vazguén voló y voló sobre el cable atado y Harut lo miraba desde abajo como todos, aplaudía y se divertía. De repente, el viento... (¿Era un demonio? ¿Cómo apareció en un día tan soleado?). El acróbata voló por los aires con su falso bigote y su falsa barba y cayó afeitado. El viento se

llevó la ropa y la barba y los bigotes que Perch le había dejado... y Vazguén cayó como había venido al mundo.

Los bigotes y la barba, el último trato que había hecho Perch... Se había topado con gitanos en alguna parte. ¿En qué idioma les había hablado? ¿Cuánto o qué había dado a cambio...? El hombre había traído la barba y los bigotes y se los ponía sin problemas (primero Perch, después él mismo), cargaba el carro e iba a todas partes: en Ararat decía que era de Artashat; en Artashat, que era de Ereván; en Ereván, que era de Baiazet. Decía y hablaba, recorría el mundo exterior, comerciaba e intercambiaba mercancías para volver al final al abrigo de sus montañas y que supieran quién era él. Y ahora, por culpa de un imbécil, perderían el contacto con el mundo exterior: «¡Puf...!» —sintió odio hacia Vazguén y luego se calmó—. Lo que pasó, pasó... de una manera u otra, un día llegaría el momento de presentarse con su propio rostro.

Se limpió los ojos con el brazo; cada vez que se acordaba de Perch se emocionaba. Le había cuidado y criado, le había enseñado a leer y a escribir, a cazar... había mil buenas historias para recordar a ese hombre que era como un familiar, pero por algún motivo, al pensar en él siempre se acordaba de ese día: Perch estaba acostado sin vida como una piedra, congelado. Cuando extendió la mano y le sacudió el hombro, nunca pensó que un hombre pudiera estar tan frío. Mandó llamar a Sató, que en ese momento estrujaba los huesos dolientes del marido de Bavakán con grasa de oso y, aunque sabía que no le iba a ayudar, aún guardaba una débil esperanza. Cuando el enfermo aullaba de dolor, Sató paraba de estrujar y preguntaba:

«¿Sientes cómo se alivió?». «¡Qué va, no!» —gemía el enfermo rechinando los dientes. «Esto... —Sató empezaba a estrujar con más fervor y untaba unos aceites—, esto va a ayudar». Bavakán y su cuñada, sentadas juntas, contemplaban el sufrimiento de Sató con ojos lacrimosos.

—Si al menos muriera pronto —se compadeció la mujer—, nos salvaríamos tanto él como nosotras.

—No te adelantes a Dios —le recriminaba la partera, reconociendo en el fondo de su alma que hubiera sido la mejor salida—. «Si muriera, ¿crees que saldrías ganando...? El beneficio de los matrimonios largos es que ofrecen estabilidad. Es cierto que entre vosotros la vida se dispersa,

no queda ni amor ni, a menudo, respeto, pero cuando tu esposo muere, se lleva tu biografía consigo, la vida se convierte en un desierto y ya no queda nada, ni un lugar para vivir... Y no te queda otra cosa más que seguirle. Así que será mejor que llames a Dios para que viva».

Al escuchar el nombre de Perch, Sató salió corriendo con las manos grasientas, sin cubrir el cuerpo desnudo del enfermo. Mientras llegaba, Perch se había alejado en silencio, colectando la vida que había vivido y no había vivido, sin decir sus últimas palabras, sin echar una mirada, y del glorioso hombre del pasado solo había quedado un puñado de huesos envejecidos encogidos en la cama.

Sin parar de limpiar pescado, Harut se limpiaba los ojos húmedos con la manga, recordando con cariño cómo le ponía de pie y le sentaba en el sillón de piedra que el mismo Perch había traído años atrás, cuando había advertido la existencia de un pasaje debajo de la Fuente Muda. A través de él, había entrado en una ciudad invertida. Había traído una mantequera y un arma; decían que había traído oro y ese trono de piedra, que obviamente había venido en la segunda oportunidad. Después, no se había atrevido a volver a entrar, y en el futuro nadie, incluido Harut, se atrevió a entrar por esa puerta, porque Perch había dicho que la atmósfera era irrespirable, era azufre puro.

Permanecía sentado hasta el crepúsculo, inmóvil y silencioso, sin mirar ni hacia arriba ni hacia abajo... Con la mirada incierta y el mundo disuelto en su interior, a veces temblequeaba como la Fuente Muda; Harut lo miraba y pensaba que todo tiene un destinatario: la oración, la maldición, la bendición... ¿Quién era el destinatario del llanto sin lágrimas de Perch...? Por desgracia, no existía; le habían engañado tanto la vida como la muerte. Los aldeanos pasaban como si nada hubiera sucedido. Era el Perch de antes, saludaban desde lejos y decían:

—Buenos días, Perchó, luz para mis ojos, mi vaca dio a luz.

—Buenas, tío... Tienes un regalo, me casé...

—Oh, Perchó querido, mi madre murió y nos dejó el resto de la vida que no pudo vivir... Es cierto, todavía no han pasado los cuarenta días, pero era una persona tan pura que estoy convencido de que ya la coronaron ángel sin que hiciera falta el Juicio Final.

Perch solía sentarse inmóvil y en la misma posición, como si fuera una piedra que respiraba. Pero eso no tenía importancia; cada

transeúnte consideraba que era su deber hablarle. La gente se comportaba con él como si fuera Dios. Verle y hablarle se había vuelto una necesidad; le hablaban, le pedían consejo, compartían preocupaciones y dolores con él sin esperar respuesta.

En cuanto el sol caía, Harut le llevaba dentro. Lo acostaba en la cama y era él quien comenzaba a hablar.

No recordaba el entierro de Perch; estaba totalmente perdido hasta el momento en que el muerto se levantó cerca de la entrada del cementerio, se sentó en el ataúd y miró por doquier, asombrado. Los hombres, aterrorizados, arrojaron el cajón y huyeron. Se levantó, se irguió en el ataúd y, blandiendo la blanquísima almohada, dijo: «Sató, por el alma de tu padre, yo había fabricado esta almohada para la boda de Harut, ¿por qué la has puesto bajo la cabeza de un difunto?». Y se fue a casa golpeando la almohada debajo del brazo. Durante tres días la gente evitó aparecer por su puerta y pasar por ahí; Perch había saboreado la muerte y eso le había vuelto un extraño que infundía temor. Durante tres días, Harut siguió con la costumbre de sacarlo por la mañana, colocarlo en el trono de piedra y llevarlo dentro al anochecer. En la noche del cuarto día, oyó ruido.

Al amanecer, la gente vio con sorpresa que Harut estaba sentado en el trono de piedra. «¿Dónde está el abuelito...?» —preguntaron. «Estaba durmiendo, por la noche abrió la puerta y se marchó». Harut lanzó un suspiro. La gente buscó a Perch durante varios días en valles y montañas, hasta que Harut dijo que no tenía sentido: «No le gustó la muerte que le ofrecimos y se fue a buscar la muerte que él quería...». «Nosotros le despedimos como correspondía, con llantos, flores y comida por su alma; si no le gustó, allá él —suspiraron los ancianos—. Que se vaya a morir como quiera».

Cuando volvió a limpiar las entrañas del pescado para arrojárselas al gato, Harut levantó la mirada disuelta en lágrimas y vio un grupo de fantasmas enfrente de él. Aquel era uno de esos lugares donde la existencia del hombre es una sorpresa y Harut los miró aterrado, sin proferir palabra; había tanta existencia desconocida en las montañas...

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué queréis? —exclamó atónito, mientras rebuscaba en su mente acciones y palabras que se usan para librarse de los demonios.

—Nosotros... —balbuceó un viejecito... Las palabras fluían con lentitud y dolor de sus labios, como si le arrancaran las uñas con tenazas —. No tenemos la culpa, el mundo ha terminado exactamente aquí... No hay adónde ir, no hay vuelta atrás ni un camino hacia delante.

Mientras Harut se recobraba de la sorpresa y escudriñaba a ese grupo transfigurado y exhausto, una mujer joven orinó donde se hallaba, como un animal. La arena mojada voló por todas partes y el gato maulló con desagrado. El cuervo apretó las alas contra sus costados.

—¡Bestia! —Harut extendió la mano hacia los pedernales, salió de su lugar arrastrando la pierna acalambrada y se enfrentó a la mujer de los grandes ojos sin mirada como un ciego—. «Hete aquí el aspecto que tiene la muerte» —pensó con un temblor.

—Estamos exhaustos —se justificó el viejecito envuelto en sus propios cabellos y barba—. La pobre no tiene fuerzas ni para ponerse de cuclillas.

Harut los examinaba con agitación. Obviamente, la muerte siempre aparece en lugares y en momentos inesperados, pero no entendía por qué lo inesperado tenía que sucederle a él. De repente, los forasteros empezaron a caer sobre la arena como fruta madura. «Solo los demonios pueden estar tan descontrolados» —pensó Harut. Uno de ellos gateó en la arena, echó mano al pescado sin limpiar y empezó a comer. Harut lo miró atónito, sin ser consciente de lo sucedido por un instante: «Están famélicos —se apiadó de ellos y comprendió que eran seres humanos—. Los demonios no sufren de hambre, de la conciencia, o de cualquier otra cosa... Las vivencias les son ajenas» —y corrió hacia el barril enterrado en la arena.

—Ese pescado no es bueno, no lo comas —dijo, y sacó pescado en conserva del fondo del barril con la pala de madera, lo lavó en el lago y lo repartió:

—Comed poco a poco.

Harut los arrastró hacia el río, que venía potente desde los montes y cerca de la orilla se convertía en finos vasos capilares que desaparecían en la arena tras mojarla y fijar sus límites tal como los animales marcan su territorio con la orina. Aferrándolos por las axilas, los llevó uno por uno hacia el verdor mojado de la orilla y luego los roció rápidamente con agua.

—La aldea está cerca —dijo—. En cuanto os recobréis un poco, iremos hacia allí.

—Ya no tenemos más fuerzas —gimió el viejecito—. Nos quedaremos aquí.

—Aquí no es posible. Por la noche el viento choca con la orilla y levanta un vendaval de arena. —Lamentó no tener los bueyes, que estaban encerrados en el establo con fiebre aftosa, con las pezuñas grasientas y con moco viscoso cubriendo sus rostros.

—Ah, estamos muertos, estamos muertos... —sollozó el viejecito—. ¿De qué sirve vivir después de ver tanto?

Algunos masticaban como podían la porción de pescado crudo, y los otros parecían haberse quedado sin respiración con los pescados en la mano y las manos caídas en la arena. Diminutos insectos rojos se habían congregado sobre el pescado y sus manos.

Harut corrió hacia abajo y arrastró por entre las hierbas una gran red de pesca tejida con ramas de sauce. La arrojó como una suerte de muro justo allí donde el río ya disminuido en el verano llenaba el lago. Enterró un borde de la red en la orilla con un golpe de tocón; luego pasó a la otra orilla con dos o tres saltos, allí sujetó la red a la tierra con otro golpe de tocón y volvió saltando sobre las piedras sobresalientes.

—No os alejéis... Ahora os mandaré comida por el río, de todo... Podéis recogerla por aquí... Hasta que vuelva a por vosotros. —Les mostró la pared tejida que había puesto en el agua formando una barrera contra la espuma y el verdor, y corrió hacia la aldea.

* * *

El verano aquí es más breve que un abrir y cerrar de ojos... Los fuertes vientos traen musgo del fondo a la orilla, que se abre y se cierra, esparciendo el olor del agua y de las algas. Las olas extienden las algas sobre las piedras recalentadas de las orillas y luego retroceden con menos ímpetu. Harut solía recostarse en los decrépitos botes con los flancos cubiertos en aceite y puestos boca abajo en cuyos cascos chocaba la arena arrastrada por el viento y mirar al agua durante horas... Cuando las olas brotaban del fondo del lago y se abalanzaban con un temible rugido, no sabían que las rocas no podían romperse. Solo la espuma en

retroceso, el remanente de las olas, sabía lo que pasaba luego.

Ahora las olas venían con un fuerte murmullo y todo lo que traían era espuma.

Al contemplar la inmensidad del lago, Harut se preguntó: «¿Dónde se fueron las aguas del diluvio? ¿Dónde se llevaron los pecados de la humanidad y a quién se los dieron en custodia? ¿Acaso los guardan bien? ¿Acaso no se arrastran secretamente de vuelta? Si no, ¿qué explicación tiene lo que estaban contando los recién llegados?».

Las olas rompían contra las piedras lisas, y luego las ondas fluían de vuelta para acariciar las algas con raíces blancas que, tras el golpe de la ola, bajaban hasta la arena del fondo y luego retornaban a la superficie rasguñando el agua y cayendo sobre las piedras del río.

Mientras respiraba el olor familiar del limo, Harut trataba de comprender quiénes eran los recién llegados y qué era lo que narraban. ¿Con quiénes iba a compartir de ahora en adelante la inmensidad del lago, la soledad de los montes y también su dolor, inesperado como un milagro? En noviembre, la última vez que había estado en el mundo exterior, no había escuchado ni visto nada semejante... Se irritó al pensar que iba a dar de comer a los recién llegados y a ponerlos en el carro y, si quedara lugar, cargar pescado y traerlo. Luego pondría el pescado salado sobre las piedras y encomendaría a los niños que le dieran la vuelta; el sol bastaría para secarlo y el viento limpiaría la sal y se la llevaría... Caminaba pensando si lo que había mandado por el río habría sido suficiente. En ese mismo momento, Vazguén, el músico de *zurná* que había corrido tiritando hacia la orilla del río para lavarse, cortar madera, echarse agua debajo de los brazos, cerrar la fosa nasal de la derecha y juntar aire en los pulmones para lanzarlo por la otra fosa nasal, se quedó petrificado... El agua le estaba trayendo grandes piezas de queso. Las recogió y las alineó sobre el pasto, a la par de algunas bolas de manteca con las huellas de dedos humanos congeladas, que el agua había traído.

—¡Vaya! —Vazguén, estupefacto por su buena fortuna, sacó del agua otra bola blanquecina, que lamió casi pegándola a la nariz. «Es miel». Al lamer, sintió la duda: «¿Quién es el idiota que pone tanta cosa en el agua? A ver si va a estar envenenada». Temeroso, examinó el pellejo que había agarrado, lleno hasta el tope con queso sazonado con tomillo. En

otro pellejo había *ghavurmá*[7], con los pedazos de grasa amarilla congelada... Levantó y mordió la horma de queso. Se quedó quieto por un instante y se concentró en los sonidos provenientes del estómago. «No sé», se dijo. «Esperemos un par de horas, si no estoy muerto para entonces, significa que no está envenenado».

Cuando Harut llegó, los emigrantes estaban tendidos sobre las arenas azules, exánimes, y tan solo la mujer embarazada abría y cerraba los ojos.

—Yo os he mandado comida por el río, ¿por qué no la recogisteis? —preguntó atónito mirando a los caídos a diestra y siniestra.

—El río no trajo nada —dijo la mujer, moviendo los labios resecos y resquebrajados a duras penas.

Cortó un poco de la hogaza de pan que había metido en el bolsillo para comer en el camino y lo puso en la mano de la mujer, que no estaba en condiciones ni de llevarse el pan a la boca. Harut recordó cómo en su infancia cortaba el pan en pedacitos para dárselo a los pollitos, y puso unos mendrugos en su boca. Pero ella ni siquiera podía mover la mandíbula. Comprendió que debía apresurarse: «Tengo que usar un algodón para gotear agua en su boca». Bajo los arbustos, en la arena mojada, vació el carro a corta distancia del río. Cargó a los emigrantes y marchó hacia la aldea. Durante todo el camino trató de hablar con la mujer, pero el viento despedazaba meticulosamente las palabras pronunciadas y mezclaba las briznas de sonido con la arena, haciendo imposible cualquier conversación.

Cuando llegaron, los aldeanos se hallaban a la espera del pescado.

En el frío del sótano, extendió la mano hacia el fondo de la canasta para separar los huevos de pavo. Colocó unos cuantos huevos en el bolsillo y volvió al pasillo con los otros entre los dedos. Al caminar, su pie tocó la pala, que cayó sobre las herramientas alineadas y golpeó la puerta con estrépito. Sisak corrió a ayudar, recogió las herramientas del suelo, las alineó contra la pared y, al poner la pala en su lugar, examinó su afilada hoja y pensó: «¿Será aquella pala...?». Temiendo que Harut adivinara su pensamiento, dijo: «La punta de la pala está mellada, tienes que hacerla afilar». Mientras Harut se vaciaba los bolsillos y ponía los huevos sobre la mesa murmurando: «¿Cuándo me hace falta en estos días...?», Sisak

volvió a mirar la pala con terror , recordando el día de la pelea, cuando Sarguís, el padre de Najshún, se golpeó con la puerta al correr hacia fuera y sacudió las gruesas bisagras.

—El cuello... el cuello... le cortó el cuello. ¡Venid a salvarle...! ¡Ayuda...! —Onés puso la pierna frente a la afilada pala que caía sobre el débil viejecito, mientras clamaba aterrorizado: «¡Gente! ¡Venid! El cuello... Le cortó el cuello».

—No tiene derecho a respirar el mismo aire que yo respiro —Harut, jadeante, se sacudía a un lado y al otro, pujando por librarse de la gente aferrada a sus brazos, mientras pensaba que nada puede justificar la derrota, ni el poder del enemigo, ni la propia impotencia, ni siquiera el destino, que es la voluntad de Dios, y replicaba: «Hicieron todo eso frente a sus ojos y no hizo nada, no mató ni fue muerto».

Los aldeanos dijeron: «Ten lástima de él». Harut respondió: «Le cortaré el cuello con esta pala afilada a quien diga algo más».

Habían violado a la cantora virgen del Monasterio de los Apóstoles de Mush en el trayecto desde Van a Ereván y, cuando arribaron a la aldea, tenía un vientre enorme. Harut había venido con la pala en la mano...

Desde el día siguiente, Sarguís vivió fuera de la aldea, en los montes. (¿Qué montes? Eran una espina incrustada en el talón del cielo). Aullaba de terror por las noches desde allí. Una o dos veces por mes, intentaba volver y se topaba con Harut, quien tenía su azada afilada en la mano o estaba presto a matar a alguien con las manos desnudas.

—Si los jinetes turcos invadieran tu casa por la noche, pisotearan tu destino con los cascos de sus caballos y te aplastaran en tu cama, tú también aullarías —decían los aldeanos.

—No —decía Harut—, él no tiene derecho a respirar el mismo aire que yo.

Y Sarguís, contrito, volvía a aullar con los lobos.

A veces los aldeanos intentaban conmover a Harut. Sucedía que el aullido de la manada chocaba con el cielo:

—Ese aullido es del pobre Sarguís —decía uno de los aldeanos, cuyo oído identificaba la modulación más doliente.

—¿Tú que sabes? —dudaba el otro—. ¿Cómo has distinguido el aullido de Sarguís entre ese aullido enmarañado como el viento?

—El aullido del lobo no tiene contenido; en el aullido del hombre hay esperanza.

Pero dijeran lo que dijeran, Harut permanecía impasible. Sató insistía e insistía: «Harut, cada destino tiene su turco. ¿Qué ganas con expulsarle?». Y le aseguraba a Najshún: «El corazón de Harut es puro como el hígado de una paloma; cuando se tranquilice, le perdonará». Pero tal cosa no sucedió.

Los emigrantes apreciaron la severidad de Harut. Sus vivencias se embalsamaron en sus memorias; pulieron e interiorizaron su dolor de manera tal que los parientes perdidos y la patria perdida se instalaron en las lágrimas. Solo había suspiros y palabras rotas en sus llantos, en los que también maldecían a los kurdos:

—Los turcos nos despedazaban para robarnos la tierra y la historia. Pero los kurdos ¿para qué mataban? No pudimos entenderlo.

Sarguís no era un buen lobo y sus aullidos no perforaban el cielo. Para cubrir esa vergüenza, los lobos del monte le hacían eco: «U-u-u-u, u-u-u-u». Varsó se les unía, profiriendo palabras sueltas:

—Los crucificaron... los crucificaron uno por uno.

—¿De qué manera los crucificaron, Varsó, cómo...? —preguntaban los curiosos—. ¿Como a Cristo? ¿O clavaron los clavos en otra parte?

—¡Uf! —suspiraba Varsó con un sollozo mientras peleaba mentalmente con Dios: «Dios mío, ¿no era posible salvar el mundo de otra manera? ¿Acaso el mundo estaba tan contaminado que estabas obligado a usar la cruz?». Y agregaba en voz alta:

—Gente, ¿por qué queréis que os cuente esas cosas tristes y os haga mal? Es mejor que os cuente un cuento.

Harut puso los huevos en el regazo de Sisak con sus grandes dedos.

—La vida de un armenio valía una moneda de oro en Der-Zor[8]. Los padres entregaban una moneda de oro por cada hijo a los jenízaros para que no los violaran ni los torturaran, sino que los mataran de un disparo... Y aquí... dos bebés turcos, veinte huevos. ¡Vaya negocio que hacemos! —dijo Sisak con una sonrisa burlona.

—¡Ni se te ocurra...! —gritó Harut—. No les pongas ese nombre a las niñas. ¡Pobre Najshún! Todavía tienen que vivir. No las llames así, no hagas que su vida sea más difícil. Han visto tanto terror y humillación

sin haber nacido que no hay que añadir más.

Sisak retrocedió asustado y, tras poner los huevos en el bolsillo, atacó a Harut:

—¡Ah, déjalo ya, hermano...! Si piensas tanto en Najshún... Yo digo que ese pobre hombre tiene que volver... ¿Qué quieres, hermano? ¿Tu poder se extiende sobre esos sufrientes también? Que vuelva a ser el cabeza de familia...

—No —gritó Harut—. Eso es imposible, no tiene derecho... No puede pisar mi aldea.

—Si Najshún le perdonó, ¿qué es lo que estás haciendo tú?

—Que ella le perdone, yo no lo haré. Es mi aldea, no va a vivir aquí.

—Pero hombre, ¿qué te ha hecho?

Harut cerró lentamente los párpados como un sol extinto sobre el corazón aún caliente:

—¡Qué sé yo...! Hay tantas cosas que deberían decirse y no se dicen.

—Quítate ese peso de encima... ¿Por qué te desacreditas? Con lo que estás haciendo, basta para que la gente diga: «Le ha echado el ojo a Najshún».

—A mí me gusta la pureza. ¿Cómo puedo echar el ojo a algo que el turco ha profanado? A mí no me atrae ni siquiera el paraíso, porque allí ha estado el demonio.

Para vigilar la paz de la aldea, Harut vagaba por las noches con sus enormes perros. Le habían visto detenerse ante la ventana de Najshún y mirar a hurtadillas durante horas cómo se movía, se desvestía, comía, lloraba... Todos lo sabían: las aguas turbias de la primavera se habían mezclado con la sangre de Harut y seguían su avance, socavando las orillas. Una vez, incluso, Onés lo había sorprendido mirando ensimismado a Najshún mientras se bañaba. «Hijo —le dijo, apiadándose de Harut—, ella no puede amar a ningún hombre. El sufrimiento me ha carcomido hasta tal punto que incluso la canción de cuna de mi madre se ha ensordecido en mis oídos, pero los alaridos de Najshún mientras los turcos y los kurdos se la disputaban sigue ahí. Déjala en paz, ella no puede amar a un hombre».

Por un instante reinó el silencio. Onés suspiró: «... ¿En qué piensa el Padre Celestial cuando le causa estos dolores imprevistos al hombre...? Mi alma ha cambiado su estructura por la fuerza del dolor». Harut le

miró. «¿Es cierto que cantaba en la iglesia?», preguntó, con un tono de voz lo más indiferente posible. «¡Y vaya canto...! —se lamentó Onés—. Era como si empapara la voz en tu sangre».

—Quítate ese peso de encima —continuó insistiendo Sisak—. Que ese hombre retorne a su familia.

—Eso no ha de suceder.

—Si tuvieras familia e hijos, no hablarías así.

—¿Qué pasa? ¿El mundo necesita sangre fresca para beber y carne fresca para masticar? No, hermano, ¿acaso quien ha visto tantas cosas puede confiar sus hijos al mundo? Yo me voy a llevar mi sangre conmigo, quizás Dios la necesite en alguna parte. Lo importante es que mi nombre perdurará. Se lo di al pequeño Harut.

Sisak calló por un instante y luego pasó a la ofensiva.

—La han visto venir a tu casa... Me refiero a Najshún.

—Sí, digamos que vino un par de veces. Una vez trajo una almohada, y la otra, una manta... Cree que todavía está entre turcos, quiere suavizar mi corazón con regalos.

—Sí, seguro, almohada y manta. ¿Acaso he dicho yo otra cosa? Siempre sucede así con todas: al principio la almohada, luego la manta y luego... No van a dejar vacía la cama... Vendrán y la llenarán.

—¡Fuera de aquí! Que te... —apoyándose sobre el pie dolorido, Harut se abalanzó sobre él.

Sisak, temeroso y ofendido, escapó dando un portazo. Fue a pagar a Sató, quien salió de casa de la parturienta bebida y fatigada, con aliento de vodka mezclado con ajo, los ojos cansados parpadeando bajo las cejas encrespadas, y dijo con orgullo: «Aquella, la que vino primero... ¡Uy...! Era muy madura, te miraba a la cara como si dijera que ha venido a morir. Y la otra, ¡ay!, sentí lástima por ella, tan inocente... Inocente hasta el punto de dar lástima, cuando ya no es una virtud, sino un defecto. En todo caso... mi tarifa es la misma: treinta huevos».

Tres días después, cuando Sató parecía haber descansado y no había nadie en la aldea que naciera o muriera, se acercó a casa de Harut con pasos medidos. Harut había puesto una olla sobre la estufa de leña y estaba tostando el pescado con mijo. El fuego era fuerte y la madera crepitaba, golpeando las paredes de la estufa.

—Buenos días —Sató se sentó cerca de la estufa y el calor la suavizó,

mientras miraba cómo los granos rojos de mijo volaban por el aire, temerosos del fuego, y se golpeaban para luego caer en el tostador.

—Buenas —Harut tomó un plato de la mesa de madera, donde ya había mijo tostado, y lo puso frente a Sató.

—Le extraje el útero y dispuse de él con todo incluido —Sató habló sin dar nombres, sin prólogo, como si continuara una conversación interrumpida.

—¿Por qué?

—Estaba dañado.

—Podías haberlo curado, ¿para qué estás?

—No sé si hubiera podido...

—No se lo digas a ella —suspiró Harut.

—No te lo habría dicho a ti tampoco, si... —Sató se levantó, se acercó al balde de madera colocado frente a la puerta, sacó con dos dedos la mosca ahogada en el *tan*[9] y hundió el vaso de arcilla en el interior, para luego ofrecerlo a Harut mientras goteaba por los costados:

—Bebe *tan*.

—¿Si qué?

—Si no temiera que te casaras con ella... ¿A quién le hace falta un hombre sin herederos...?

En ese momento, tres chicos pasaron cerca de la casa de Harut, arrebatándose pedazos de *gatá*[10] el uno al otro entre empujones y risas.

—A saber cuál de estos es tuyo —Sató trató de aligerar el corazón de Harut con una broma referida a los niños.

—¿Y yo qué tengo que ver con ellos? —se justificó Harut.

—Vamos... Te cansaste de jugar al escondite en los campos de heno con su madre... Puedes decir lo que quieras, pero los ojos del mediano son los tuyos.

—Ya basta, tú también...

* * *

Los árabes habían pasado por la aldea una vez, cuatrocientos años antes, de esa manera. Pero hay que darles crédito por no haber acabado con las ganas de vivir. Al menos habían dejado ruinas pobladas por las víboras hasta la masacre armenia de 1896, y la vida de la víbora todavía es una

vida, es parte de la Creación. Había quedado también la tumba de Menik, donde se había sentado Perch sin saberlo cuando llegó a la cumbre más alta y el mundo llegó a su fin en las nieves huesudas de la cima... La tumba de Menik, la única evidencia de la vida previa en la aldea, tenía una sencilla imagen. El pequeño círculo era la cabeza; el gran círculo, el vientre; salían lineas de los flancos, las manos y las piernas, y el *saz*[11] estaba sobre el vientre (por lo visto había sido músico). Estaba fechada en 1666, con la inscripción: «Aquí descansa Menik, que cayó a manos de un infiel...». ¿Quién era el infiel? No lo sabemos. Podría ser cualquiera; han pasado tantos por el mundo... En cualquier caso había habido vida, y Harut y Perch resucitaron la aldea. Cuando llegaron nuevos emigrantes escapados del genocidio de 1915, Harut, quien había emigrado de Latar en 1896 y había fundado una aldea sobre las ruinas dejadas por los árabes, ya era un nativo, aunque aquí su árbol genealógico empezaba con él y no había fructificado con otros nombres.

Allí no había una cúpula de iglesia o *jachkars*[12] sobre las tumbas, con sus sombras extendiéndose en el crepúsculo. No había paredes o muros que separaran la vida... La gente entraba y salía como lagartos por entre las piedras y vivía más oculta que las aguas subterráneas. No había ninguna cruz, iglesia o párroco. Habían visto tantas veces iglesias incendiadas, cruces destruidas y eclesiásticos asesinados que ya no situaban a Dios en parte alguna, sino que lo llevaban en su interior y lo invocaban secretamente en sus oraciones, sin detenerse a comprobar por dónde pasaba el camino que conducía hacia el cielo purificado.

Nadie conocía la localización de la aldea. Hasta el tiempo parecía tener miedo de entrar, porque chocaría con los agudos picos, porque incluso una prolija revisión no encontraría nada para reducir a polvo. Por esa razón, las montañas eran altas. La aldea no crecía por el número de nacimientos, sino por el número de veces al año en que Harut entraba en contacto con el mundo exterior. En esas ocasiones, siempre descubría a alguien que se hallaba en una situación sin salida o que huía de la ley, de los turcos, de la mujer, de sí mismo... Al llegar a la aldea, Harut vaciaba primero el heno con el que protegía la sal de roca del sol; luego descargaba los bloques grises de sal de roca y, finalmente, salía alguien a quien le había explicado por el camino: «A nadie le interesa qué has

hecho o quién eras, aquí tú serás un hombre y vivirás como un hombre. Si no, con el mismo carro y los ojos vendados, acostado bajo el pescado salado, te llevaré y te bajaré allí de donde te he traído». No había preguntas superfluas para el recién llegado —la gente no hace preguntas bajo los escombros del destino— y cada uno era libre de inventar su propia biografía o editar o colorear lo que había vivido... La aldea tenía una ventaja: era como una tumba, quien entraba nunca más volvía a salir. Solo Harut conocía los caminos que llevaban y traían de la aldea. Unas cuantas veces por año iba de viaje hacia el mundo exterior... Antes, Perch había mantenido en secreto el camino que llevaba al mundo exterior hasta que Harut creció. Dejó a Harut los caminos como legado, porque habían vivido juntos los días del escape. Por supuesto, llegó un momento, cuando Perch todavía vivía, en que resolvieron ir a declarar su existencia, pero después del año 1896 llegó el año 1905, luego, el 1915... No hay tanta sangre y tragedia acumulada en lugar alguno, excepto en los números. Estaban contentos de no haber cometido esa estupidez y que existiera un lugar como escondite de las persecuciones de la vida. «Nunca permitas que el mundo se mezcle en tu vida», era el mensaje de Perch. «¡Nunca...!».

Sin embargo, el mundo irrumpió.

* * *

Najshún. «Bella». Así llamaron los aldeanos a la mujer encinta, cuando tras un mes de quitarse los harapos, bañarse y alimentarse normalmente incluso había engordado, y vieron que los turcos y kurdos no solo habían exhibido crueldad, sino también buen gusto. Era una esbelta belleza de piel blanca, desprovista de huesos como una serpiente. La mujer aceptó su nuevo nombre con regocijo, abandonando el anterior junto con lo que había vivido en el desierto de Der-Zor. Pero, por desgracia, los aullidos que solían llegar de los montes y la nueva vida que jugueteaba en su interior a veces le daban una patada en su conciencia.

Raras veces salía de casa, porque su vientre era objeto de miradas inquisitivas, aunque la gente susurraba con lástima e indulgencia: «Es una desgracia... ¿Qué puede hacer la pobre?». Impotente, apretaba los

dedos debajo del delantal hasta que le dolían... Najshún llevaba el embarazo con orgullo, aunque sentía las miradas y los escrúpulos de la gente y los chismes llegaban a su oído. Por ejemplo, durante la fiesta de celebración del compromiso matrimonial del hijo de Argam, dos viudas, la repugnante Margush y la reseca Gyulnar, la habían convertido en objeto de su cotilleo sin ningún derecho. Margush había venido a la aldea tras prosternarse a los pies de Harut con dos niños de la mano, y solamente este año, cuando una planta venenosa la había picado mientras recogía leña en los montes y las mujeres a duras penas la habían traído a la aldea ardiendo de fiebre, había confesado mientras deliraba bajo el influjo del veneno que había salido de su casa con sus dos hijos más pequeños tras abandonar a los tres mayores. El marido de Gyulnar pasaba por la boca del valle montado en su burro cuando de repente los demonios atacaron, el burro enloqueció, se desvió del camino y se precipitó directamente hacia el valle... Que Dios le dé larga vida a Harut, que se ató la cuerda de crines a la cintura, entregó un extremo a los hombres de la aldea y bajó al abismo para pasar una cuerda por la cintura del cadáver y alzarlo... No le había quedado ninguna parte sana, pero al menos tuvo una tumba y no fue pasto de las fieras... Entonces, estas dos viudas, Margush con la boca llena de *gatá* y Gyulnar masticando trigo tostado, miraron directamente al vientre de Najshún (al menos podían haber mirado a otro lado para que no se diera cuenta) mientras se murmuraban al oído:

—Hay desgracias con suerte... Nuestros hijos son huérfanos, pero al menos tienen padre. Mira si fuéramos como esta...

—¡Uy! Dios no lo quiera... Que les pase a las piedras y a los arbustos... ¡Stup, stup, stup! —y escupieron en su propio regazo para alejar la mala suerte. Los fragmentos de su conversación, en voz alta a propósito, llegaron a los oídos de Najshún:

—¿Y ahora...? ¿Ahora con quién está? Con el que hace aullar a su padre. ¡Puaj! —Y Gyulnar mordió el *gatá* de su mano con tanta brutalidad que pareció que iba a salir sangre.

—Harut no es de esa clase de gente —dijo Bró sin dejar de mirar a Najshún, como para saber si la escuchaba—. Seguro que de momento se ha llevado al padre y lo ha dejado en alguna parte del mundo exterior... ¡Qué aullar ni qué cosa! Solo el desierto resiste al frío de nuestros

montes. ¿Queda alguna señal de vida para que pueda aullar...?

Najshún fingió no advertirlo, o, mejor dicho, temía que cualquier palabra o expresión provocara que la declararan una leprosa como a Job el Bendito, que el mundo supiera que ella era impura y todos se alejaran para evitar el contagio. Pero intervino Maró, quien le había dado un anillo de plata a Sató en vez de huevos y se había librado del feto en cinco minutos para continuar su relación con el cuñado. Escrutó de pies a cabeza a Najshún, quien vestía la chaqueta de encajes que había tejido para sí, y dijo admirativamente:

—Es una mujer hermosa. —Sus palabras parecían no referirse a Najshún, como si no estuviera presente ni existiera. Después, agregó para sí misma pero de forma audible para todos:

—Larga vida a la madre de Harut. Es tan astuto que no da puntada sin hilo.

Y volviéndose a Najshún:

—Que viva Harut, te cuida bien —y al ver que su rostro enrojecido se petrificaba, pareció arrepentirse de lo dicho—, aunque chismorrean en vano. Yo no diría que eso es amor. Nuestro Harut es como Dios: está del lado de cuantos han sido violados y se hallan en la miseria.

Tras decir esto, estiró el cuello triunfalmente.

Najshún ya no pudo reprimirse:

—Sí —dijo temblando de furia—, y como tú eres virgen como la muerte y no has sido violada como la vida, entonces la revelación divina no te amenaza.

Esta historia llegó a los oídos de Harut. «¡Vaya! —pensó, alegrándose de la rebeldía de Najshún—. Entonces todavía está viva». En ese momento, Najshún se dio la vuelta, miró a Varsó y recordó su consejo: «Frota hollín sobre tu rostro, embadúrnalo, para que piensen que eres negra como ellas...». Tomó de la mesa un pedazo de halva y lo puso frente a ella:

—Varsó, ¿por qué no comes?

Varsó había vivido en la ciudad, donde había sido dueña de un negocio de confituras y preparaba un postre llamado «ombligo de dama» con la masa dividida en hebras, de manera que las dulces hebras pasaran por el ojo de una aguja, y mezclaba miel y especias orientales con la almendra y la nuez. Se esforzaba por hacer que el postre se

correspondiera con su nombre, que quien lo degustara sintiera el mismo placer que al besar el ombligo de una dama, y ahora se hallaba en un lugar donde el máximo lujo era harina molida en aceite: el halva con agua azucarada. ¿Qué podía hacer la pobre Varsó? En este caso ni la verdad ni la mentira eran de utilidad alguna. Por eso se ocultaba detrás de los cuentos:

—¿Qué podía hacer? Al entrar en el bosque, el caballo del hijo del rey se torció la pata, le puse un ungüento. Si se cura, bien; si no, lo tendré que sacrificar. Pobre príncipe, ¿cómo va a cruzar a pie un camino tan largo...? Mira qué sol —y extendió la mano en actitud desafiante, metiéndola en la boca del cielo reblandecido por el calor.

Varsó había provocado el mayor revuelo de la aldea, donde habían visto muchos emigrantes y turcos (¿acaso hay algún cristiano cuyo destino no haya truncado la espada?), pero era la primera vez que veían a una mujer fumadora. Varsó fumaba de todo: tabaco, cáñamo, corteza de árbol, hierba... Llenaba la pipa de madera y la encendía. Después inspiraba profundamente el humo hasta hacer arder el corazón y el pulmón, lo hacía pasar por las células y expulsaba las volutas de humo enriquecido por las fosas nasales.

Al principio, los niños la temían. Pero a Varsó le bastó una semana para conquistar la aldea. Empezó su cuento: «El viento rojo del sudeste despertó en el vientre de la madre... En el camino devoró montes y campos, se colocó el río como un cinturón, arrancó el monte de cuajo y lo tiró a un lado y se elevó hacia el cielo paso a paso... Juntó el alma del cielo en su puño y lo sacudió; los aldeanos corrieron a cubrir las parvas para que la tormenta no se llevara el pasto y a llevar los animales dentro para que no los ahogara, y... ¿Qué vieron? El hijo mediano del rey estaba en la puerta con su caballo de fuego...».

Sin haberse despertado del todo y antes de desayunar, los niños corrían a escuchar la continuación de la historia de Varsó: «El hijo del rey acaricia al caballo», decía Varsó sin parar de fumar. «¿Desde hace cuántos días?», se asombraban los niños. «¿Se puede acariciar tanto?». «Vosotros sois los apresurados», decía Varsó. «El hijo del rey no tiene prisa, tiene mucho tiempo». Y los niños se alejaban para volver al día siguiente y escuchar la continuación. El cuento era uno solo, pero duró mucho y Varsó lo contó durante toda una vida. Apareció en la aldea

cuando había pasado los cincuenta y murió en el umbral de los cien años o más, y todavía seguía contando la misma historia. Hasta la convirtió en un arma. Así, mandaba a uno de los niños a buscar agua: «Ve a traerla para que continúe». O: «Mientras no hayáis amontonado mi pasto, el hijo del rey se quedará atascado en el pantano». Los niños eran niños, pero entendían que después de haber vivido tantas cosas, si Varsó no había olvidado contar la historia, entonces no había alternativa y se sometían mansamente. Y Varsó se entusiasmaba más:

—«El hijo del rey se detiene. Enfrente tiene tres caminos: puede tomar el de la derecha, dirigirse hacia la izquierda o seguir en línea recta. Sigue en línea recta... Marcha poco, o quizá mucho, y se hunde en el pantano». —Y aquí cierra los ojos.

—¿Eh? —apremian los niños—. ¿Y después?

—¿Qué después? El rey del pantano lo agasaja muy bien y el hijo del rey se acuesta a dormir en el jardín del paraíso. Idos a casa, está cansado y habrá de dormir hasta mañana. Traed queso, si no, el rey del pantano envenenará al joven durante la comida y ese bello joven morirá por vuestra culpa.

—Traeremos vino también si podemos. Que ese monstruo lo beba y se quede dormido.

—Si el monstruo lo bebe y se duerme, ¿entonces cómo va a seguir el cuento? Es suficiente con que traigáis queso.

Los niños volvían al dia siguiente y se encontraban con la novedad de que el hijo del rey se había despertado temprano y, arrepentido, iba por la derecha.

—... Va y va y se hunde en el pantano.

—¿Es que hay pantanos dondequiera que vaya? —Se enfadaban los niños.

—Sí —suspiraba Varsó—. Ve por donde quieras: derecha, izquierda, arriba, abajo. Gira como quieras. La vida es un pantano, te devora y te digiere pelando tus huesos.

No obstante, había una diferencia: cuando iba por la derecha, el monstruo del pantano se tragaba al joven. Cinco minutos después, el hijo del rey, montado en su caballo, aparecía en el camino que llevaba hacia la izquierda.

—¿Salió del vientre del monstruo...? ¿Cómo? —Los ojos de los niños

brillaban de asombro y admiración.

—Con la ayuda de Dios.

—¿Pero es posible...? El monstruo no tosió, no estornudó, no bostezó... No abrió la boca, ni siquiera exhaló... ¿Cómo es que salió?

—¡Ay, mi hijo! —Varsó ya se enojaba ante la obstinación de los niños —. Dios salvó incluso a Varsó de las garras del turco. ¿Qué es un monstruo para que no le abra la panza y saque al hijo del rey...? Con la espada de fuego que llevaba el príncipe en la mano...

Generalmente las novedades llegaban a la aldea por tres caminos, como los caminos que se abrían ante el hijo del rey en línea recta, a la derecha y a la izquierda: cuando había un nacimiento en la aldea; cuando Harut bajaba al mundo exterior y venía a contarlo, y cuando Varsó relataba su cuento.

* * *

Los emigrantes proveían a Najshún con cuanto caía en sus manos: carne, fruta, *gatá*. Lo ponían en su regazo y le rogaban: «Come esto... Cuando nazca, le pones el nombre de mi hijo que ya no está, bendito sea... —sollozaban cuando miraban su vientre—. ¡No se puede contar, no se puede decir...! ¡Dios, borra todo esto de mi memoria, de tu propia memoria, de la memoria del mundo...! Semejante dolor no debería existir, ni siquiera bajo la apariencia de un recuerdo».

Los emigrantes habían rescatado a sus familiares de las matanzas solo como un recuerdo y únicamente se conectaban con ellos en sus lamentos y en sus sueños.

Intentaban que los muertos vivieran por todos los medios. Les ponían sus nombres a otros; en sus cumpleaños llevaban el regalo a otro de la misma edad; en los días de difuntos repartían los dulces que les correspondían entre los niños de la aldea... Un puñado por cada muerto. Habitualmente, comenzaba al mediodía: el grupo de mujeres enlutadas aparecía en la calle con un cedazo lleno de dulces en el regazo de la que iba adelante. Sucedía que aparecían varios grupos en diferentes extremos de la calle o en diferentes calles al mismo tiempo. Los locales tomaban el camino del cementerio para incensar la tumba de su familiar, llorar y conectarse con su alma. Los emigrantes no tenían esa

suerte: sus familiares no tenían tumbas. Entonces, daban varias vueltas por las calles de la aldea hasta que el cedazo se vaciaba de dulces y los corazones de lágrimas. La mujer que marchaba al frente examinaba los patios, la vera del camino, las profundidades de los patios para ver a alguien y arrojarle el puñado de dulces, susurrando en tono inaudible: «Esta es la cuota de mi madre... esta, la de mi hermano... esta, la de mi hijo...». Repetían mentalmente los nombres de los muertos para no asustar a los niños y no hacer pelear a los muertos y a los vivos.

Al principio, los niños se aterraban de estas cuotas de los muertos; luego, aparecían los osados que juntaban los dulces arrojados al aire que habían aterrizado en el suelo... Se llevaban la cuota del muerto a la boca con terror, masticaban al sentir el dulzor y luego volaban a cazar en el aire el siguiente puñado. Al final, los niños comenzaban a sentir náuseas de tanto dulce. Cuando la gente se alejaba, el suelo solía estar cubierto de pirulís, de pedazos de *gatá*, halva y caramelo... Se habían alejado dejando su porción de dulces y otros destinos habían quedado; había que vivirlos hasta el fin para que la vida tuviera sentido. Los muertos eran muchos y los vivos pocos; los aldeanos no podían comer todos los dulces por mucho que lo desearan...

«...Si es un varón, le pones el nombre de mi padre o de mi hermano... Los turcos se los comieron, que al menos el nombre viva». Ierán lo pedía de otra manera, acompañaba sus palabras con munificencia. Todos los días cocinaba algo sabroso y lo traía en cantidad. La cosa había llegado casi al robo; no había día en que no hubiera una rencilla entre los esposos. Sucedía a menudo que mientras hacía girar la piel salada del lobo bajo las piedras de la pared, Hakó preguntaba con furia contenida:

—¿Dónde está el pescado?

—Se lo ha llevado el maldito gato... —se quejaba Ierán escaqueándose.

Hakó insistía:

—Vuelvo a preguntarte: ¿dónde está el pescado?

—¡Ah! Ponedlo en un lugar donde el gato no llegue —uno de los vecinos se entrometía desde fuera de la cerca para que Hakó se calmara y no le pegara a la esposa—. ¿Acaso el gato que come pescado puede atrapar una víbora? ¿De qué sirve un gato satisfecho?

—Esta es la víbora —gritaba Hakó, señalando a Ierán—. ¡Esta mujer

es una ladrona...! ¡Mujer! ¿Dónde está el pescado?

—El gato se lo ha comido —lloraba Ierán.

—Quítate la ropa —gritaba Hakó, tirando de la falda arrugada y con pliegues de la mujer—. Lo has guardado en tus faldas.

—El gato se lo ha comido —lloraba Ierán, apretando la falda.

—Hakó, ¿debería un hombre pelear por la comida? —El vecino volvía a manifestar su presencia.

—Es que esta mujer es una ladrona —gritaba Hakó, herido por su propio descubrimiento, mientras tiraba de su esposa—. Un día es la gallina, el otro la manteca, el tercero el queso... Está robando mi casa a pedazos... Te digo, quítate la ropa... Ahora voy a sacar el pescado de entre tus faldas. Que tus faldas... No hay cosa extravagante que falte bajo esas faldas —y siguió tirando.

Ierán lloraba y gritaba de impotencia:

—No hay remedio, me voy a tirar al Seván[13].

Durante la última pelea, un ángel vino a posarse sobre la cabeza de Ierán... Los pescados, ensartados por las agallas al grueso cable de metal, retumbaron en el suelo, y el polvo que se elevó llegó hasta las rodillas de Hakó:

—¡Toma tu pescado! —gritó Harut—, y deja en paz a esa mujer.

Hakó miró los grandes pescados blancos que Harut había traído, con las bocas abiertas, los ojos fríos y enlodados.

—No se trata del pescado. Es una ladrona, ¿entiendes?, una ladrona.

—Mujer —las mujeres susurraron unas a otras fuera de la cerca—, después de tantos acontecimientos, has conseguido un hombre a duras penas. ¿Por qué robas?

Harut, amenazante, miraba a Hakó.

—Este no es mi pescado, el mío era una trucha de dos kilos.

—Avergüénzate... Tu mujer tenía hambre, y se lo ha comido.

Ieró interrumpió llorando:

—Mantengo lo dicho... Se lo ha comido el gato.

—¿Has oído? —Harut levantó los pescados polvorientos y enlodados del suelo y pasó el cable de metal por el cuello de Hakó—. Ve adentro y que no vuelva a oír tu voz. El gato se lo ha comido, ¿has entendido?

Hakó se ruborizó por la deshonestidad y corrió adentro sin quitarse la

ristra de pescados del cuello. Agarró la red y la balanza y salió:

—El gato… —masculló con furia y buscó con la mirada en el patio—. ¿El gato se lo ha comido…? —advirtió la cola que sobresalía por detrás de la puerta y levantó al gato rojizo y joven en el aire. El felino no perdió la compostura y echó la zarpa hacia los pescados de su cuello mientras lo colocaba en la red y lo pesaba.

—¡Ajá! —dijo, acercando la balanza a los ojos de Harut—. Dos kilos… Este es mi pescado entonces. Pero ¿y el gato, dónde está…? —enfurecido, se fue extendiendo los brazos, como si conversara con alguien, mientras hablaba en voz alta y blasfemaba. Se inclinó en un momento dado, sacó un pedrusco de su zapato y fue a fundirse con la penumbra.

Sentada sobre la piedra, Ieró[14] lloraba y miraba. El novillo atado a la cerca quería comerse la ortiga. Estiraba el hocico y la ortiga lo pinchaba, obligando al novillo, resoplando, a desviar la cabeza. Volvía al ataque con el hocico, pero la ortiga no se entregaba y pinchaba. El novillo sacudía las orejas y resoplaba… Ahora acercaba el hocico de refilón… Ieró contempló pacientemente la lucha de la ortiga y el novillo hasta que la calle se vació, la gente se olvidó de ella y del pescado y se fue a continuar sus tareas. Se limpió los ojos húmedos y la nariz con el delantal. Miró a todos lados para asegurarse de que no hubiera nadie en las cercanías. Corrió, arrancó la ortiga y la arrojó a un lado. El novillo intentó comerse la ortiga por las raíces y olfateó las raíces húmedas y terrosas. Ierán excavó presurosa la tierra, sacó el pescado envuelto en papel, se lo metió por la cintura en las abundantes faldas y corrió fuera de la cerca acariciando su sueño.

—Come —le dijo a Najshún, poniendo el pescado sobre la mesa—. Come para que tengas un hijo sano.

* * *

«Los turcos». Después del nacimiento de las mellizas, los aldeanos bautizaron a todos los emigrantes con ese nombre. A pesar de que las mujeres recién llegadas se casaron con locales y tuvieron hijos, y que los hombres ancianos que habían venido con ellas tomaron viudas locales, el barrio donde vivían se llamó el Barrio del Turco.

A los cuarenta días del nacimiento de las mellizas, Najshún repartió *gatá* y halva con relleno azucarado para que las niñas solo recibieran dulzura de la vida.

—¡Vaya cosa! —se sorprendieron los chicos del barrio—. Es el mismo *gatá* y el mismo halva que reparten en los días de difuntos.

—Han vivido entre los extranjeros —explicaron las madres—. Su vida y su muerte no han sido particularmente diferentes... Comed, comed todo; el estómago no hace distinciones.

Las mellizas de Najshún demostraron ser resistentes; durante tres meses anduvieron entre estertores, tuvieron fiebre y no comieron, gimotearon débilmente día y noche y... no murieron. Una vez más, Sató fue quien las salvó: habían nacido con miedo, sin poder distinguir la luz de la oscuridad. No dormían, no jugaban ni tomaban el pecho. El tercer día, cuando Sató sintió que sus corazones podían partirse de tanto alarido, decidió derramar cera. No le dijo nada a la parturienta. Cuando vino a bañar a las recién nacidas, cambió sus ropas, se las metió discretamente en su regazo y se las llevó a su casa. Allí las sacó, las puso bajo la cruz de plata, leyó una plegaria, puso el vaso de agua debajo de la vela y la prendió. Las gotas calientes caían y chisporroteaban en el agua, destruyendo el mal que había tocado a las niñas. Volvió al día siguiente, trayendo las ropitas sobre las que había orado para vestirlas tan subrepticiamente como se las había llevado. Las mellizas seguían vociferando y los resquebrajados pezones de Najshún se habían inflamado como granadas. Ya no había remedio: «Si solo fueran tus pezones, pondría masa preparada con miel para que pasara, pero tienes mal de ojo», dijo, «tengo que derramar plomo sobre ti». Najshún no la creyó y rio: «¿Dónde me va a tocar el mal de ojo? ¿Acaso he tenido suerte para tener algo envidiable que me quiera quitar?». «No digas tonterías», la amonestó Sató. «Otros recurren a siete santos para tener un hijo y Dios te ha dado dos sin más ni más». «Cómo no. Sin más ni más», pensó Najshún ofendida. Pero se levantó y se sentó obedientemente sobre la cama. Sató trajo a las bebés en pañales y los apretó contra ella, como si quisiera colocar a todos bajo la copa de arcilla que llevaba. Mojó los dedos en el agua fría de la copa y la roció levemente a izquierda y derecha. «¿Qué olor sientes?», preguntó, y ordenó la respuesta: «A rosas y violetas». «A rosas y violetas», repitió

Najshún. «¿Qué ves delante de tus ojos?», y volvió a sugerirle la respuesta con un susurro: «La tropa de mis ángeles de la guarda». «La tropa de mis ángeles de la guarda», repitió Najshún obedientemente. «Bien, muy bien», se entusiasmó Sató. «El mundo huele a rosas y violetas y Dios está con nosotros con la tropa de ángeles». Tras poner la copa en la mano de Najshún, se puso manos a la obra. Colocó el pedazo de plomo en la cuchara de arcilla, extrajo una brasa del *tonir* con el atizador y la puso en la boca del *tonir*. «No hables», le ordenó a Najshún y puso la cuchara sobre ella. Con la mirada en la brasa humeante, esperó a que el plomo se derritiera mientras recitaba mentalmente una plegaria. Recogió la cuchara, tomó el vaso de su mano, lo mantuvo sobre la cabeza de la mujer y volcó el plomo derretido en él: «¡Ay, ay...! ¡Stup, stup, stup...!». Escupió y se horrorizó al mirar el vaso. Luego sacó cuidadosamente el plomo helado del agua con dos dedos y lo mantuvo frente a los ojos de Najshún. «¿Has visto?», preguntó misteriosamente, como si el pedazo deforme de plomo significara algo muy evidente. Envolvió el plomo en una hebra de siete colores y lo puso en su bolsillo, hizo beber una gota del agua del vaso a la parturienta y roció cuidadosamente los pañales con unas cuantas gotas más: «Es suficiente», dijo satisfecha. «Ya hemos despachado al mal». Tras convencerse con estas palabras, fue a regar el tallo de la rosa mosqueta con el resto del agua.

Cuando volvió, Ieró la siguió de inmediato con la harina frita en la mano. Puso la bandeja de harina frita dulce, con el aceite ya tibio, en la cama de Najshún y le ordenó: «Come para que tengas leche». Al tragar la harina frita tibia, Najshún pensó: «¿Acaso se habrá llevado una paliza por esto? ¿O pudo inventar una mentira creíble?». La presencia de Ieró generó la idea siguiente: el nombre de las niñas. Durante todo el embarazo, la gente le había dado las mejores porciones como retribución porque reviviría los nombres de sus familiares. Cuando las niñas nacieron, tenía claro que les pondría los nombres de su madre y de una tía. Sin embargo, ¿qué les darían a unas niñas unos nombres que habían sido despellejados por manos turcas tras vivir durante diez generaciones? Entonces, recurrió a una patraña:

—Vi a San Sergio en mi sueño. Vino y me susurró al oído el nombre

de nuestras antiguas diosas: Astghik y Anahit[15].

—¡Uf! —Ieró expresó su desacuerdo con el santo—. Si nuestros antiguos dioses tuvieran poder, Cristo no les habría arrebatado a la gente —resopló, molesta porque habían nacido niñas y los nombres de su padre y hermano habían quedado a la deriva. Pero de inmediato se persignó—. Que me muera por su santo poder.

—¿No es este el poder de Cristo? —Sató señaló los pañales que dormitaban juntos.

—¿Has visto? —Ieró se golpeó las rodillas, excitada por las palabras de Sató—. Sató querida, ¿has visto lo que ha sucedido?

—¿Qué ha sucedido? —Sató la miró con temor.

—¿Qué más iba a suceder? Las niñas nacieron y el nombre de mi padre y hermano quedó sin dueño.

—¡Tú traerás el varón! —bromeó Sató, y salió. En el camino a casa, arrojó al río el pedazo de plomo envuelto en la cinta.

«Llévatelo —le dijo al agua—, llévate el dolor y la pena... Son pecados».

Las palabras de Sató entusiasmaron a Ieró, quien se convenció de que ella haría que el nombre de sus familiares viviera, porque cada uno tiene su causa para vivir y hacer vivir el nombre. Y halló la solución. Fue a arrancar la hierba y estaba encinta cuando volvió; bajó al valle para lavar la lana y estaba encinta cuando volvió; fue a recolectar verduras y estaba encinta cuando volvió. Trajo cuatro criaturas al mundo, todos varones, todos llamados Garnik, pero todos murieron al tercer o cuarto día, y al último, a quien trajo del campo cuando había ido a recoger tomillo, lo depositó en el regazo de la mujer de Vazguén, quien también estaba encinta en esos días, y le dijo:

—He visto tanto horror que la composición de mi sangre ha cambiado. Mi sangre se ha descolorido. Se ha convertido en agua y por eso mis hijos se mueren; ponlo bajo tu camisola, que se alimente de tu leche.

Y el niño vivió, aunque era mudo, y la llave bendita en la iglesia estaba colgada de su cuello con una cinta de siete colores para que su lengua se abriera. Durante años, Harut llevó la llave de plata a diferentes iglesias cuando bajaba al mundo exterior e hizo rezar sobre ella antes de traerla

de vuelta. No quedó iglesia por visitar en Armenia, y ya estaba en la tercera y cuarta ronda... Dos veces por día, en el crepúsculo y al amanecer, la llave giraba cerca de la boca, en un lugar se había torcido por el uso, y en otro se había afinado, pero el cerrojo de la lengua era sólido y no cedía. «No es un nombre con buen augurio», fue la conclusión de la gente, y desde entonces, ningún niño fue bautizado con ese nombre durante los siguientes cien años hasta que el fin del siglo lo purificó.

Ieró no era de renunciar fácilmente a sus objetivos, pero un oso hizo añicos a su marido y lo convirtió en una masa de carne. Cuando Harut bajó del monte cargando a Hakó medio muerto, la esposa corrió a recibirle con los aldeanos, llorando porque ya no podría convencer a su marido, enfurecido por las habladurías, el celo y la maldad, de que el niño era suyo. Hakó se emocionó ante el raudal de lágrimas que Ieró derramaba por él y, en su estado rayano con la muerte, incluso bromeó: «No llores, Ieró querida, el oso no ha tocado tu parte. Tu parte está sana y salva». Pero cuando tras un mes de trajín los esfuerzos de Sató no produjeron ningún cambio y Hakó no tenía ninguna sensación de las axilas para abajo, se desplomó de golpe. Varias veces por día, clamaba: «¡Ieró! ¡Mi Ieró, cómo te amo...!». Ieró aguardaba ansiosamente, con la esperanza de que la segunda parte de la oración fuera diferente, pero cuando escuchaba «...cómo te amo», se golpeaba las rodillas, confundida: «¡Ay! Otra vez se lo hizo encima»: Lo cambiaba, volvía, miraba sus manos enrojecidas y resquebrajadas de tanto lavado e hinchadas de tanto levantar pesos que superaban su fuerza, y maldecía su suerte: «Los turcos eran los turcos, Dios Santo, y por un milagro escapamos y nos salvamos, ¿pero dónde me has llevado? No hay cómo escaparse ni cómo quedarse... ¿Qué he de hacer, oh Dios?».

En esos días, Harut unció los bueyes y se fue a Ereván con incienso, pescado salado, tres pieles secas de oveja y una piel seca de zorro con ojos y zarpas incluidos para intercambiar todo por azúcar y piezas de chintz. A su regreso, corrió a ver a Sató para corroborar lo que había escuchado decir. Tras haber terminado de hornear el pan, Sató había preparado *chemur*, desmenuzando la hogaza caliente en la grasa amarilla y mojando los mendrugos en ella. Los pedazos de pan caliente habían derretido y absorbido la grasa, hinchándose como una nube que trajera

granizo. Se los ofreció a Harut, quien comió con la grasa tibia chorreando por los dedos y luego le preguntó:

—¿Es cierto que te han pegado una paliza?

—Sí, las mujeres... Dicen que por qué cuido a las niñas, que se mueran. Hace días que no les llevan leche, ni pan ni agua, que se mueran, dicen, por qué hemos de dar de comer y criar turcos.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? Yo soy yo. ¿Qué tengo que ver con las otras?

—Entonces, ayuda a que las niñas se pongan de pie.

—¿Y si tienen razón? Quizás nos equivocamos al apiadarnos y quererlas. Hoy son niñas dignas de lástima; mañana serán turcas y nos matarán.

—Sí —tronó Harut—, yo siempre me equivoco en la cuestión de los niños, de los enemigos, de los amigos, de la vida y de la muerte... Pero nunca me equivoco en la cuestión de Dios, y eso me basta para vivir... Así que, Sató, si algo les sucediera a esas niñas, la cuerda de crines está lista.

A partir de entonces, todos los días Harut arrancaba ostentosamente un pelo de la cola del caballo y al final de la semana se sentaba en el patio y combinaba los pelos para tejer la cuerda de crines. Con ella al cinto a guisa de cinturón, llevaba un paquete de pan al umbral de Najshún y se alejaba. El pequeño Harut venía, enarbolando el cabello arrancado de la cola del caballo, y rogaba que le enseñara a tejer la cuerda.

—Todavía eres pequeño —respondía Harut.

—¿Cuán difícil es tejer una cuerda que necesito crecer para eso...?

—Tejer la cuerda no es difícil; lo difícil es no usar lo que has tejido.

Tras la negativa, el pequeño Harut corría a escuchar un cuento:

—Varsó, di la verdad. ¿Cuál es más fuerte, el caballo de Harut o el del hijo del rey?

—No —espetaba Varsó—. Que el hijo del rey me perdone, pero su caballo todavía tiene un montón de pienso que comer antes de alcanzar al caballo de Harut. En el mundo no hay ni un segundo Harut, ni un Furioso como el suyo.

Durante largo tiempo, Harut ignoró chismes y equívocos y llevó pan a la gente que refunfuñaba en voz baja. En todo ese tiempo, solo habló

una vez con Najshún, cuando ya había puesto el paquete de pan en la puerta, sobre la sal de roca que los animales lamían, y golpeaba suavemente la ventana con el puño para informarla de que podía cogerlo. Najshún salió presurosa para correr a casa de Sató y traer un líquido laxante para las niñas. Harut la miró inquisitivamente.

—¿Estás bien?

—No me acostumbro —se quejó Najshún disconforme de sí misma, e inclinó la mirada, sin decir que todo le anunciaba la muerte. La depresión posparto y los desvaríos no la abandonaban. Todo le inspiraba temor: la luna era un yatagán[16] que destripaba el cielo al deslizarse; las nubes goteaban oscuridad; la oscuridad metía su dedo en el ojo del cielo y las estrellas se enceguecían una a una; el aullido del viento ahogaba los gritos humanos... La agonía húmeda del viento ululaba sobre el lago, mientras una helada tristeza soplaba desde sus inexistentes pulmones hacia la costa y la arena fría tiritaba... El viento tenía una respiración diferente cuando venía de los montes o del lago, pero en ambos casos traía lo mismo: gemidos y lamentos. Y el sol... el único oro que en el momento más cruel brilló por su ausencia en su destino. La noche y el viento habían volado hacia el cielo y sus espaldas habían chocado con la altura invisible, estrellándose contra el techo y sacudiéndolo. Sabía que era el viento, pero por alguna razón pensó que era como aquel día, cuando los jinetes turcos sacudían el suelo del desierto con sus cabalgatas y sus carcajadas.

* * *

El desierto se tambaleaba bajo los pies de Sarguís agá[17] y le parecía que en cualquier momento iba a caer de bruces para que la tierra se lo tragara. Pero ni la arena que derretía los huesos podía detener su avance. Caminaba tambaleándose, refrenando de alguna manera la arena que fluía bajo sus pies, con la mirada fija en los jinetes. Al fin pudo alcanzarlos y entregarles el oro mientras expresaba su petición. Uno de los jinetes tomó el oro, lo sopesó y, satisfecho, movió afirmativamente la cabeza. Incluso en aquel instante letal, el acto de Sarguís agá inspiraba respeto a la procesión de emigrantes. Su hija mayor estaba convencida de que comprar la muerte era un invento de su

padre, invento que se propagó como un virus y que todos comenzaron a usar como la única opción para una situación sin salida. En una actitud digna de un hombre, sin rogar y sin llorar, Sarguís agá selló su transacción con la pandilla: oro a cambio de un disparo a la niña que saliera de la columna en marcha. Oro por un disparo... Oro por un disparo... Se convenció de que todos sus hijos habían muerto lejos del dolor y de la deshonra. Probablemente lo había pensado largo y tendido, probablemente desde el principio. Tal vez había pensado, y quizás lo había tenido en cuenta, si la madre resistiría a la muerte de sus hijos o los hijos a la de la madre... En todo caso, se comportó como si repartiera dulces: los niños primero. Los niños permanecerían en la inocencia; no había que rebajar la vida hasta ese punto, ellos tenían que morir inocentemente. Empezaron por el más pequeño, su hijo de dieciocho meses, a quien habían vestido con ropas de niña. Sarguís se colocó cerca de las patas del caballo y, sin mirar, mostró el oro por encima del hombro y llamó al niño. A la voz del padre, el hijo corrió hacia él... ¡Fuego! Sarguis agá se arrodilló con las manos en los oídos. El sonido del niño al caer fue tan débil que la tierra ni se sacudió; solo la arena se deslizó bajo su cuerpo y llegó hasta los pies de sus hermanas aún vivas. La hermana mayor miró sus pies y la arena que los quemaba. ¿Alguna de ellas gritó o lloró? Parece que no. Después de las primeras cuatro, la madre de la familia se desmayó. Cayó ante la hija mayor. Quien disparaba era un ser humano, al fin y al cabo, y disparó... Durante toda la transacción, fue el único caso en el que disparó primero y solo después recibió el oro. Habida cuenta de que Sarguís agá y el turco hablaban sin blasfemar, probablemente se conocían, y el turco todavía mantenía el respeto debido. No solo le permitió enterrar a los muertos, sino que accedió a matar a los últimos dos después de que hubieran enterrado a los otros. Luego, cuando el conocido de Sarguís agá se aproximó, se dirigió con el término «agá» al hombre harapiento y consumido por el sufrimiento. Es probable que hubiera instruido a la pandilla, y la hija mayor se convenció de que no se había equivocado y que ellos conocían a su padre. El conocido, obviamente, no ayudó en absoluto, pero había tanta gente que desvió la mirada...

Los últimos dos eran Sarguís y su hija mayor. Empezaron a enterrar a sus familiares. La suave arena no era resistente como la tierra; era fácil

de excavar, aunque quemaba y era muy movediza, pues volvía a deslizarse hacia abajo y llenaba la fosa. Cuando llegó el turno de la madre y le dieron la vuelta, gimió. No estaba muerta. La hija la llamó en voz alta. No recibió respuesta, ni siquiera un gemido apagado. ¿Acaso habría oído los disparos? Seguramente había sentido la sacudida de la tierra tras la caída de los niños; la arena es inestable, hay aire en sus intersticios, y el aire transmite las oscilaciones... La hija estaba sorprendida por la pertinacia de la madre. Después de contemplar la muerte de sus hijos, ¿qué era lo que le hacía aferrarse a la vida?

Cuando Sarguís agá sacó la bala del pecho de la mujer aún viva con dedos temblorosos para que se desangrara pronto y pudieran enterrarla antes de alejarse, fluyó sangre negra del pecho blanco... Uno de los turcos sonrió:

«El viejo está juntando el oro».

Le pegaron con la vara: apuraos y terminad... No excavéis la fosa muy honda... No vamos a detenernos aquí por vuestra causa... Y la mujer no moría, aunque ya estaba exangüe, y Sarguís agá se vio forzado a dar más oro. La muerte de la mujer le costó dos monedas de oro. Con la piel erizada de terror por las miradas de la pandilla, la hija pensó por un instante en arrebatar el oro de las manos del padre. ¿Acaso no era su cuota de muerte? Pero el turco ya lo había cogido y lo mordía para verificar que no era moneda falsa.

La hija se enfadó eternamente con la madre: ¿por qué le arrebató la bala que le tocaba a ella? Al darle la vida no había escatimado nada: salud, inteligencia, belleza... No se había guardado nada para sí y había ofrendado todo a la hija, mientras que al morir había recurrido a la avaricia y le había robado su cuota de balas y muerte.

Los turcos después se asombraban de cómo había hecho el viejo armenio para ocultar tres puñados de oro entre los harapos. Fue suficiente para todos, pero le faltaron dos monedas de oro para su hija mayor y para él...

—¡Sácalo! —gritó el siguiente grupo de turcos, enfurecido, mientras pisoteaban a Sarguis bajo las patas del caballo y zarandeaban a la hija—. Saca tu oro.

Sarguís agá había dejado la vergüenza a un lado y lloraba, mientras se frotaba el rostro en la arena caliente:

—Mirad, estoy desnudo, ya no tengo oro…

—¡Sácalo! —gritaban—. Eres armenio, no hay armenio sin oro, debes haberlo ocultado en algún lado… Hay muchos lugares en el cuerpo de un hombre, fíjate bien… El armenio desnudo tiene por lo menos tres puñados de oro —y seguían pegándole…

* * *

Najshún no podía imaginar la expresión de su rostro al decir «no me acostumbro», pues eso hizo que Harut le aconsejara:

—Olvida… Olvida todo, no te tortures a ti ni tortures a tus hijas… Se te va a cortar la leche.

—Los dolores pueden ser mortales e inmortales. El dolor que me ha sido otorgado es inmortal, ¿comprendes? Inmortal —los recuerdos humeaban en su interior como madera seca, haciendo presión en su cabeza… Se tragaba las lágrimas que le llenaban la boca… Eran ligeramente saladas como la sangre—. Moriré, no voy a poder aguantar… Es mejor que muera… —Najshún quería arrojarse en sus brazos y dar rienda suelta al llanto, pero se controló.

—No depende de nosotros… —Harut buscaba palabras de consuelo —. Nosotros somos simplemente mensajeros… Algo así como palomas mensajeras: para nacer, has de tener algo para traer; para morir, has de tener algo para llevar. Y tú ni siquiera has vivido. Cuando Dios te ha protegido… —Harut no pudo contener sus emociones, como si no quisiera defender al Padre Celestial, porque en el fondo de su alma estaba convencido de que a Najshún le había tocado la forma más cruel de la muerte… Se alegró al contemplar las lágrimas que fluían por el rostro de la mujer y recordar la mirada entumecida, vacía, que había visto el primer día que aparecieron en la orilla del lago. «Ya ha vuelto a la vida», se alborozó. «Ya está confiando su dolor a las lágrimas y las lágrimas, al mundo».

* * *

La rodilla le causaba un dolor mortal. Especialmente en la calma de la noche, el dolor iba hacia su corazón con un aullido, como un ladrido a la luna. Con el sueño arruinado por el dolor, se sentaba debajo del peral y

contemplaba el mundo, enfrente, donde estaba la antigua casa de Perch, que había sido cedida a los emigrantes. Onés, también insomne, salía a veces y dejaba escapar una risa sarcástica al ver a Harut.

—¿Por qué no duermes?

—La pierna me está matando. No en vano dicen que allí donde te duele está tu alma.

—Y yo tengo hernia —decía Onés entre risas—. Entonces, ¿dónde está mi alma?

En una noche similar, en la que no había ni Onés, ni el perro que aullaba, ni los buitres que chillaban, de repente se abrió la puerta y Najshún salió de su casa. Harut se encolerizó mentalmente: «Acabas de dar a luz, ¿a dónde vas? La luna te va a pegar...». Luego pareció comprender que era de noche, que a esa hora la gente tiene que dormir, que en este gran mundo Najshún no tenía un lugar adonde ir, y con la sospecha en el corazón, arrastrando su pierna doliente, la siguió. Najshún conocía la aldea y marchaba con cautela por aquellos patios y calles donde no había perros. A veces se detenía, se ponía la mano en el corazón y recobraba el aliento, y a veces miraba detrás de sí... Salió de la aldea. «Se ve que extraña... a esa bestia...», se enfureció Harut. Palpó su flanco; el cuchillo estaba ahí. Lo iba a matar. Sin dudarlo.

Tal como el niño se hace eco golpeando su boca con la mano, «¡Aaaah! ¡Aaaah! ¡Aaaah...!», el viento frotaba el aullido de Sarguís en sus oídos. De repente comprendió que la llamada venía de otro lado, de la otra punta de la aldea. Se alegró. Pero Najshún desvió su camino hacia el lado de los montes. «¿Va a tirarse al precipicio? Durante las masacres no lo hizo, ¿por qué lo iba a hacer ahora?», se tranquilizó Harut. Poco más allá de los trigales, Najshún se detuvo y volvió a mirar hacia atrás para corroborar que nadie la seguía. Luego se asió de una piedra y con la mano sobre el corazón recobró el aliento. Tras descansar, desarmó su tocado, se lo ató alrededor de la mandíbula tal como atan una mandíbula rota para que no se mueva, se arrodilló y comenzó a horadar la tierra. Siguió excavando un largo rato mientras miraba a la luna. Estornudó varias veces por el polvo que se acumulaba en sus narices y miró a su alrededor, asustada. Tras abrir la fosa, dio la vuelta y algo no le gustó; entonces la ensanchó un poco por la izquierda y, saltando dentro de la fosa, se acostó en ella. Cruzó las manos sobre el pecho y cerró los ojos.

Permaneció así durante un rato. «¿Está muerta?», se atemorizó Harut. Najshún se sentó en la fosa al instante, puso la tierra sobre sus pies y volvió a acostarse. Abrió las manos en cruz, las puso a los costados y recitó el Padrenuestro en voz alta. Luego salió de la fosa y volvió a llenarla de tierra con manos y pies. Hizo un túmulo, como si fuera una tumba, y volvió a girar en su derredor; probablemente quería determinar cuál era el lado de la cabeza y cuál el de los pies. Se decidió. Sacó una pequeña cruz de madera del bolsillo y la plantó en el ángulo superior del túmulo con letras quemadas con carbón: «Mi madre, Nunik». Sacó yesca de entre las amplias faldas y la puso en el túmulo, ante la cruz de madera. Con una mano protegió la yesca del viento y con la otra la encendió. Cuando el fuego se extinguió, echó el incienso pizca por pizca en la ceniza humeante: «Esta por mi parte… esta por mi hermana… esta por mi hermano… esta por mi padre…». Sacudió el pedazo de papel donde estaba el incienso y arrojó el papel al fuego. Respiró profundamente y lloró ruidosamente: «Por la tía Anush… por la cuñada Vardik… Aghasí… por el tío Vaghinak…». En su llanto pronunció nombres para los cuales las pizcas de incienso no bastaron. Lloró durante más de media hora mientras se agarraba la cabeza. Luego se levantó de golpe. Aspiró ruidosamente, se limpió los ojos con la punta del chal y emprendió el camino de regreso.

La pierna de Harut mejoró en los siguientes dos días; había conseguido grasa de oso, que le ayudó mucho. La grasa se acabó al cuarto día y, sentado en el patio, profería gemidos con la pierna doliente alzada sobre el tronco del árbol partido por un rayo. Y nuevamente… La puerta de Najshún se abrió y ella salió. Las siguientes veces en que la vio en sus escapadas nocturnas, la pierna le dolía mucho y no la siguió. Ya sabía dónde iba. Solo se apiadó de ella: «Tan joven y todos los días se entierra a sí misma. ¡Qué cruel confrontación!».

* * *

Las mellizas habían cumplido tres años cuando un día se desencadenó una tormenta; fue algo brevísimo, como si un nervio se hubiera tensado en la cara del cielo. Silbó sobre el barrio y se fue. La gente oyó el sonido que se aproximaba y vio el polvo que se alejaba por encima de la casa de

Najshún... Ella corrió al patio para traer a las niñas y vio que Anahit todavía comía yogur; había perdido la cuchara entre la hierba y aferrado a una víbora por el cuello. Metía la cabeza del ofidio en el plato, la sacaba y la lamía; la metía, la sacaba y la lamía. La serpiente, como si supiera que trataba con una niña inocente, no daba señales de vida y aguantaba pacientemente conteniendo la respiración. Ante el grito de Najshún, la vecina Nektar salió corriendo mientras se secaba las manos con *tan* sobre el abdomen y vio con terror a la niña sentada sobre el verdor que, con placer, como quien lame un pirulí, lamía el yogur de la cabeza fría de la serpiente: «Es turca, a fin de cuentas, es turca», pensó con espanto, «ha humillado hasta a una víbora», y animó a Najshún:

—No temas, la víbora es un animal sabio, no les guarda rencor a los niños.

Najshún abrazó a la niña, le quitó de la mano la víbora embadurnada en yogur y la arrojó a un lado.

—No tengo miedo de la víbora... ¿Dónde está Astghik...? Astghik estaba con ella, estaban juntas... ¿Dónde fue? ¿Qué pasó? —Najshún corría de un lado al otro con la niña abrazada al pecho sin saber qué hacer.

«Veremos si realmente ama a sus hijas», pensó la vecina, y entró en la casa despertando a su esposo, que había pasado la noche en vela y se había quedado dormido al lado del *tonir*. «¡Rápido, Vaghó!» —ordenó al marido que se quejaba del sueño interrumpido—. Corre a casa de Harut, el viento se ha llevado a una de las mellizas...».

Vaghinak se calzó uno de los mocasines y se puso el otro mientras corría fuera, galopando sobre Furioso a través de llanos y montes en su mente adormilada... Corrió a pedir a Harut que le prestara a Furioso; los memoriosos aún recuerdan que Harut se había ido a pie una noche tormentosa de verano y había vuelto montado en él. Había metido a Sató en la bolsa de piel de búfalo curado y se la había llevado. Al amanecer volvió solo con el caballo; lo había intercambiado por Sató.

—¿Entonces, nuestros enfermos han de morirse de ahora en adelante? —protestaron los aldeanos.

—No temáis, la he cedido en préstamo por una semana. Un niño se estaba muriendo de sarampión en una de las aldeas de abajo y me dio lástima.

—¡Vaya! —Sahak silbó al examinar el caballo—, ¿Sató vale tanto?

Harut rio sin decir que todavía tenía que dar dos chivos adicionales.

Cuando Vaghinak entró en el patio, Harut estaba enjaezando el caballo.

—Hermano —dijo tras recobrar la respiración—, ¡rápido, dame el caballo...!

—¿Qué ha pasado? —respondió Harut, riendo ante su inquietud y su petición.

—Hermano, vino el *boboloz*[18] por el lado norte, giró en la cumbre del monte, entró en el valle...

—Vaghó, ¿qué ha pasado? —repitió Harut.

—Es lo que te estoy diciendo: vino el *boboloz* por el lado norte, giró en la cumbre del monte, entró en el valle... Si se ha encontrado con un animal en el valle, seguro que lo ha asfixiado... Subió entremezclado con polvo desde el valle, miró nuestra aldea con su ojo bizco...

—¡Vaghó! —Harut estaba impaciente.

Vaghó, temeroso, tragó saliva, miró la cola peinada del caballo y, para ser convincente, empezó otra vez:

—Digo a mi hermano, entonces, que vino el *boboloz* por el lado norte, giró en la cumbre del monte, entró en el valle... Subió mezclado con polvo desde el valle, y no puedo decir con seguridad si miró nuestra aldea con el ojo bizco o con el otro... Arrastró su vientre mezclado con polvo por el medio de la aldea y se abrió camino, llevándose la aldea y todo al hocico...

Harut, furioso, se dio la vuelta y continuó arreglando la montura, ya sin escucharle, mientras comprobaba que los tientos estuvieran bien atados debajo del vientre del caballo.

—La segunda de las mellizas de Najshún se ha perdido. —Finalmente, Vaghó dejó la tormenta en paz, ofendido por la actitud de Harut.

—¿Cómo...? ¿Cuál de ellas? —exclamó Harut, inquieto.

—Aquélla que roba los huevos de los nidos y se los come... Se la llevó el *boboloz*... Desde su propio patio, desapareció del lado de su hermana... Digo que me des el caballo para ir a mirar al valle; ve a juntar a los aldeanos y háblales con severidad... No sea que la hayan matado.

Harut lo miró aterrado:

—¿Por qué iban a matar a un inocente, especialmente a una niña...? —preguntó sin darse la vuelta, sin que sus manos dejaran el lomo del caballo, como si temiera que al darse vuelta y mirar a sus ojos, se contagiara del mismo miedo y sospecha.

—¿Qué sé yo? —balbuceó Vaghó, como si supiera algo—. La cuestión aquí es sobre turcos y no sobre niños.

Harut se quedó petrificado por un segundo, luego echó las manos a su cuello y lo levantó en el aire, gritando:

—Esas son las hijas de Najshún, y Najshún es armenia. ¡Es armenia! ¡Ar-me-nia...!

—Harut querido —balbuceó Vaghó como si la lengua se le hubiera trabado—, yo no digo nada... Digo que los aldeanos pueden haber pensado así.

—¡Vaghó! —se oyó la voz de Nektar en ese momento—. Aquí está, apareció.

La mujer emergió a lo lejos cargando a la niña, que mordisqueaba una baya.

Harut soltó el cuello de Vaghó.

—Vaya, que el diablo te lleve... —Vaghinak respiró con felicidad, mirando hacia el lado de la niña—. ¿Otra vez una jugarreta? ¿Dónde estaba...? —preguntó a gritos.

—Se había metido en la caseta del perro y dormía —dijo la esposa, que ya se había acercado.

—Aquella asfixia a la víbora, esta se mete en la caseta del perro... Hombre, estos animales dan pena —bromeó Vaghó—. Mantenedlos lejos de estas niñas.

Nektar se acercó:

—Por culpa de esta pícara... —sacudió a la niña juguetonamente y mordisqueó la mejilla esponjosa—, la pobre Najshún se fue de ida y vuelta al otro mundo... Y nosotros con ella.

La niña en su regazo extendía las manos hacia Harut. Levantó a la traviesa criatura de los brazos de la mujer. «¿Dónde estabas, brujita, te llevó el viento, te habías perdido?» —palmoteó cariñosamente la nariz de la niña y maldijo mentalmente a Najshún: «¿Es que alguien puede ser tan ingenuo? Podía haber mentido cuando menos, podía haber dicho

que los turcos habían matado a su marido cuando estaba encinta... Millones de armenios han sido asesinados y convertidos en huérfanos, ¿quién iba a verificar el origen de estas huérfanas...?». Había visto mujeres con heridas pustulentas en sus pechos y mejillas... Bellas muchachas habían frotado sus cuerpos con piedras y arena causando heridas para parecer leprosas y que nadie las tocara... Pero Najshún ni siquiera había recurrido a esa argucia común y tenía que soportar el costo de su inocencia: «Tonta mujer, con su honestidad acortó la vida de estas niñas».

Mientras jugaba con la niña en sus brazos, no podía olvidar el dejo de terror en la voz de Vaghó cuando proponía reunir a la aldea. Desde ese momento, dos o tres veces al día, fuera de noche o de día, daba una vuelta por la casa de Najshún y miraba furtivamente por la cerca para ver qué hacían y si no había nadie que las molestara. «El amor es una cosa así...», interpretaban las mujeres que iban a buscar agua.

* * *

Sentada en el diván, con la labor en las rodillas, Najshún a veces desviaba la mirada y miraba con una amonestación a las niñas que murmuraban debajo de la manta, fingiendo terror: «¡Uy...! ¡Qué tormenta! Dormid, que si no, os llevará». Las niñas se reían del temor de la madre. Sabían que en este lugar todo era exagerado, tal como los montes son piedras exageradas que bajan de tan alto, como si fueran las raíces del cielo que han llegado finalmente a la tierra tras palpar el aire. Aquí llamaban tormenta a un viento fuerte y daban el nombre de mar al lago[19], mientras se reían imitando a la madre: «¡Uy!». Najshún pinchaba el diseño con la aguja, luego enhebraba el hilo de colores y seguía tejiendo; la hebra amontonada sobre la tela se convertía en hoja y flor... La fatiga le hizo perforarse el dedo, y la sangre se frotó contra el material blanco. «¡Puf!», Najshún estaba enojada consigo misma por lo que había hecho.

—Te enojas en vano —dijo Anahit, consolando a la madre—, sea lo que sea, no lo van a comprar.

—¡Bah! —gruñó Astghik—. ¿Acaso van a conseguir algo más bonito?

—Dicen que una mujer con marido tiene que coser la colcha de los

recién casados... La desgracia, dicen, se transmite.

—¡Dormíos! —Najshún gritó a las niñas y salió enfurecida, tras arrojar el bordado sobre el diván.

Había un viento fuerte y en los montes lejanos el relámpago rojo se mordía la cola. Si las nubes frente a las cumbres de los montes dieran un paso al frente, la lluvia comenzaría con gotas heladas y ardientes. Decidió que, como la lluvia no había comenzado y el viento aullaba enroscado y sacudía las piedras de su vientre mientras mezclaba los sonidos del mundo y pataleaba sobre los techos, era un momento adecuado para ir nuevamente a casa de Harut. Por supuesto, no había olvidado las habladurías, pero eso no era ni un obstáculo ni, sobre todo, una novedad. Siempre habían existido, especialmente cuando visitaba a Harut antes de que saliera al mundo exterior y le contaba durante horas acerca de sus conocidos y amigos, sus vecinos, y los describía en detalle para que Harut los reconociera de inmediato si se encontrara con ellos en algún lugar. A su regreso, era la primera en correr a recibirle con la expectativa de tener alguna noticia. «Si fuera otra, ya habría enloquecido, y esta juega al amor primerizo». Najshún no era del agrado de las mujeres de la aldea. «Porque no se parece a ellas, por eso... —decía Sató —. Cuando arrojas un pichón de gallina entre los patos, lo picotean hasta matarlo. Y además... Ah, es muy cerrada, no tiene contacto con nadie; no va a casa de nadie y nadie va a su casa. Vive oculta de Dios y no sale de su nido. ¿Acaso no se aburre? ¿No extraña la luz del sol...?». Harut también se sorprendía: «Bueno —pensaba—, cose, teje, trabaja, ¿pero eso es todo?». Resolvió comprobarlo. Un día, entró en secreto; ella seguía inclinada sobre su bordado. Se enojó: «Me apenas —dijo—, estás perdiendo la vista, no lo hagas más. Yo te daré cuanto dinero necesites». «No es por dinero —se justificó Najshún—, tengo una meta». Harut miró su regazo, donde había un vestido blanco con bellas faldas ondulantes, un pequeño pájaro y una flor, mientras la nube y el cielo aún estaban a medio terminar, pendientes de la hebra y de la aguja. No supo qué decir.

«Es bonito», balbuceó. «A mí también me gusta», se enorgulleció Najshún y agregó: «Qué puedo ocultarte, y qué puedo ocultarle a Dios... Yo no he tenido tiara, no he tenido un vestido blanco, pero... ¡bailaré! ¡Bailaré en la boda de mis hijas! Para entonces habré terminado este

vestido, me lo pondré y bailaré. Que digan lo que quieran. ¡Bailaré!».

Najshún pensaba que, en todo caso, Harut ya lo sabía todo sobre ella, era su única ayuda y protección, y no tenía sentido ocultarle nada, especialmente porque sin él no podría alcanzar su objetivo.

En la oscuridad luminosa de la noche otoñal el viento zumbaba a través de la espina dorsal de los montes, rasguñaba el cielo con su zumbido ahogado, se colgaba de las nubes desgarradas y fluía hacia abajo, haciendo ruido y levantando polvo donde cayera, apretando las piedras contra la tierra, arañando rocas y matorrales con dedos sin uñas. Con su propia cola en la boca por la furia, rodaba, agitándose y deslizándose... mientras gemía... El viento se estaba despedazando como si lo desollaran vivo.

Protegiéndose del viento que hendía los huesos, Najshún cruzó las manos sobre el pecho para que no penetrara y se llevara lo que había en su interior, y empujó la puerta de la cerca con un pie.

Se detuvo frente a la puerta de Harut, mientras resguardaba los cabellos del viento con una mano y las faldas con la otra, y titubeó. La luz débil de la lámpara penetraba por el resquicio de la puerta de madera. ¿Golpear o entrar sin golpear?

—¿Qué has decidido? —Harut se levantó, sorprendido por su voz.

—Tú no me dejas en paz. ¿Qué pensará la gente al verte así...? En el medio de la noche, con una sola capa de ropa —Harut miró su cuerpo delicado y delgado, los hombros encogidos por el frío y el temor, la piel transparente de las manos, debajo de la cual afloraban las venas verdes, y pensó: «Es falso que nacemos desnudos... nacemos vistiendo la piel propia como traje».

—He juntado un poco de dinero, bastará... —el ruego fluía de los ojos de Najshún.

—No me hagas reír... —Harut comprendió entonces por qué cada vez que viajaba a comerciar Najshún traía un bordado y le pedía que lo vendiera: «... Si es posible, por oro —se justificaba—. Me he propuesto una meta». Harut no le decía en qué terrible situación se hallaba el mundo allá afuera, cuánta muerte, hambruna y sangre había. ¿Quién tenía ánimos de comprar encaje? Harut regalaba lo que llevaba a sus conocidos y al regreso compensaba a Najshún con parte del dinero de la venta del pescado, pretendiendo que había vendido el bordado y estaba

acumulando para la dote de las niñas. Se apiadó aún más, pensando que despilfarraba su vida en esas cosas y se privaba de ella en vez de vivirla. Pensó por un instante que si la madre se hubiera salvado, ella sería igual.

—¿Qué diferencia hay para ti...? Lo haremos en secreto. Si quieres, puedo ir contigo. Terminaremos en un par de días y volveremos —se empecinó Najshún—. Les dirás a todos que vamos al mundo exterior a hacer negocios.

—Era lo que me faltaba... Tú y yo... Ni falta les hace para seguir las murmuraciones —mientras hablaba, Harut miraba fuera de la ventana, hacia el perro acostado en la caseta con la cabeza entre las zarpas, para no delatar sus sentimientos. Luego miró a Najshún, desvalido. Pensaba en si debía invitarla a sentarse o si esto sería indecente. Una densa dulzura de aromas hervía en su interior y le quemaba la garganta...

Najshún estaba parada como un Cristo sin sonrisa, en alerta, para impedir que de repente la vida se acercara a ella por segunda vez.

«Si el cielo supiera tan solo lo que ha permitido...», pensó Harut dolorosamente.

Se acercó a Najshún y la agarró de la mano. Por un instante frotó los dedos fríos en su palma, convencido de que la espalda de Najshún estaba igualmente fría... Pero inmediatamente se dio cuenta de que ella podía pensar que esa era la retribución que él quería, y avergonzado ante la idea, la soltó, dejando la calidez de la mano en sus dedos fríos.

—Comprende —dijo con un suspiro—. Una aldea llena de mujeres solas sin marido; te van a triturar...

—Si vuelves a negarte, huiré de vuestra aldea con mis hijas y bajaré al mundo exterior.

Harut no la creyó:

—No es el momento —rio con burla y escepticismo a la vez—. Es la época de la hambruna de los lobos.

Tras atravesar por entre las bandas turcas y los desiertos devoradores, Najshún ya sabía que la vida era un campo de batalla en el que Dios mismo había sido derrotado y su Ascensión no era otra cosa que una huida bellamente presentada. Pero, no obstante, hacía falta un esfuerzo final, hacía falta una victoria. Dirigió su mirada lacrimosa y terca a Harut, tal como el condenado a muerte mira al cielo por última vez.

—¡Me iré! —insistió, decidida.

Cuando Harut sacó los bueyes del establo, ella dijo:

—Yo sabía que tú eras como de la familia —Najshún metió el dinero en su puño y acarició el lomo del buey rojo—. Dales lo que quieran, no te preocupes por el precio.

Mientras caminaba detrás de los bueyes, Harut comprendió en ese momento por qué las mujeres de la aldea no habían mostrado aprecio por Najshún: tenían diferentes objetivos en la vida, no había nada en común entre ellas. Najshún no era consciente de que la vida es algo bueno y se puede disfrutar de ella. En su imaginación, la vida era una colección de privaciones y humillaciones, de las que había que salir con honor cuando fuera posible. ¿Acaso era lo que había dictado la autoridad de su rico padre? Quizás iba hasta el patio de la iglesia sentada en un carruaje, bajaba los pies sin mirar alrededor, entraba, cantaba con la mirada en la imagen de la Madre de Dios y volvía a casa. Era difícil imaginarla en los días de su adolescencia corriendo libremente por montes y valles, ahogándose en su propia voz cantarina y en su risa, como había hecho la hija de Sató, a quien llevó de vuelta escondida debajo de una piedra de sal y entregó a su padre, porque el hombre se había convertido en un inválido y la chica ya sabía cocinar... También había aprendido algunas cosas de Harut. Al recordar a la hija de Sató, Harut rio por lo bajo, satisfecho. Era una risa irrefrenable.

* * *

La montaña estaba sobre ellos. Sobre la montaña estaban las nubes. Sobre las nubes, el cielo; sobre el cielo estaba el sol... ¿Qué había sobre el sol? Solo Dios podía saberlo. La sombra de Dios caía sobre el sol; la sombra del sol caía sobre las nubes; la sombra de las nubes, sobre la montaña; y en la sombra de la montaña, estaba él con los bueyes. Y los bueyes eran bueyes, arrastraban el carro... Bajo el peso del carro, las ruedas se aferraban al suelo y arrancaban las fibras de la tierra mientras la ladera inclinada gemía bajo ellas.

—¡Hey, ya llegamos, falta poco! —Harut consolaba a los bueyes mientras regañaba mentalmente a Perch al contemplar la lejanía borrosa:

«No hace falta irse a las montañas para ocultarse; es más fácil hacerlo entre la gente. Aunque no tiene importancia si te escondes en los montes, entre la gente o en ti mismo. Lo que importa es que cuando mueras puedas devolver en estado puro lo que has recibido de Dios en estado puro».

El camino era una tortura, como una enfermedad al esparcirse; cuando hacía un giro, Harut giraba; cuando descendía, los bueyes y él también lo hacían; cuando ascendía, azotaba a los bueyes para que ascendieran... Cumplía con lo que el camino ordenara, pero no había vuelta. Las ruedas del carro chirriaban con las rocas; los bueyes sedientos hundían las pezuñas en la tierra arcillosa con más fuerza y más lentitud; la sequedad hacía que las piedras se agrietaran. El viento los asfixiaba y arrebataba la última tajada de aire de sus bocas. Las ramitas resecas de las romazas rojas se doblaban al viento y derramaban semillas bien maduras sobre las gruesas cabezas de los bueyes, pero las bestias no se espantaban y seguían su camino. Harut se agarró un par de veces del carro para no caerse, pero tampoco se asustó ni se detuvo. Vientos y borrascas eran cosa común en estos parajes.

Los talones le dolían y pensaba en sentarse en el carro, pero se apiadaba de los bueyes: «Estas bestias necesitarán un mes para recuperarse. Pero ¿qué podía hacer...? —se tragó la emoción—. No pude resistirme al llanto de la mujer, no pude negarme. Aunque valía la pena; en estos tiempos de hambre... Ella trabaja con su sudor, perforándose las manos, encorvándose y levantándose. Es un gasto inútil, pero qué puedes decir, todo el mundo tiene sus cuentas con la vida —gimió mientras se protegía el rostro de las semillas de romaza—. Pero yo no lo haría». Se detuvo un instante y se dio la vuelta para ver si alguien le seguía, si alguien le había visto. El monte estaba a su espalda y se comportaba como si fuera una mano en el mentón del cielo; si de golpe temblara, el cielo fluiría hacia abajo y el infinito se tragaría el mundo. El camino subía hacia el cielo ronco como palabras tartamudas, hacia las nubes que se habían esmaltado en lo alto en preciosos nudos. Miró hacia abajo desde la cumbre como el alma desprendida del cuerpo lo mira desde arriba y miró al mundo con sus ruinas, refugiados, guerras y revoluciones. Aliviado, se dio la vuelta y continuó su camino.

Las montañas verdes se volvieron azulinas al mezclarse con la

oscuridad, luego negras y finalmente se disolvieron en las tinieblas. Los bueyes estaban fatigados, pero seguían acarreando lentamente su carga con las pezuñas aún sólidamente hundidas en la tierra. Miles de sonidos venían desde las montañas y se mezclaban con el aliento de los bueyes cansados. ¿Quién hablaba con quién en los sordos murmullos de la noche, los ladridos y los alaridos, los bufidos y los silbidos...? ¿Qué era lo que corría por las venas del universo y extraía tales sonidos de sus profundidades...?

Harut no temía; sabía que pronto el sol volvería, como un criminal que siempre vuelve al lugar del crimen. Cuando entró en la aldea, la luna transparente todavía era un recuerdo borroso en la oscuridad lechosa, pero un sol a medio salir ya había mostrado sus suaves espinas en el otro extremo del cielo.

El pastor Hrayr metía su pan del día en el morral cuando se cruzó en su camino:

—¿Harut...? ¿Habías salido al mundo exterior...? ¿Qué hay de nuevo...?

—Nada nuevo —suspiró Harut—. Los huérfanos lloran de otra manera, los santos rezan de otra manera, pero todo es lo mismo en el mundo.

—¿Qué has traído esta vez? —Hrayr examinó el carro cubierto con heno.

—Nada, mi hermano —también él miró al carro que apenas se movía —. ¿Qué fuerza tiene el hombre para traer algo...? Nada.

—¡Ah! —exclamó el pastor ambiguamente con una sonrisa, y corrió hacia las vacas que venían.

Harut no entró en casa. Hizo que los bueyes giraran hacia el lado del monte Roto. Najshún esperaba allí con el chal enrollado en la cintura delgada, inquieta por la emoción y con un júbilo que le hacía olvidar el frío matinal. Exactamente allí donde iba por las noches para excavar un pozo y enterrarse en él para luego salir y encender incienso... Exactamente allí bajó su carga. El *jachkar* se deslizó del carro y cayó sobre la tierra con un ruido sordo.

—Está torcido —Najshún trató de empujar, hizo fuerza con las manos apoyadas en la piedra y gimió impotente.

—Es imposible —Harut examinó lo que había traído a la luz del día

—. Es pesado como una montaña, ¿quién lo puede mover?

Como aquella noche años atrás, Najshún sacó incienso, fósforos y yesca de entre las faldas, encendió el incienso, hizo que humeara y... Harut fue testigo de la magnificencia que solo el duelo oriental posee: canto, llanto, promesa, súplica, expresión de amor, esperanza y desesperación...

—Si hubiera un cura que la bendijera... —Najshún, cansada de llorar, se limpió la nariz.

—¿Para qué bendecir la tumba? —se irritó Harut—. ¡Se bendice la vida!

—Hace falta... En cualquier momento de la vida hace falta la bendición de Dios.

—¿Para qué? —añadió Harut, mirando incrédulamente a la lápida sepulcral, pero no quiso agregar: «¿Cómo se puede bendecir lo que no existe?».

Najshún pareció comprender qué era lo que había quedado sin decir.

—Por supuesto, ¿quién soy para blasfemar contra Dios? Pero no puede ser, así no puede ser... —Se sentó en cuclillas al lado del *jachkar*.

—Dios no es culpable de que la verdad del hombre no coincida con la de Él.

Najshún suspiró profundamente.

—¿Y por qué no hay nombres ni fechas de nacimiento y muerte?

—Yo no sabía, no me habías dicho a qué familiar tuyo iba a pertenecer. Por eso hice escribir «Yo...» de manera incierta y a la vez clara. Lo importante es que se entienda que alguien descansa aquí.

Le irritaba el cariño que Najshún parecía profesar hacia el pedazo de piedra, cómo giraba en su derredor acariciando el *jachkar*, inspeccionaba los ángulos y los ornamentos grabados, a la vez que acariciaba la cruz y la besaba de tanto en tanto:

—No entiendo qué falta te hacía.

—Mis hijas necesitarán raíz y sustento... —dijo Najshún y calló satisfecha, tras lo cual volvió a acariciar la cruz una y otra vez. Y luego agregó: —Mientras el cura no haya leído una oración, esto no se convertirá en una tumba—. Ensimismada en sus pensamientos, de repente recordó algo y exclamó:

—Yo sé dónde hay un cura.

—¿Un cura? —se asombró Harut, a quien incluso le pareció ridícula la idea de que fuera posible hallar un sacerdote en la era del socialismo, cuando pescaban a los eclesiásticos en grupos como él lo hacía con los peces, y quemaban las iglesias. Aunque era factible para Najshún, ya que Harut no contaba esas cosas en su aldea. Dejaba las desgracias del mundo al pie del monte, tal como el agricultor fatigado deja las sandalias llenas de polvo detrás de la puerta antes de entrar en casa.

—Sí, Haiké —Najshún miró a Harut astutamente, lo dijo con entusiasmo y calló arrepentida. Recordó a su abuela, que guardaba dinero a espaldas de su esposo y como justificación decía entre risas: «Tienes que mostrar un lado de tus nalgas al varón, pero no el otro». Ellos, obviamente, no eran cónyuges, pero... Haiké era muy adecuado. Era el hijo del párroco del convento donde ella había cantado en su época. Los turcos habían entrado en el convento y matado a todos, incluido el cura. Habían hecho beber su sangre al hijo, quien había perdido la razón al instante.

—¿Haiké? —se asombró Harut y se giró para que Najshún no viera la burla en sus ojos—. Pero es un loco.

—No es un loco, es hijo de cura.

—¿Y qué? Nosotros somos herederos de Dios, pero no somos Dios... Ya ves cuán lejos estamos de serlo —señaló con la cabeza el *jachkar* en el suelo—. Hoy por hoy es un loco y todos le tratan como a un loco.

Harut rememoró el día en que las redes se habían enmarañado y chocado con los peñascos en el fondo del lago y había tenido que pasar la noche allí. El viento había penetrado en sus pulmones, hervía de fiebre, la garganta se le había hinchado y se asfixiaba. Ni siquiera el vodka ayudó, sino que le hizo empeorar. Tenía bencina, la había canjeado por pescado seco a fines de otoño en los alrededores de Ereván. Recordó haberla guardado debajo del depósito. Usó una brocheta para hurgar y sacó unos trapos que envolvían una botella de un litro de bencina. La abrió y bebió un trago. Con el mentón levantado, lo dejó deslizarse por su garaganta. Hizo gárgaras, escupió y tapó la botella. El interior de sus ojos estaba caliente y ardía. Salió con la botella en la mano. Sató se envolvió el dedo con tela, lo mojó en la bencina y limpió la garganta de Harut.

—Escupe —dijo al sacar el dedo—, tiene un olor asqueroso, tu

garganta tiene pus.

Harut, con los ojos lacrimosos, respiró hondamente y escupió.

—Está duro, no afloja —Sató volvió a mojar el dedo en la bencina y lo llevó a la boca de Harut—. Tu garganta está bien hinchada. Pero no te preocupes, ahora voy a aumentar la hinchazón para que reviente y el pus fluya.

Tomó el chal por las puntas y lo trenzó para fabricar una cuerda fuerte. Hizo que Harut se arrodillara, se irguió enfrente de él y pasó la cuerda por su cuello. «No muevas la cabeza, manténla en la misma posición», le dijo mientras la cuerda se movía hacia un lado y a otro del cuello y ella canturreaba: «Hinchazón, hinchazón», y tiraba hacia arriba con fuerza unas cuantas veces. Harut gimió.

—Aguanta, ya falta poco. Una vez más.

Hizo que la cuerda-chal se moviera nuevamente por su cuello y tiró para arriba con fuerza como si quisiera separarlo del suelo.

—Escupe ahora. ¿Salió? —se dio la vuelta y examinó el esputo en la vasija retorcida—. Llama a alguien para que te cuide por la noche. Si el pus no sale, volverás a sufrir y tendrás fiebre, en una de ésas puede que te desmayes... No duermas solo. O ve al barrio interior y pide a Djanó que te sople en la boca... Pasará en un instante.

Harut volvió con el chal gastado de Sató enrollado al cuello. Arshó, la mujer de Soghó, esperaba cerca de la puerta con una bolsa enharinada ante los pies:

—Lo he traído de vuelta, hermano... No te creas que no lo quiero... Yo también soy un ser humano, quiero ayudar, pero este está loco —golpeó ligeramente la bolsa con el pie—. Llévatelo, dame otro cadáver. Que tu dolor sea el mío, está loco, nosotros también somos seres humanos —se arrodilló, desató la bolsa y luego la levantó por los rincones y vació su contenido en el suelo: Haiké.

El muchacho se extendió levemente sobre la tierra, hizo un movimiento como de gusano y se quedó inmóvil con la mirada hacia el cielo.

—¿Qué está haciendo...?

—Se ríe solo.

—¿Y qué?

—Que tu dolor sea el mío, al loco también le dicen «y qué». Empezó

riendo, ¿te imaginas cómo ha de terminar...? Yo también, sabes, tengo tres hijas, y este es un hombre que madura y además, lo ves, se ríe... Todo es posible, es arriesgado, que tu dolor sea el mío... —tras decir todo esto se alejó sin mirar a Harut.

—Qué sé yo... Todo lo que hace es reírse solo —Harut se relajó ante la mirada reprochadora de Najshún.

—Si termináramos riendo al final, estaría bien —suspiró Najshún.

Sin perder tiempo, al día siguiente Najshún fue a casa de Haiké, que Harut había construido para él. Después de que Arshó, la esposa de Soghó, lo trajera en una bolsa y la vaciara ante los pies de Harut, vivió durante un tiempo en casa de este. Pero Harut amaba su soledad tanto como amaba la libertad y le construyó una casa, encomendando a las mujeres que cuidaban a sus animales que le alimentaran y lavaran su ropa. No obstante, Harut bajó después las armas ante la vida, porque Najshún había venido a instalarse silenciosamente en su soledad tal como la plegaria se instala en los labios pecadores y el oro en la oscuridad de la caja fuerte.

Cuando llegó allí, Najshún vio que los vaqueros arrastraban a Haiké en la dirección de la aldea, empujándolo y golpeándolo. Resultó que había estado hurgando en el campo de juegos y se había topado con un objeto brillante y redondo:

—¡Oro, oro! —habían gritado los chicos mientras bailaban de alegría —. ¡Hemos encontrado oro...!

Mientras aplaudían y reían, Haiké había tirado el oro.

—Oye, ¿por qué has hecho eso? ¿No has visto que es oro? ¿No has visto que tus amigos se han alegrado?

—Lo he visto —se estremeció Haiké— y pensé que es mejor que otro lo encuentre y se ponga contento...

Najshún lo rescató de las manos de los muchachos.

—Yo diré la oración y tú te persignarás como tu padre...

* * *

Los niños que representaban a los «espíritus malos» en la Fiesta de la Ascensión primero arrancaban puñados de hojas amarillas de la Flor de la Buena Fortuna, chupaban su néctar y las arrojaban a un lado. Cuando

se saciaron, fabricaron ramos de flores, pusieron coronas de ramas perennes en las cabezas de las niñas y se fueron a la aldea. Las niñas iban al frente con los cedazos de harina apoyados en la cintura y los adolescentes las seguían mientras cantaban y golpeaban las puertas: «Alabemos, alabemos, ¿a quién hemos de alabar? Vamos a alabar a la abuela Haikush». Y la abuela Haikush recorría con parsimonia los rincones de la casa, recogía caramelos y huevos y los depositaba en el cedazo de los «espíritus malos» para que la mala fortuna no se acercara a su casa durante el año. El grupo, satisfecho, se aproximaba a la casa siguiente: «Alabemos, alabemos, ¿a quién hemos de alabar?». Caramelos, fruta seca, huevos, pan, queso, halva... Los cedazos estaban casi llenos cuando los niños giraron hacia el Barrio del Turco. «Alabemos, alabemos...», y de golpe la canción se interrumpió y la voz ronca del pequeño Harut gritó: «¡Harut, están golpeando a Najshún!». Cuando Harut llegó, la gente ya había separado a las combatientes: Najshún se levantaba lentamente mientras se sacudía las faldas; Bró todavía masticaba su enfado mientras mascullaba. Harut había desenfundado la cuerda de crines con sus hierros curvos en las puntas, azotaba la tierra y esperaba una respuesta.

—Su hijo nos dijo turcas... Se merecía la paliza que le hemos dado —se justificó Astghik.

—¡Es que sois turcas! —Bró pasó al ataque—. ¿Qué sois si no, asesinas...? Estuvisteis a punto de sacarle el ojo a mi hijo —y le hizo volverse hacia Harut para que este viera su ojo hinchado y sanguinolento. Harut aún esperaba la respuesta de Bró y fustigaba las piedras debajo de sus pies.

—¡He hecho bien! —Bró, que no había estado con un hombre en más de veinte años, consideraba que el contacto de la cuerda con las piedras era una expresión de amor hacia Najshún—. Mirad sus cabezas alargadas, verdaderas cabezas de turco... Hombre, ¿de dónde han venido? Han dividido nuestra digna aldea entre armenios y turcos...

—Que no vuelva a escuchar eso —Harut reprendió secamente a Bró como si le pegara un puñetazo en la cabeza con sus palabras.

—¡Vaya mujer sin corazón! —la encolerizada Bró maldijo a Najshún —. Ya podías haberte arrojado al abismo como las otras en vez de caer en manos de los turcos y traernos a estas.

—¿Suicidarse…? —entre la gente congregada, Noiem la vituperó—. ¿Y qué justificación le iba a dar a Dios? Es mejor infamarse ante la gente que ante Dios.

—¡Oh, vamos…! —Bró lanzó una expresión despreciativa—. Si ese acto tuviera algún valor a los ojos de Dios, hubiera tenido una solución.

Harut levantó su mirada oscura del rostro de Bró como si levantara un peso y se alejó con la cabeza gacha mientras seguía golpeando el suelo. Poco después, el carro con los bueyes rojos estaba en la puerta de Bró.

—Harut querido, sé razonable. ¿Qué he hecho más que defender a mi hijo? —Bró lloraba—. Si mi boca se hubiera roto antes de decir esas palabras… ¿Dónde llevas a mis huérfanos? ¿Cómo viviremos en otra parte?

—Bró, cuando el mismo Dios se pasa de la raya, nosotros le rechazamos… Te has pasado de la raya, Bró, así que, si piensas en tus huérfanos —Harut dijo con calma mientras volvía a golpear el suelo con la cuerda de crines—, entonces apúrate para que no nos veamos obligados a salir por la noche.

La hija mayor de Bró se adelantó, arrojó el cedazo lleno de caramelos en el polvo ante los pies de Harut, le miró colérica y volvió a la casa para salir cargando una manta. La arrojó en el carro y, mirándole amenazadora, volvió al interior.

Harut volvió diez días después. Decían que había llevado a la familia de Bró hacia Arán. Con su menuda complexión, sus hijos no eran capaces de pescar y cazar en estos lares ni ser mozos de cordel en la ciudad. En Arán la tierra era propicia y producía dos veces al año. Los hijos eran trabajadores. Decían que la ida y la vuelta de Arán era cosa de diez días exactamente.

El día de su regreso, Sató vino a ver si había traído la jalea real de abeja y la bencina, y mientras conversaban sobre bueyes perdidos, dijo como de pasada:

—Después de esa estúpida pelea, Najshún ha enloquecido…. No sé, es como si hubiera perdido la cabeza, ve a ver… —dijo y se fue, sin emoción ni explicación adicional. Harut no hizo preguntas. Pero al caer la oscuridad fue a visitar a Najshún, aunque siempre había evitado entrar en su casa o incluso en su patio, pues era una mujer sola que criaba hijas y ni ellas ni los vecinos estaban habituados a la presencia de

un hombre. Estaba sentada con la labor en las rodillas, inclinada como siempre sobre su costura. Al verle, saltó sorprendida, tiró el tejido por el suelo y trató de ponerse de pie, titubeando.

—La cabeza me da vueltas… Del llanto y del golpe —explicó.

Harut la examinaba, tratando de entrever algo sospechoso en sus palabras o en sus gestos.

—He pensado algo razonable —le informó la mujer sin mirarle a los ojos.

Harut se sentó a su lado y, mientras miraba a las niñas dormidas sobre la estera, preguntó en un susurro:

—¿Qué mejor?

—Sácame de aquí, llévame al mundo exterior… Ya no lo soporto más, ¿qué vida es esta…? En tu aldea la gente es salvaje, no conocen a Dios ni saben una plegaria.

—Ellos saben —la consoló Harut—, simplemente no la utilizan porque no les ha salvado… al igual que a ti.

—Y sin ella yo no puedo… ¿Qué hacemos? Sácame de aquí.

—¿A dónde?

Con la seguridad de que nadie sabía la respuesta a su pregunta, insistió:

—Créeme que no hay mejor lugar para ti que aquí… Si admitiéramos que aquí solo faltan la plegaria y Dios, en el mundo exterior también faltan el hombre y la humanidad. Allí la gente no reza, sino que le pegan a la plegaria con el llanto tal como se golpean el pecho por la pena… El mundo está desierto, Najshún, igual que la soledad del hombre…

—Ayúdame —se deslizó hacia el suelo y cayó a los pies de Harut—. Tenemos que bautizar a mis hijas… Tienes que hacerlas bautizar, tenemos que limpiar ese nombre de ellas con el crisma.

—¿Te estás burlando de mí?

—Ayuda a mis huérfanas…

Harut se puso de pie.

—Está bien —repuso, y se fue.

—¡Anahit! ¡Astgh…![20] ¡Anó…! —los chiquillos del barrio llamaban a gritos.

—¿Qué pasa, niños? —Najshún estaba parada en el umbral.

—Que vengan a jugar.

—No pueden, están enfermas.

—¡Vaya! Mi abuela ha hecho sopa. ¿Voy a traerla?

—¡No, no, no...! —respondió Najshún—. Tienen varicela, os vais a contagiar —y entró de inmediato.

Al anochecer, llovió; el cielo estaba tan cercano que el rayo directamente estallaba en los oídos. Najshún, atemorizada, iba y venía con premura: ora cerraba la puerta del establo, ora cubría el heno... Examinaba mentalmente qué habían hecho y recordaba los objetos y su orden uno por uno. Hizo tomar a las niñas una poción somnífera que había obtenido de Sató y luego las ocultó bajo la roca de sal. Por la noche, Harut salió y las llevó al bautismo.

A la salida del sol, cuando Najshún se había dormido y despertado varias veces mientras sentía las explosiones de los rayos en el vientre durante toda la noche, la puerta chirrió de repente. Cuando abrió los ojos, Harut ya había puesto a Astghik en la cama y había ido a traer a Anahit. Najshún miró dichosa:

—Alabado sea Dios —susurró y palpó el cuello de Astghik, sacó la cruz de la cinta tricolor, la besó y se persignó:

—Gracias... —con los ojos llenos de lágrimas de felicidad, tomó la mano de Harut, quien había vuelto y ponía cuidadosamente a Anahit en la cama—. ¿Quién es el padrino? Cuando crezcan, iremos a buscarle. Quizás el mundo cambie. No va a quedar así, ¿no es cierto? Tendremos una relación con el padrino. Mis hijas son bastante grandes, habrán de recordar su rostro, su nombre, su aldea.

—Difícilmente... —masculló Harut.

—¿Cómo...? ¿No las has bautizado? —La mirada de Najshún trasuntaba una mezcla de odio y terror.

—Las he bautizado. Huele la frente, ¿no sientes el olor del crisma? Es que las niñas no han despertado desde ese día... Ni siquiera supieron que habían sido bautizadas... Es mejor así.

Harut se levantó y se dio vuelta en el umbral:

—No temas, despertarán al amanecer. Todavía está oscuro, me iré; no puedo soportar el chismorreo —y sonriendo a Najshún, que brillaba de felicidad, se fue.

—Sí, vete a dormir, es una pena —dijo Najshún—. Vete a dormir,

descansa.

Tras cerrar la puerta detrás de sí, Harut aspiró profundamente el aire condensado por el frío y aceleró sus pasos. Luego recordó algo y se detuvo de repente.

Najshún estaba arrodillada junto a las niñas y, cuando Harut entró, se levantó como alcanzada por un rayo y lo miró, expectante.

—Me había olvidado… —Harut se llevó la mano al pecho, avergonzado—. Te he traído un presente —sacó algo envuelto en un chal florido de niño y se lo extendió. Najshún lo tomó y abrió el regalo con cuidado:

—¡Un Narek![21] —gritó reverente.

Harut agradeció mentalmente al comerciante disfrazado, de quien había adquirido armas varias veces y conocía su discreción. Le había pedido una Biblia, pero aquél parecía haberse asustado y le había dado esto: «Es un libro igual a la Biblia» —dijo y no aceptó el dinero—. «Esas cosas no se dan por dinero… Llévatelo, es para ti».

—¿Te gusta? —preguntó, aunque la respuesta era obvia—. ¿De qué se trata? Dicen que es un libro igual a la Biblia.

—Es un Narek —Najshún besó y puso delicadamente sus dedos blancos sobre el libro—. Habla con Dios frente a frente.

—¿Conoce a Dios? —Harut no la creyó.

—Sí, le conoce —confirmó Najshún, a la vez que levantaba su delicada mirada del libro y la dirigía hacia Harut.

«¡Qué horror…!», pensó Harut. «El conocimiento limita la libertad, a Dios no le gusta eso».

—Bueno —dijo en voz alta y miró hacia el lado de las niñas—, me voy.

Cuando la puerta se cerró y Najshún se convenció, mirando por la ventana, de que Harut se había ido, volvió a envolver el libro en el chal florido, lo apretó contra su pecho, se quedó inmóvil por un instante y luego lo colocó sobre la mesa de madera, donde la vela de grasa crepitaba de tanto en tanto mientras se iba extinguiendo.

Se arrodilló ante la cama de las niñas, que dormían. Volvió a palpar las cruces y las separó de sus cuellos una a una; desató las cintas de las que pendían, las colocó sobre la manta y las acarició: «Aferraos a ellas —

habló mentalmente con las niñas—, son vuestra alma, vuestra única posesión… Es la única herencia que habéis recibido de Dios, aferraos a ellas», y tras envolver las cruces bendecidas en las cintas coloridas, las guardó, pues las niñas no habían despertado. Miró con temor hacia la puerta y pensó con cariño en Harut: «¿Cuántos destinos están ligados al suyo en esta aldea? ¿Cuántas noches ha ido y venido este pobre hombre a hurtadillas? ¿Cuántas toneladas de sal de roca ha llevado y traído con sus bueyes cansados…?».

* * *

Las hermanas tenían todos los defectos: ladronas, mujerzuelas, desvergonzadas. Pero eran bonitas.

—¿Hay algo que se compare con la belleza de una turca? —solían decir los aldeanos con admiración.

—¿Por qué solo una turca? Kurdos, circasianos, lezguines… Hay tanta mezcla, que difícilmente podían salir feas —respondían rencorosas las mujeres cansadas de las hermanas y de las peleas que suscitaban.

Los emigrantes eran buenos artesanos. Perforaron el monte de inmediato, se metieron bajo su piel y extrajeron arcilla, con la que construían *tonir*s y fabricaban cántaros. Najshún tejía ropa de cama para los lechos de los recién casados y patucos para los recién nacidos, cosía mantas con adornos ovales y floridas. «Dormid cálidamente», decía con la última puntada, como si restaurara el honor de la cama mancillada por los turcos. Hasta hicieron que crecieran árboles en los espacios abiertos de las altas montañas bajo los golpes del viento y las heladas. Pero la conducta de las hermanas bastó para que todo se fuera al traste.

Las hermanas eran alfareras. Iban con los hombres a los montes, colectaban la arcilla y la cargaban de regreso para mezclarla con huevo, paja y agua. Pisoteaban la mezcla con sus pies desnudos, levantaban sus faldas ya pesadas por la arcilla y continuaban pisando la mezcla con las miradas ardientes de los hombres bajo sus pies. Harut llenaba los cántaros que ellas fabricaban de trigo, queso cocido, requesón, rábanos en conserva, tomillo y romaza, los cargaba en el carro cubiertos con pieles secas de oveja, lobo y zorro y los llevaba para la venta desde Bayazet a Ereván, y de allí a Ararat y Artashat. También vendían

bandejas, vasos, vasijas y juguetes en la aldea... Pero ¡ay de quien comprara el objeto que necesitaba de una y no de la otra o elogiara la obra de una en presencia de la otra! Las hermanas se ponían en guardia y empezaba la refriega. Una decía: «¡Qué desperdicio de la leche de mi madre!», y la otra retrucaba, «¡Qué desperdicio de la paciencia de mi madre...!». No había día que no riñeran; su madre aún estaba en este mundo, pero ya estaban arruinando su lugar en el otro. En la aldea, donde la tumba de la madre era más valiosa que la madre misma, la pelea de las hermanas causaba tanto repudio como si fuera canibalismo.

—Maldito sea el camino por el que habéis venido —blasfemaban los aldeanos.

Najshún se encogía y se avergonzaba por la conducta de sus hijas y por el mundo, mientras lloraba en silencio con el rostro en la axila.

El emigrante Onés se deshacía en elogios de Najshún para tratar de apaciguar a los airados campesinos:

—¿Tú sabes de quién son nietas? ¿Tú sabes qué hombre era el padre de Najshún? Alimentaba a los pobres con cuarenta corderos por día. ¿Tú sabes qué hombre era su novio? Enseñaba a cuarenta niños por día. ¿Tú sabes quién era su hermano…? Hombre, ella misma… ¡Cómo canta…! ¡Y qué *kendjrú*[22] cocina! —y la catarata de elogios continuaba…

Había quienes mostrabanbuena voluntad hacia Najshún. Asanet incluso vino a interceder por una esposa para su hijo deficiente:

—A quienquiera que decidas entregar, estaré de acuerdo —sonrió a Najshún, a quien había traído un puñado de azúcar—. No lo pienses más: la primera fortuna es la que sonríe; los que vienen a pedir la mano después no resultan mejores.

Cada vez que se encontraba con el hijo deficiente de Asanet, de quien la gente decía que hacia toda suerte de cosas alos animales en los valles, pensaba con un escalofrío: «¡Dios mío…! La naturaleza es capaz de toda clase de maldiciones».

—¿Dónde está el hombre allí para que pueda pensar en la buena fortuna de mi hija? —Najshún se encolerizó con furia contenida—.

—Hermana, es inútil pensar demasiado. Tendrá hijos y herederos, se convertirá en dueña de una casa. Mira mi casa, mi huerta y mis animales…

—La huerta y los animales solo puedes apreciarlos cuando tienes un hombre normal delante de ti —suspiró Najshún—. La semilla del hombre tiene que ser buena para que no sufras a causa de sus descendientes… Dicen que le falta un tornillo.

—Y si es así, ¿qué le vamos a hacer? —Asanet no cejó—. Y vosotras sois turcas —replicó y se marchó. Pero no se conformó. Fuera, para que los vecinos lo supieran, dijo: «¡Ella y sus hijas glotonas…! A las queles falta de aquí —se llevó los tres dedos juntos a la boca— les falta de allí —y con los dedos se tocó la entrepierna— ¡Que se las guarde!».

Después de que se marchara, Najshún permaneció sentada durante un largo rato con una expresión helada en el rostro, las manos entre la falda, sin permitirse el lujo de derramar lágrimas. Miró brevemente con terror a las montañas que se erguían sin pausa:

«Lástima que el mundo termine aquí y así de esta manera».

* * *

Había tres culpables: las gallinas, que no llegaban a poner huevos; Sató, que podía recordarle a Najshún su deuda en el lugar más populoso, y el río, que no podía absorber el vocerío proveniente de la casa de Nushik, y entonces toda la aldea sabía que madre e hijo se estaban matando a gritos. Y también el viento, que era capaz de meter cualquier sonido en las cavernas, traía el murmullo de los jóvenes a la aldea como si fuera a propósito. En una palabra, nadie se sorprendió de los acontecimientos, era de esperar... Mientras tanto, cuando los aldeanos protestaban a Nushik diciendo: «Tu hijo se revuelca en las huertas con Anahit por las noches y destruye los plantíos de patatas; haz que se case», ella les contestaba despectivamente: «...Por más maullidos de gatos en celo que den... yo no he de dejar que ella entre por la puerta de mi casa». Luego sintió que al hijo no le complacía su desprecio, y los vecinos le aconsejaron: «Escucha, mujer», dijeron, «al gato uno se lo gana con cariño, ¿por qué buscas trifulca?». Nushik volvió a sus cabales y comenzó a sermonear con calma: «...Quien nace así no puede ser una persona normal... Ellas han vivido un dolor que... repercutirá por siglos en su sangre... ¿Quién puede ser feliz a su lado? El que lo intente, sufrirá toda la vida a causa de su destino». Al final, el río ahogaba su pelea y arrojaba las palabras mezcladas con insultos de una orilla a la otra.

Cuando trajeron la noticia, Harut estaba cortando el árbol golpeado por el rayo. Con el hacha en la mano, corrió al Valle Seco. Le habían dado una paliza al pequeño Harut; la sangre borboteaba de su nariz y se llenaba en su boca. El muchacho se ahogaba y escupía, pero la sangre fluía con más velocidad que sus escupitajos. Era la primera vez que sentía el sabor de la sangre y gritaba aterrorizado a sus amigos: «¡Llamad a Harut, a Harut...!».

—¡Traga! —gritó Harut al llegar—. ¡Traga! Para que no te ahogues, para que no tengas miedo de la sangre la próxima vez... ¡Traga!

Harut puso en fila a los chicos al borde del valle y empezó a golpearles con la cuerda de crines... ¡Vaya cuerda! Venía con un silbido que cortaba el aire; la violencia del golpe quebraba la piel de los jóvenes y rompía la vena al instante, esparciendo la sangre caliente por todos lados. Los muchachos gimieron y se retorcieron, pero resistieron y no se delataron. Los aldeanos reunidos miraban sin atreverse a proferir sonido alguno. Mejak, cuyo hijo estaba a la cabeza de la fila, gemía a cada golpe y amenazaba: «¿A quién? ¿Cómo te atreves...? A quien ponga una mano sobre mi hijo... ¿Te crees que es un cachorro sin dueño?». En cuanto Harut se daba la vuelta y contemplaba a los reunidos, «Harut querido —mostrando los dientes gastados, sonreía el hipócrita Mejak—, mátalos a golpes para que no vuelvan a cometer errores tan grandes». Harut se volvía hacia las filas de jóvenes y Mejak renovaba el ataque desde las alturas divinas: «¿A quién? ¿Cómo te atreves...?».

Mientras llevaba al pequeño Harut a casa con su camisa rota y ensangrentada, Harut recordó su primera visita al mundo exterior con Perch, cuando este tomó por el brazo a la camarera en una taberna de Ereván, a la que le dijo: «Ve y abre los ojos del chico...», y le empujó hacia ella. Por supuesto, sus ojos no estaban tan cerrados como Perch suponía, y al volver del mundo exterior, a duras penas pudo contenerse y les dijo a sus amigos: «Nosotros escondiéndonos en el huerto de patatas de Lipó hasta el amanecer, hasta que Lipó se duerme, para hacer turnos con su mujer, y resulta que en el mundo exterior hay mujerzuelas a las que se les puede pellizcar en el trasero incluso a plena luz del día». Y lo que es peor, los ocho hijos de Lipó habían tirado tanto de los pezones de su mujer que estos se habían aflojado y azulado, y ella olía más a madre que a otra cosa. Pero la mujer de la taberna... Así tenía que ser una hembra: joven, bonita, con pezones rosados y erectos, perfume en los lóbulos de las orejas...

Con el pequeño Harut delante, caminaba y se recriminaba mentalmente. El culpable era él. Ya fuera que matara un animal, recolectara la cosecha, volviera del mundo exterior o trajera ramas secas del matorral, hacía un lote y lo ponía en las espaldas del pequeño Harut:

—Llévalo y entrégaselo a Najshún. La pobre no tiene marido y cuida de las huérfanas.

—Toda la aldea está llena de mujeres sin marido; ella mantiene dos huérfanas, otras mantienen doce, ¿por qué hay que tenerle lástima a ella? —el pequeño Harut refunfuñaba por el peso de su carga.

—Ella es fiel, se lo merece.

—¿Por qué? ¿Paytzar es una mujerzuela? ¿Maró es una mujerzuela...?

—Ellas son fieles a la felicidad que han vivido, mientras que esta no ha visto la vida. Es muy difícil ser fiel a tu propia desgracia, es un acto de heroísmo.

—¡Bah! —resoplaba el pequeño Harut cuando ya estaba lo bastante lejos—. Conozco tu heroísmo...

El pequeño Harut caminaba delante con la cabeza gacha. A veces se limpiaba la nariz con el brazo para comprobar que había dejado de sangrar. Harut tocó cariñosamente su cuello:

—Cachorro, ¿con tu falta de altura de la cabeza a los pies te metes en tales embrollos? Si eres así a los quince años, ¿qué será de nosotros cuando tengas veinte?

Harut se sentaba todas las noches en los peldaños de madera y entretejía los largos pelos de cola de caballo mientras se admiraba de su trabajo, pero ni la cuerda de crines hacía mella en los adolescentes de la aldea que estaban marchando hacia la madurez.

Sató recogía los huevos y los ponía en la canasta, que guardaba en el frío y oscuro depósito. Cuando veía a Harut, le urgía:

—Termina, termina y baja al mundo exterior... Es una pena que tantos huevos se echen a perder.

—¡Eh! Sató, Sató... ¿Cómo habrás de entregar tu alma?

—Ay, hermano, eso no sucede por deseo nuestro. Si Dios me fuera a necesitar allí, ¿qué puedo hacer?

—¡Ay! —suspiraba Harut—. Si Dios no existiera, ¿en nombre de quién cometeríamos nuestros pecados...?

Ese día las aldeanas que tenían hijos varones lavaron sus ropas ensangrentadas, arrojaron el agua al río y, horrorizadas, se arrodillaron bajo el peso de sus pensamientos. ¿Y si se comprobara que era su hijo...? Tendrían que admitir a esa mujerzuela por el amor del muchacho.

Aunque no hacía mucho que Najshún aceptaba huevos como pago

por coser mantas con el fin de terminar con la duda de Sató, las hijas demandaban huevos como pago por noche desde un principio, y el huevo se había convertido en unidad de medida para los aldeanos:

—¡Qué noche, qué noche...!

—¡Ah, sì! ¿Te costó tres huevos como siempre?

O:

—Compré un burro por mil huevos.

—¡Vaya! Mil huevos... casi trescientas noches... Sí que es caro.

Pero la gente solo volvió a sus cabales después de esa pelea y de la paliza de Harut.

Al amanecer, las mujeres se reunieron y, en un paroxismo de furia, atacaron la casa de Varsó... Ni las nubes habían atronado tanto al resquebrajar el cielo... Las mujeres habían llenado sus faldas con piedras y las arrojaron sobre la casa de Varsó. Rompieron los cristales, hicieron trizas la puerta de madera y la sacaron de sus goznes. Varsó escapó con el hijo del rey en brazos y buscó refugio en el *tonir*.

—Sal, mujer sin corazón —gritaban las mujeres a voz en cuello—, los chicos se fugaban de sus trabajos y de sus casas, y nosotras creíamos que estaban escuchando cuentos sentados al lado de Varsó.

Pero en realidad, el hijo del rey no sabía ni de Anahit ni del niño que portaba en su vientre. Cuando se dieron cuenta, ya era tarde. La situación no podía cambiar porque el hijo del rey se atascara en el pantano o matara al monstruo. Por siete días con sus noches el hijo del rey y su caballo permanecieron sentados en la oscuridad, hambrientos y sedientos, sobre la ceniza caliente del *tonir* hasta que las reprimendas de Harut surtieron efecto y las mujeres se dispersaron. Varsó salió del *tonir* al séptimo día con los pies polvorientos y la mirada perdida:

—Gente —dijo con tono contrito—, el hijo del rey venció a cuarenta monstruos y tiene que vencer a cuarenta más. Estaba ocupado en matar monstruos. ¿Cómo podía estar al tanto de lo que estaba sucediendo aquí?

La pobre Varsó intentó de todo: mandó al hijo del rey de un mundo al otro, lo hizo pasar por el ojo de la aguja y creó un nuevo corazón para él a partir del alarido de un ángel. Pero todo fue en vano.

* * *

Nunca se supo quién había sido la primera, pero el hecho es que una de las mellizas estaba encinta. Las mujeres agarraron a Sató por el cuello:

—Sató —le dijeron—, tú nos debes una chaqueta. Recibiste la chaqueta verde en su momento y no hiciste tu trabajo. Ahora haz lo que quieras, pero tienes que pagar tu deuda y librar a nuestros hijos de convertirse en padres de un bastardo y en hombres deshonrados. No podremos resistir a semejante infamia.

Sató llamó a la chica y le dijo:

—...Estás trayendo un futuro huérfano, ¿a quién le hace falta? Tú también eres una huérfana, ¿eres feliz? Teníais un Harut como respaldo, ¿quién respaldará a este...? Esos chicuelos que soportaron los azotes de Harut y no confesaron, esos no se harán cargo de tu hijo y de ti.

La convenció e hizo que la joven perdiera a su hijo. Pero ella no estaba bien desde un principio. Ya fuera porque Sató no había desinfectado bien las garras de halcón con las que raspaba el fruto del vientre o las patas de pato o alguna otra cosa, o porque no las había empapado suficiente tiempo en vodka, o se había bebido el vodka; ¿quién entiende a Sató...? Sea lo que fuere, lo cierto es que una noche Harut envolvió a la ensangrentada e inconsciente Anahit en una alfombra, la colocó sobre el lomo del caballo y se la llevó.

—Esta noche... —Sisak aferró al caballo por la brida y, poniendo a un lado la cabeza del caballo que resoplaba en su rostro, intentó hacerle frente a Harut—, las fieras te van a comer en los montes. Se va a morir de todos modos... Además —masculló—, no es más que una ramera... ¿no?

—Cálmate, nunca he sido pasto de las fieras ni he de serlo —le aseguró Harut en un tono sombrío, y llevó la chica al mundo exterior para que la salvaran.

La llevó envuelta en la alfombra y la trajo de la misma manera. Le habían dicho que se había demorado, era demasiado tarde.

—¿Qué demorar ni qué cosa? —las mujeres tranquilizaban a Harut —. Quien fue concebida así, iba a irse así; has de volver por el mismo camino por el que has venido.

—Son tan bellas... —concluyó Sató alejando la culpa de sí misma—, ¿quién iba a dejar que quedaran puras? —Y maldijo a los jóvenes:

—Id y enterraos, ¡malditos...! He de poner vuestras cabezas bajo tierra... Sois vuestras propias víctimas.

Los aldeanos sentían lástima por Najshún:

—De esa madre... ¿cómo han podido nacer esas hijas?

—Sí, por supuesto, la culpable es Najshún —Onés conectaba causa y efecto—, no se puede vivir con tanta pureza, como una santa... Es por eso que Dios creó un equilibrio.

Y luego continuó:

—¿Sabéis de quién son nietas...? ¿Conocéis al padre de Najshún? ¡Qué hombre! Alimentaba con cuarenta ovejas por día a los pobres. ¿Conocéis a su prometido? ¡Qué hombre! Enseñaba las letras a cuarenta niños por día. ¿Sabéis quién era su hermano...? Su madre era una santa, una santa... ¡Y ella misma lo es...! ¡Y vaya kendjrú que cocina! —continuaba Onés—. Solo tienes que decir kendjrú.

Y la audiencia imaginaba que se trataba de una comida hecha cuando menos con carne de mariposa y leche de víbora. Pero daba lo mismo:

—¿Dónde está el oro de su padre? ¿Dónde está la inteligencia de su prometido...? ¿No son estas su herencia? ¿Esta es la herencia que ha dejado quien tiene riqueza e inteligencia? —quien hablaba señalaba a Astghik, cuya aparición hacía que los muchachos refulgieran y la rodearan mientras la hacían hablar alegremente, y la chica hablaba con los ojos con uno, con la boca con otro, con un movimiento de manos con el tercero, con la posición de su espalda con el cuarto... Absorbía la atención de todos.

—Son jóvenes... ¿Y cómo es la juventud...?

No obstante, Onés fue el ganador: reunió a la aldea para comer kendjrú y sorpenderles. Si los aldeanos hubieran sabido que Onés no solo no lo había comido jamás, sino que no había visto kendjrú en su vida... Pero había escuchado sobre él incesantemente durante todo el camino hacia la aldea; la dirección que eligieron no era la correcta, porque aquí la vida tenía amo y señor, el ventarrón, que caía del cielo tragándose al sol, pasaba a degüello a las montañas y soplaba gotas de su vientre roto que por la noche el frío cubría con una corteza y por la mañana se rompía bajo el pie. Aquí, en la primavera el suelo se calienta tarde y las plantas crecen con lentitud; en el verano, el sol ya las ha hervido; en el otoño, el viento las ha roto y la nieve prematura las pudre,

apretándolas contra la tierra. Durante todo el camino se alimentaron con líquenes. A veces el liquen venía con gusanos y bichos que crujían bajo los dientes y ellos chupaban con placer lo que masticaban, pero el amargor del liquen acababa con todo, fuera el gusto de los gusanos y bichos o el deseo de comer. Cuando el amargor provocaba que alguien vomitara, el padre de Najshún decía con triste deseo: «Si tuviéramos el *kendjrú* que tú cocinas, hija...». Lo había repetido tantas veces que Onés estaba casi convencido de que lo había comido. De todas maneras, cuando llegaron a la aldea, todos habían pasado por el mismo dolor y fueron admitidos como una sola familia.

Najshún fregó la cacerola con ceniza y arena, la lavó bajo el agua, la puso sobre el fuego y la llenó de aceite. El aceite crepitó y las gotas volaron en derredor, haciendo arder los lugares donde caían. Najshún echó harina blanca y la harina se coció y se chamuscó, se enrojeció y sudó en el aceite. Luego lavó el huevo, lo rompió, lo batió, lo emblanqueció, lo esponjó y lo vertió en la harina. El huevo siseó, se hinchó al instante por el calor del aceite y se elevó suavemente. Najshún le dio la vuelta hacia uno y otro lado, hizo que se enrojeciera y lo sirvió a la mesa:

—Buen provecho...

Comieron.

—Es como una tortilla común —dijeron—, solo que está hecho con harina.

—Pero vosotros no hacéis esto—dijo Onés—, esto no es común, es más suave, no te duele el estómago.

—¡Oye! —dijeron—. Nosotros lo hacemos con mejores ingredientes, hacemos lo mismo con miel. Pero sea con harina, miel o cagada de perro, ¿no es una tortilla al fin y al cabo...? No es algo nunca visto.

—No hay nada nunca visto en el mundo... Nosotros somos quienes decidimos que algo es nunca visto, el nombre que nosotros le damos, la mirada con la que lo miramos.

—¡Ay, Onés, Onés...! Si no tuvieras esa lengua, los cuervos ya te habrían sacado los ojos; si haces pasar a las mellizas de Najshún por armenias, entonces harás pasar la tortilla por *kendjrú* una y otra vez. ¿Cómo vamos a poder contigo?

* * *

El lagarto brillante y verde no se habría delatado si no hubiera derramado las semillas resecas de la romaza endurecida al deslizarse por su parte posterior. Pero ya había cometido el error. Se había deslizado hacia una piedra y, al sentir la huesuda palma de la mano del alemán, desapareció de inmediato en la grieta haciendo vibrar su ágil cuerpo, y al alemán solo le quedó el dolor que sintió por el choque de su gran mano contra la piedra. Al principio sonrió contento, abrió ligeramente los dedos sin separar la mano de la piedra y miró de reojo entre ellos. Al ver que los dedos se habían chocado con la piedra sin el lagarto, empezó a sacudir la mano en el aire como si se sacudiera el dolor y la quemazón. «No importa —se consoló—, era una cosa menor, apenas un bocado……», y corrió hacia el lago para refrescarse los talones ardientes. «¡Oh, Sol, aún estás! La eternidad no te ha cansado, los eclipses no te han dañado, aún brillas. Duerme por un par de minutos, los desiertos también quieren vivir. Su arena abrasadora está ardiendo y yo camino sobre ella…». El alemán suplicaba al sol mientras sus pies se quemaban en la arena y saltaba. Daba unos cuantos pasos y luego corría de regreso hacia el lago, donde mojaba sus pies con una expresión feliz en el rostro para luego caminar por la orilla… Cuando no podía resistir nuevamente la arena ardiente y el contacto de los cantos rodados, volvía al lago… Algunos días la suerte le sonreía; a veces encontraba un pescado arrojado a la orilla y destrozado por los picotazos de los cuervos, mezclado con arena, que alzaba para mostrarlo a sus camaradas mientras lanzaba gritos de alegría. Pero hoy, por lo visto, los cuervos estaban hambrientos y se habían comido todos los pescados, o la ola había sido débil y su fuerza no había bastado para lanzarlos a la orilla desde el fondo del lago. Incluso allí donde el cielo debía ser azul, era de un amarillo totalmente soleado y solo la tierra era negra.

El policía Vardanián, su ayudante Poghós y el chofer Sergó, protegidos a la sombra del camión, se divertían mientras miraban los brincos del prisionero con la risa en los labios:

—Llámale —se burló el policía—, que venga, no sea que las ranas se lo coman.

Poghós se llevó el meñique y el índice a la boca, plegó la lengua e hizo

que el silbido resonara en el aire.

El alemán entendió correctamente el sentido del silbido; con una mano se agarró la frente enrojecida y con la otra quitó las espinas de su boina de papel, que el viento le había arrebatado, y corrió hacia arriba. Mientras se ensangrentaba el dedo gordo del pie con las piedras, pensó que este país estaba construido de manera totalmente distinta: primero los huesos y después el resto... Podía oírse el fragor de las aguas subterráneas que discurrían raspando las raíces de las piedras, pero su jadeo frío solo alcanzaba para refrescar las piedras secas y blancas. El alemán caminaba y escudriñaba las piedras, convencido de que habría de descubrir el agua raspándolas o se toparía con otro lagarto, con algo de suerte, o incluso una víbora.

Torturado por el calor, Hans se llevaba la mano al bolsillo del pecho, donde sentía la dureza del papel, y seguía luchando contra el sol con una sonrisa feliz. Había momentos, normalmente por la noche, en los que sacaba del bolsillo la fotografía, en la que aparecían dos niños y una mujer con ojos fatigados, y se la llevaba a los labios con una sonrisa feliz, sin parar mientes en quién recibía su beso. Había logrado salvar la foto de su familia después de múltiples interrogatorios, palizas y privaciones. La foto había pasado la guerra entera y caído prisionera con él. Y ahora peleaba obstinadamente contra el sol caucásico y las piedras armenias.

Sintió el frío y suave contacto en la pierna ardiente sobre la piedra y al mirar abajo vio a la rana parada sobre su pie. Su corazón pareció estallar de alegría; la rana en ese momento era un consuelo tan grande para él como la plegaria en un momento sin salida. Se arrodilló con cuidado y la trajo sobre su palma. Luego se irguió triunfante y, agarrando a la rana por su pata, enarboló el botín a la vista de sus camaradas. Los prisioneros parados en la ladera del monte seguramente ni vieron qué tenía en su mano, pero comprendieron que era comestible y respondieron con exclamaciones. Uno de ellos incluso comenzó a arrancar y quebrar tallos de plantas secas para una futura fogata.

—¡Fritz...! ¡Fritz...! —llamó Sergó y le hizo una seña con la mano para que se aproximara. El prisionero cambió su dirección y se acercó. El chófer le arrebató la boina hecha con un diario armenio, la desarmó y la sacudió. Luego le extendió el «Pravda» al alemán: «Toma y fabrícate una

boina en ruso», se burló, a la vez que sacudía el diario armenio frente a sus ojos.

—Hagamos algo para pasar el rato, el día va a oscurecer... —se justificó ante el policía que miraba con asombro—. Miremos las fotografías al menos.

El prisionero se paró allí por un momento, con la boca abierta señaló su garganta con el dedo y se frotó el corazón.

—¿Y éste qué dice? ¿Tiene hambre?

—No —advirtió Poghós—, por lo visto tiene sed...

—Que tu dolor sea el mío —el policía Vardanián se asombró mientras miraba al prisionero—. ¡Vaya, mira! Todo un mar para beber...

El prisionero miró con asombro al lago y luego a la mano que apuntaba en su dirección.

—Las aguas de su país son saladas —explicó el policía a sus compañeros y torció los dedos, haciendo un cucharón de su mano. Primero la extendió hacia el lago y, tras golpearla en el aire y llevársela a la boca, le hizo entender al prisionero que bebiera del lago.

¿Entendió el prisionero que el lago era de agua dulce, o creyó que se burlaban de él? En todo caso, miró a las piedras que brotaban por todas partes y se imaginó que volvería a caminar sobre ellas quemándose y lastimándose los pies, y pareció arrepentirse de estar sediento. El policía tomó un vaso del vehículo, caminó pisoteando las piedras con las suelas de sus botas nuevas, entró en el agua hasta donde las botas se lo permitían, metió el vaso de metal en el lago, bebió ostentosamente y luego lo llenó y se lo trajo al prisionero. Mientras este bebía, asombrado, el policía restregó los pies en el suelo para librarlos de las algas.

—Y ahora, ve a trabajar —dijo tras tomar el vaso que le tendía el prisionero, y miró con lástima a la rana que todavía colgaba de su mano.

Los alemanes no podían creer tanta abundancia: olas blanquecinas como cicatrices viejas que se sucedían unas a otras extendiéndose hasta la invisible lejanía. Las piedras eran inmortales e infinitas, incrustadas en la profundidad del corazón de la tierra como una ofensa, condensadas, imposibles de tragar... Incontables piedras de cuyas quebraduras afloraban las espinas y los lagartos entraban y salían por turnos, como si la piedra sacara la lengua. Las semillas rojas de los tomillos secos se habían adherido a la superficie roja de las losas.

«*Schnell! Schnell!*»[23], el policía llamaba con voz atronadora desde lo bajo, y los prisioneros no se atrevían a sentarse, tomar un descanso o respirar.

—¿Qué demonios nos importa este desierto? —se irritó Poghós—. ¿No hay otro lugar que limpiar…? ¿O no tenemos otra cosa que hacer?

—Han ordenado limpiar el área.

—¿Y no han ordenado arrancar el monte de cuajo? —refunfuñó el chófer.

—Si hace falta, también lo haremos —replicó el policía.

El sol aguijoneaba con tanta enemistad, que todos sus favores hasta el presente quedaban en el olvido. El chófer puso las manos sobre su cabeza para protegerla y corrió hacia el vehículo. Tampoco los policías resistieron mucho y fueron a buscar refugio en su sombra. Solo de tanto en tanto salían, miraban a los prisioneros y gritaban amenazadores la única palabra hiriente que conocían: *Schnell!* Cuando el sol se volvió insoportable, ni siquiera el amor a la patria ayudaba a tragar el aire candente.

—Si me escucháis —propuso el chófer Sergó tras atar los cuatro extremos del pañuelo abierto y colocarlo sobre su cabeza como un turbante—, ayudémosles para que terminen rápido y nos vayamos.

—¡Qué ayuda ni qué cosa…! No es trabajo de una hora ni de un día… No hemos de compartir su prisión con ellos, ¿no? —Poghós sacó el mapa de su bolsillo, lo extendió en el suelo y comenzó a estudiarlo con dudas—. ¿Es posible que no hayamos entendido bien las órdenes?

El chófer estiró el cuello hacia el mapa.

—Llévate esa basura —dijo Vardanián con desprecio—. Hemos crecido por estos lares. ¿Necesitamos un mapa para entender dónde nos han mandado?

El alarido de los aterrorizados prisioneros resonó mezclado con el estrépito de las piedras que rodaban. Los tres salieron corriendo de la sombra para ver qué había sucedido. En ese mismo momento, uno de los prisioneros que rodaba con las piedras chocó con las ruedas del camión.

—¿Murió? —El chófer corrió atemorizado.

—¡Qué sé yo…! Supongo… —balbuceó el policía mientras miraba a los prisioneros paralizados por el miedo en las piedras blancas de la

ladera.

—¡Bajad! —hizo una seña con la mano—. Ya basta por hoy... —El chófer se fue a la cabina.

—Voy a mover el vehículo hacia delante...

—Vamos a enterrarle —propuso Vardanián, señalando al muerto con la cabeza.

—¿Cómo? —Poghós miró confuso las piedras dispersas por doquier —. ¿Acaso ves un puñado de tierra al menos?

—Podemos cubrirle con piedras.

—Ordena que lo hagan. —Vardanián señaló a los prisioneros con la cabeza.

El chófer explicó a los prisioneros con pies y manos que debían enterrar al muerto bajo las piedras y luego, dudando de que le hubieran entendido, empezó a recolectar piedras y guijarros del suelo.

—Si no, los lobos van a hacer una fiesta esta noche —amenazó en armenio, impactado por lo sucedido.

Los prisioneros se acercaron con temor; uno de ellos palpó el pulso del caído y movió la cabeza con dolor en la mirada. Poco más allá encontraron un pozo profundo, al que arrastraron el cadáver. Tras arrojarlo en su interior, lo cubrieron con pequeñas piedras.

—*Schnell!* —El policía señaló el camión y los prisioneros, arrrastrándose, llegaron a él y se subieron aferrándose a las barras de los costados.

Al día siguiente, cuando los prisioneros volvieron para continuar el trabajo, el viento se había sumado al sol y el aire pegajoso era imposible de respirar, porque el viento te lo arrebataba de la boca.

Los prisioneros se susurraban algo, agitados, y el viento hacía jirones las palabras extranjeras, ya de por sí incomprensibles. Nada se podía descifrar cuando el viento soplaba, porque además de dispersar las palabras, les mezclaba su estrépito. Y por más que el policía aguzara sus oídos, no podía oír nada, excepto sonidos despedazados y ahogados.

—¿Y a estos qué les ha pasado? No les habéis dado vodka, ¿no? —Al final se impacientó y habló al oído de su ayudante para que el viento no se llevara lo dicho.

—¿Vodka? ¿De dónde? —gritó el ayudante también en su oído—. Lo beberíamos si lo hubiera.

—Entonces ¿por qué están tan agitados? —Esta vez Vardanián se cubrió la boca con la palma de la mano.

—El cadáver que habían enterrado ayer no está. Ha desaparecido... Por lo visto es por eso.

—¿Cómo que ha desaparecido? —gritó Vardanián en la boca del viento y corrió a verificarlo.

—¿Y qué queríais que sucediera? —El chófer Sergó movió la cabeza tristemente—. ¿Qué el lobo vea comida y no se la lleve?

Hacía más de un mes que los prisioneros limpiaban el lugar de piedras para liberar un poco de tierra, pero por la noche el viento llenaba nuevamente de piedras las zonas donde habían limpiado, o las piedras rodaban por sí solas y ocupaban nuevas áreas, dejando las raíces abiertas de los líquenes y los nidos descubiertos de los pequeños roedores a merced del sol, y cuando llegaban los prisioneros sentían que se les retorcían las entrañas al encontrarse con una pirámide allí donde el día anterior habían levantado una sola piedra... Y todo comenzaba de nuevo, sin fin y sin descanso, como el correr improductivo de la ardilla en la rueda.

—Oye —susurró Poghós al oído del chófer un día—, ¿tú no ves algo diferente en estos prisioneros?

—No, ¿por qué...?

—Para mí que aquél ha engordado.

—Como que... —rio Sergó—, con el pan que les dais vosotros...

—Por la gloria de mi padre... Mira a aquel joven; tanto sus dedos como su cuello se han engrosado. Si no, estos también se convertirían en pasto de los lobos el primer día como aquel otro.

Vardanián bajó del vehículo.

—¿Cómo es que la pereza no os ha atrapado y habláis tanto con este calor? —dijo, encaminándose hacia ellos.

—Si supieras lo que dice tu camarada —se burló el chófer.

—¿Qué dice?

—Dice que les hemos dado tanto guiso y tanto asado a estos prisioneros que han engordado.

—¿Engordar? ¡Claro! —se burló Vardanián también—. Dentro de poco, tendrán barriga.

Caminó hacia delante y, sin darse la vuelta, gritó a sus camaradas:

—La orilla del lago es arenosa desde este otro lado. Vigiladles, voy a nadar un poco ahora que el viento se ha calmado. —Y se fue, aflojándose los botones de la camisa.

—¿Acaso somos tus siervos? —Su ayudante se ubicó a la sombra del vehículo sobre las hierbas ralas—. Voy a cerrar los ojos un rato; anoche el niño estaba enfermo y no nos dejó dormir.

No habían pasado ni veinte minutos cuando Vardanián volvió con el corazón en la boca:

—No sabéis lo que he encontrado.

—Una tinaja de oro.[24] —El ayudante se burló en su sueño, apoyado en los codos.

—¡Una tumba!

—¿Y por qué te has asustado tanto? Es un país antiguo, cuando excavas medio metro no descubres solo una tumba, sino hasta un cementerio. —El chófer Sergó chasqueó los labios.

—Pero esta no es antigua, ¿entiendes? Es nueva, de nuestros días.

—¿Cómo lo sabes?

—Hasta sé dónde han construido la lápida... Es obra de Hrach de Kyavar, por estas tierras es el único que fabrica *jachkars*.

—¿Y ahora vas a arrojar a Hrach a los lobos? No son pocos los curas que habéis exiliado...[25] Solo ha quedado la cruz de Hrach en este mundo, y ahora es tu turno para que te ocupes de él —dijo el chófer con desprecio.

—Basta, que el diablo se lleve al padre de Hrach también —Vardanián se sintió ofendido —. Estoy diciendo otra cosa. Si la tumba es nueva, significa que alguien vive por estos lares. Si es así, entonces ¿por qué estamos respirando sol y fuego?

—No puede ser... —el ayudante se sentó sobre la hierba—. ¿Quién puede vivir a hurtadillas de las autoridades soviéticas? ¿Hemos nacido y crecido en estas tierras y no lo sabemos? Quién sabe, quizás es la tumba de algún suicida...

—Eso era antes, cuando el cementerio de los suicidas estaba aparte y los enterraban con la cara hacia abajo, «Que Dios se lo lleve lejos...». —El chófer Sergó se persignó mentalmente.

—Es lo que yo digo, por lo visto lo trajeron y lo enterraron

secretamente, para que los lobos aúllen en la tumba.

—Pero cuando alguien arroja al cielo, como si le escupiera en la cara, la vida que le ha dado, ¿quién esculpe una cruz en la lápida? —La sospecha de la tumba desconocida forzó a Vardanián a mirar en la dirección del *jachkar*.

La tumba recién descubierta se convirtió en la obsesión de Vardanián. Le perseguía por todas partes como su propia sombra, y aún más que la sombra, porque cuando el sol se pone la sombra desaparece y al menos te libras de ella durante la noche, pero esa obsesión le acompañaba en su mente noche y día. Entre tantas piedras, ¿por qué le conmovía en especial esa piedra? ¿Quizás porque tenía forma y contenido? ¿Acaso no entendía que el tiempo mismo es informe? ¿Y qué es la forma sino una frontera, una jaula? ¿Acaso estas piedras en continuo flujo y las montañas al calcificarse no valían la piedra que el hombre interpretaba con su lógica insignificante…? Sin hallar una respuesta, corría a visitar la lápida que había crecido en el flanco del monte como un hueso. ¿Qué le impulsaba hacia la tumba? ¿La tentación de tocar la vanidad? ¿La curiosidad? ¿El encanto del *jachkar*? ¿O el orgullo profesional herido por el hecho de que algo había acontecido fuera de su control…?

«En cientos de años nadie ha vivido por estos lares. ¿Cuándo has venido? ¿Cuándo has muerto?» —hablaba mentalmente con el *jachkar*. Traía a los prisioneros y les ordenaba limpiar las piedras del área. Gritaba *Schnell!* unas cuantas veces y venía a examinar la lápida: «¿Quién eres tú, que tu dolor sea el mío? —decía mientras giraba en torno a la piedra—. ¿Cuándo has vivido? ¿Cuándo has muerto? ¿Eres mujer u hombre, viejo o niño? No hay fecha ni foto… ¿Cómo he de tratarte…? —Investigaba el *jachkar* desde distintos ángulos—. ¿De quién son los huesos que se emblanquecen bajo tu peso, bendito?

Los camaradas se burlaban de él. En cuanto se desviaba en la dirección del *jachkar*, el ayudante tocaba a Sergó:

—Se fue a ver a la amante.

—Vardanián —Sergó lo llamaba sonriente—, ¿cuándo os vais a casar para que terminemos con esto?

Pero Vardanián no tenia ánimo ni deseaba discutir, la curiosidad lo mataba. Ni corto ni perezoso, fue a Bayazet y encontró la casa de Hrach, pero el trabajador de la piedra, cuyos instrumentos estaban prolijamente

alineados frente a la pared, había muerto un mes antes. Volvió, arrepentido. «¿Quién eres tú, mi vanidad, que existes independiente de mí?», se arrodillaba frente al *jachkar* y ponía la mano impotente sobre la lápida. Así lo hizo unas cuantas veces, incluso al anochecer, totalmente a escondidas, sin prestar atención a los chacales vagabundos cuando había ido de visita, temiendo que si permanecía largo tiempo, quienes le vieran o incluso sus camaradas le denunciarían y sería acusado de respetar la cruz. Estudiaba la sombra sobre el *jachkar* a distintas horas del día, las quebraduras, el liquen, sin obtener respuesta. Nada disminuía su sufrimiento. La única mención de la existencia de un ser humano era un pebetero de yeso en el ángulo derecho, pero ¿qué le iba a decir la arcilla ennegrecida por el fuego…?

Todos los días, al llegar a su puesto, Vardanián ponía a trabajar a los prisioneros gritando «*Schnell!*» y en cuanto sentía que sus camaradas agotados por el sol dormían a la sombra del camión, corría furtivamente a echar un vistazo al *jachkar*. Eso divertía al chófer Sergó, mientras que Poghós se preocupaba: «¿Ha perdido la chaveta?».

Ese día Vardanián volvió corriendo, miró con temor a sus camaradas y se sentó.

—Por la gloria de mi padre —rio el chófer—, ser policía no es nada sencillo; a uno se le aparece una tumba y el otro dice que el prisionero ha engordado.

Sergó, harto del sol, se fue y trajo un paquete de la cabina:

—Voy a comer —advirtió con un grito y extendió un diario en el suelo, sobre el cual colocó la comida.

—¡Ay, ahora lo creo! —exclamó de repente Vardanián—. Ahora creo que engordó; alguien les da de comer. Hay alguien por estos lares, alguien…

—Pues ve y averígualo —bostezó Sergó burlonamente—, sobre todo porque tienes un arma.

—Poghós también tiene un arma… ¿No es cierto, Poghós? —Vardaníán empujó a su ayudante, que dormía—. Te daré la mía también. Dos pistolas. Te quedarás y comprobarás todo.

—Hombre, pues te dije que mi hijo está enfermo y no dejó que durmiéramos en toda la noche…

—Quédate tranquilo, iré a vuestra casa y llevaré un doctor y caramelos

para el niño. Les diré que no te esperen por la noche. Por la mañana vendremos en tu busca con los muchachos.

—Bueno, yo no tengo tu estado de ánimo, no estoy para bromas... Dejadme dormir un poco; me he acostado a las cuatro de la mañana y me he levantado a las seis.

—Y yo no bromeo. El Partido lo demanda.

—Si lo demanda, quédate tú.

—¿Qué? Escribiré un informe a quien corresponda y les diré a todos que no has cumplido la orden del Partido.

El ayudante se levantó en un santiamén y se sentó.

—Querido Vardanián —dijo, asustado—, pero has olvidado que los lobos hicieron desaparecer al difunto. El prisionero no era nada, era Hitler, y yo tengo tres hijos.

—La Patria demanda una explicación... Quédate y averigua por qué los prisioneros engordan.

El chófer se apiadó de Poghós:

—Podemos dejar a los prisioneros también... ¿Qué necesidad hay de llevarlos y traerlos todos los días? Así, ni nosotros hemos de atormentarnos ni Poghós se quedará solo.

—No puedo —Vardanián se negó—, recibo a los prisioneros con documentos y los entrego con documentos.

—No temas —Sergó se volvió hacia Poghós y le dio ánimos—, no hay fieras grandes por estos lares, tan solo osos y lobos... Mi consejo es que no esperes a que los lobos te coman, sino que te los comas tú primero...

Al pronunciar la palabra «comas», Sergó envolvió firmemente el *lavash*[26] para que nada cayera de su interior y mordió con apetito, sintiéndose un lobo hambriento. Los policías se le unieron y comieron emparedados de pepinillos y patatas.

—¿Les damos un emparedado a cada uno? —propuso Sergó en referencia a los prisioneros—. No hemos de comer tanto ni llevarlo de vuelta; el huevo se pudrirá si no se come.

—Nada de emparedados... Que trabajen, que expíen el pecado de Hitler —Vardanián echó mano al pepinillo y al huevo duro, encolerizado —, me gustan, yo me los comeré.

—¡Eh, Vardanián, Vardanián! —El chófer se levantó, miró

compasivamente hacia el lado de los prisioneros y se quedó atónito. Se sentó al instante. Luego volvió a levantarse. Volvió a mirar:

—Una mano llamaba desde la cueva.

—¿En serio? —Vardanián se levantó de inmediato llevándose la mano al arma y llamó: «*Schnell! Schnell!* Bajad...».

Poco faltó para que se desmayara. Los prisioneros no estaban. Habían desaparecido.

Se vieron obligados a traer a los perros de caza.

* * *

El estañador jorobado se detuvo frente a la casa de Sató exactamente al mediodía, cuando los rayos del sol se habían alargado y ya frotaban el musgo húmedo en el fondo del valle. Sató tenía tanta vajilla agujereada para estañar que ni siquiera lo pensó: «Hasta ahora ni la víbora ni el pájaro han cruzado los límites de la aldea, ¿cómo es que este forastero ha llegado aquí?». Mientras el jorobado alineaba sus instrumentos sobre las piedras calentadas por el sol, Sató estaba parada en la fuente, con los brazos sobre la cintura, llamando a las mujeres para que trajeran su vajilla agujereada. Cuando se reunieron unas cuantas mujeres, se hizo evidente que la lengua que el extranjero hablaba no era ni turco, ni árabe, ni persa. Las mujeres sintieron temor, porque nadie comprendía por qué estaba allí. Enviaron a por Harut.

—Debe ser ruso —concluyó Sató, alentada por la llegada de Harut.

—*Rus, rus* —se entusiasmó el estañador.

Harut llamó a Vazguén.

—En una época te encontraste con un general ruso en el camino y decías que sabías reír en ruso. ¿Es posible que también sepas hablar?

—¿Cómo no?

—Entonces pregunta a este hombre cuánto cuesta estañar la vajilla.

—No puedo —gritó Vazguén desde el fondo del jardín—. Solo sé un par de palabras y me las he reservado para nuestros platos.

Entre risas, bromas y pellizcos, las mujeres llevaban y traían la vajilla, agolpándose en torno al estañador. El ruso trabajaba sin parar y Sató pensó en darle de comer. «Lo importante es que tengo vodka». Al principio pensó en hacer huevos fritos, pero luego se arrepintió; era un

huésped que venía tras recorrer país por país; decidió sacrificar uno de sus pájaros.

Hizo un excelente arroz pilaf con el gallo cantarín. Sató se sentó a la mesa con Harut y el estañador. No hubo brindis. Sató ponía el arroz pilaf frente al huésped y Harut llenaba las copas con el vodka, pero ambos sentían temor: ¿quién era el estañador? Este se fue a dormir después de comer hasta que Harut terminara sus tareas y le bajara al mundo exterior. «Es una lástima que te vayas con esos instrumentos cargados sobre tu espalda jorobada, yo te llevaré en mi carro», se hizo entender medio con palabras y medio con gestos. Sató miró a Harut con mirada aprobadora y fue a ocuparse de sus tareas hasta que el carro llegara.

Al anochecer, el carro de Harut se detuvo ante la puerta de Sató, esperó hasta que el estañador ordenó sus utensilios y luego se lo llevó. No lo mató. Simplemente lo tiró en la fosa de las patatas atado de pies y manos.

* * *

Harut postergaba su siguiente salida al mundo exterior. Sató había recolectado los huevos y no sabía qué hacer. Había agarrado unas cuantas gallinas y les desplumaba el vientre para que el pecho se enfriara, sintieran el calor del huevo que habían puesto y se despertara el instinto maternal en ellas para sentarse a poner, cuando los chicos vinieron corriendo a su casa:

—¡Sató...! Sató, apúrate y ven, Varsó está delirando, puede morirse.

Sató continuó haciendo sus tareas, porque acababa de ver a Varsó apoyada contra el cerco de piedra, con las gruesas piernas abiertas, mientras fumaba su pipa. Se volvió hacia los chicos y vio como el gallo, montado sobre la gallina, se apareaba y luego, batiendo las alas y acariciando el aire con sus plumas, terminaba y se iba. Después miró tranquilamente a los niños que esperaban ansiosos y liberó a la gallina que cacareaba entre sus manos, cuyo pecho estaba lastimosamente desnudo como la cima del monte tras el deshielo de primavera. Sacudió las manos, que habían adquirido más sabiduría por las arrugas que su rostro, para sacarse las plumas de encima y se las limpió sobre el

estómago:

—No os preocupéis, niños —dijo, moviendo las piernas envejecidas con un gemido—, Varsó ha pasado los noventa y ha extendido la mano para abrir las puertas de los cien, ahora la muerte le sienta mejor que la vida.

—Pero el cuento quedará por la mitad: el hijo del rey se dirige hacia una alta montaña, en el bolsillo tiene un espejo que en cuanto lo tire se convertirá en un gran lago y un peine que si lo arroja se volverá un espeso bosque. También tiene una espada mágica con la que puede partir la montaña en dos. Pero espera a que venga su caballo para intercambiar ideas... Y justo ahí, Varsó se muere.

—¿Por qué? ¿Dónde está el caballo?

—Ha ido a beber agua y se ha perdido entre los matorrales. Varsó lo va a salvar.

—Pobre del caballo al que Varsó habrá de sacar de los matorrales.

Con su primitivo y dilatado cuento, Varsó había mantenido en vilo la imaginación de la aldea por muchos años, casi toda una vida.

—Vaya usted a saber qué sucederá al final —se decía la gente.

—¿Qué va a suceder? El hijo decapitará al monstruo.

—Pero eso figura en no sé cuántos cuentos, no es una novedad.

—¿Y no puede figurar también en este cuento? Los cuentos son todos iguales.

—Si fuera lo mismo, no se estiraría tanto, aquí hay un final distinto.

Cuando las madres mandaban a los niños o a los miembros de la casa a hacer algún recado y se demoraban, se inquietaban y decían: «Id a ver qué ha pasado con el cuento de Varsó». Cuando se topaban con ella, los aldeanos bromeaban:

—Varsó, ¿qué pasó con el hijo del rey? Todavía sigue marchando, ¿no?

—Así es —confirmaba Varsó mientras soplaba el humo del tabaco y lo examinaba con atención.

—¡Bendita...! En todo este tiempo ya hubiera ocupado un reino y fundado otro. Se habría casado, tenido diez hijos y decapitado al monstruo...

—¿Y por qué habría de cumplir tu voluntad...? —Se enfurecía Varsó —. ¿O hacer lo que tú quieras? Si te hace falta, hazlo tú; es un hombre libre, va donde quiere, hace lo que quiere.

—Pero, hermana, el cuento tiene más prolongaciones que el camino, ¿se puede extender tanto? ¿Qué hay del final?

—¡Ah! —Varsó sacudía la mano con un gesto despectivo—. ¡Ve a tus cosas...! El final vendrá sin nosotros.

—¡Eh, Varsó, Varsó...! Tus cuentos son mentiras, mujer.

—¿Y por eso soy menos...? Yo mezclo mi cuota de mentiras con esta vida engañosa... ¿Qué si no...?

Sató no había entrado aún cuando percibió el olor de la muerte; el amargor de su paladar le picó en la nariz y estornudó. Parpadeando, para que sus ojos se habituaran al interior después del brillo del exterior, dijo en un murmullo: «Corred a llamar a Harut».

Harut sacó granadas del cofre que había debajo de su litera —le había dado una de regalo a Najshún la vez pasada al volver del mundo exterior —, se las puso en el bolsillo y se fue. Los niños rodeaban la litera de madera y rogaban: «Varsó querida, hemos esperado tanto, no sea que te mueras sin contar el final, cuenta el final y solo después...». «¡Uf!». —Harta del peso de su propia alma, Varsó gemía.

Al ver a Harut, la vecina se acercó:

—La hemos resucitado —le susurró al oído.

—¿Por qué? —Harut imaginó por un instante el griterío y los llantos que se habrían aferrado como matorrales al alma torturada de Varsó—. Los turcos arruinaron la vida de la pobre y vosotras le arruináis la muerte. Al menos podíais haberle dejado eso para que lo viviera plenamente.

—¿Y yo qué podía saber? —La mujer encogió los hombros al tomar conciencia de su error—. Los niños querían saber el final del cuento y ella se estaba yendo sin contarlo.

Los aldeanos y las vecinas, alineados a los costados de Varsó, lloraban la muerte de la anciana que aún estaba viva. ¿Qué importaba después de morir? Varsó vería ahora cuán valiosa era.

—Varsó querida, ¿no tienes nada que decirnos? —El pastor Vaghinak reprendió con la mirada a las mujeres llorosas.

—¿Qué tengo que decir?

—Varsó querida, digo, que Dios no lo quiera, si te llegara a pasar algo, déjame tu cuento en herencia, dame el derecho de contar el final.

—Hermano, tú tienes tu cayado, tu oveja... ¿No sientes pena por lo

que le pueda pasar al cuento?

—Si quieres saber la verdad, Varsó querida, haces sufrir demasiado al hijo mediano del rey —se irritó Vaghinak—. ¿Por qué tiene que caer prisionero del monstruo, cortar el monte en dos, vencer a éste y a aquél? ¡Tiene que disfrutar! Dame el cuento en herencia. Yo lo enriqueceré, les daré alas a nuestro muchacho y al caballo, que vuelen y lleguen al cielo...

—No puedo —Varsó se negó rotundamente mientras se limpiaba el sudor frío de la muerte—, necesitamos al muchacho en la tierra.

—Piénsalo bien, Varsó querida —el vecino no cejaba—, le daré cualidades de Dios a nuestro muchacho. Si quiere, que se quede sobre la tierra; si no, que suba al cielo.

—Vaya mente que tienes —le elogió Varsó con la voz ronca en su jadeo—, vete e inventa el cuento que quieras.

—¡Ah! Pero este es una lástima, lo hemos escuchado durante tantos y tantos años, ha vivido y ha crecido con nosotros... Varsó querida, que me muera por ti, es un trabajo terminado, ¿por qué empezar de nuevo?

—Tú eres el oyente y tu corazón siente dolor, no puedes separarte. ¿Y yo qué debo decir, que soy la creadora? Lo he contado durante tantos años y he llegado hasta aquí. ¿Ahora te lo he de dar y arruinarlo?

—Varsó querida, así no va... Ese cuento es tan tuyo como nuestro; si no dejas el legado a nadie, cuenta el final.

—Lo contaré, seguro... ¿Qué apuro tienes?

—¿Pero cuándo...?

Harut se acercó a la almohada de la anciana, reconoció la manta tejida por Najshún, sacó la granada de su bolsillo, la hizo rodar con cuidado cerca de las manos exánimes de Varsó y, con un suspiro, comenzó:

—Varsó querida...

—Varsenik... —Por primera vez desde que apareciera en la aldea, demandó que pronunciaran su nombre entero—. De ahora en adelante, me llamarás Varsenik. —Encomendó a Harut, que estaba inclinado sobre la cabecera.

—Varsenik —repitió Harut, sintiendo que la palabra extraña le dejaba un sabor inusual en la boca—, Varsenik querida, es una lástima, estos niños te esperan con los cuellos torcidos, cuéntales el final para que se vayan... O déjales que cada uno invente su propio final, es una pena.

—No —dijo Varsó—, el hijo del rey ha sufrido mucho... No habla

mucho, es una lástima, es un ser humano... Luchó mucho en este camino pedregoso; me lo llevaré conmigo para que descanse.

—Varsenik... ni tú ni yo somos niños. Si no quieres que todos lo sepan, dímelo a mí solo. El cuento ha estado con nosotros por tanto tiempo... ¿No merecemos saber qué pasó al final? Mira una vez a estos niños, están colgados de tu boca con los cuellos torcidos. Di, ¿qué es lo que sucedió?

—Lo diré —le aseguró Varsó—, solo que habrás de sentarme una vez en tu carro y llevarme al lago.

Harut, sorprendido, miró a quienes lo rodeaban, titubeante.

—Varsenik —rio—, de no ser por estas mujeres brujas, ahora estarías sentada a los pies de Dios. Estás por entregar tu alma, ¿dónde quieres que te lleve?

—Tú sabes —profirió Varsó a duras penas, pero decidida.

—Hermano Harut —repusieron los niños—, si no hay diferencia para ella, ¿no es lo mismo para ti? Al menos sabremos el final del cuento.

—Es la última voluntad de la moribunda —insistieron las mujeres.

Harut miró a Varsó y dijo: «Está bien». La levantó con su colcha, la colocó sobre el carro y marchó hacia el lago. Cuando las ruedas del carro rechinaron sobre las piedras, Varsó levantó la cabeza, miró a todos orgullosamente por un instante, satisfecha de que, a pesar de todo, se había ganado el derecho a abandonar la aldea, y volvió a echar la cabeza sobre la almohada.

—Maldita sea esa Varsó —el pastor suspiró detrás de ella—, se llevó a Harut, que después nos va a decir quiénes somos para que nos entregue ese poder.

Musgo resbaladizo, piedras perforadas, olas disminuidas por el viento que obstinadamente chocaban con las rocas intentando arrancarlas. Las aguas gélidas y turbulentas del lago iban golpe a golpe con el viento; al levantar las olas, el viento masticaba el agua como las brujas hacen con el plomo. La roca deshecha de la orilla se había convertido en pedazos que iban a rodar enloquecidamente hacia el lago y a adherirse al fondo, pero por ahora las olas batían la superficie lisa y desnuda de las piedras, y las gaviotas se juntaban entre los fragmentos...

—¡Mira qué cosas hay en el cielo, mira qué cosas hay en el suelo! —La

mano de Varsó señaló primero el cielo y luego se colgó sobre el lago—. Pero nosotros, entre todos los bienes de Dios, solo heredamos la soledad.

Varsó olvidó que estaba con Harut, y hablaba y hablaba para sí mientras miraba el Seván.

—Varsenik, ¿eres pagana? —Se asombró Harut—. ¿Rezas al lago?

—Esto no es un lago, Harut querido, es lo que ha quedado del diluvio de Noé, es la última gota de la ira de Dios... ¿Y sabes por qué? Todavía quedan pecados por lavar en el mundo, todavía hay cosas que destruir... Ese es el pecado de nuestra sangre en el mundo que habrá que lavar...

—¡Ay, ingenua Varsenik...! ¿Y qué puede hacer el lago?

—La sangre se lava con agua —suspiró la anciana—, siempre se lava la sangre con agua.

—Cuando una persona es ingenua, Varsenik, es una bonita ventaja; cuando un pueblo entero es ingenuo, es un defecto palpable, y nuestro defecto es que pensamos que la sangre se lava, mientras que otros la beben —dijo Harut—. Así que, Varsenik querida, cuenta el final de tu historia: ¿qué sucede con el hijo del rey?

—Por Dios que no lo sé, Harut querido... —juró Varsó, poniendo el puño sobre el corazón—. Si supiera tanto, no sería Varsenik, sino Dios nuestro Señor. —Y cerrando los ojos, Varsó se fue, llevando en su alma el sufrimiento que había recibido como pago por ser hija de Dios.

Harut caminó hacia la aldea con el carro yendo delante de él, habiéndose comprometido a un nuevo deber: «... Maldición, Varsó, ¿qué has hecho? ¿Se puede caer así en el fuego como he caído yo...?». Vaya uno a saber, ¿acaso ella había cometido un acto de bondad o de maldad al reservarse para sí el final del cuento? Desde el día de la llegada de Varsó, el hijo del rey tenía unos veinte años, y permanece veinteañero hasta este día. Nadie pensó en preguntar: «Varsó, en este tiempo mucha gente ha nacido y muerto. ¿Por qué el hijo mediano del rey no envejece?». El envejecimiento del hijo del rey también quedó como una carga sobre los hombros de Harut: «Los aldeanos ahora piensan que Varsó me ha dicho el final... Hay que inventar un final, si no, es una lástima: toda una aldea se va a desilusionar». Si no pudiera, elegiría la segunda alternativa, la de Varsó: «Hay que continuar el cuento, contar y contar... fingiendo que el final de este no es similar a los otros, este es

más potente, y para llegar se necesita esfuerzo, hay que marchar y marchar, hace falta tiempo».

Sentados a la mesa de la comida conmemorativa, cuando la gente expresaba su duelo y bebía en memoria de Varsó, contaba recuerdos y hechos vinculados con ella y algunos hacían su duelo con suspiros y «ohs», de repente Ieró bebió en su memoria y puso la copa con estrépito sobre la mesa para empezar a llorar a gritos. La gente comprendía que, si no era Ieró, ¿quién otro iba a llorar? Ella tenía mucho para llorar, era justo que llorara.

—Ieró querida —al ver cómo la sangre había llenado el vaso capilar y asfixiaba el blanco del ojo de Ieró, Bavakán se apiadó de ella y trató de desviar su atención hacia la vida—, ¿cómo está tu marido?

—¿Qué le ha pasado a mi marido para que esté mal? Vive en la casa que le construyó su padre, come lo que su mujer trabaja, toda la vida ha pensado solo en su polla, ¿por qué va a estar mal?

—Bueno, bueno... ¿Cómo estáis marido y mujer ahora? Parece que estáis bien.

—Sí —respondió Ieró con la voz humedecida por el llanto—, mientras yo le cargue a mis espaldas, ¡estamos bien! Tres o cuatro veces por día me demuestra cuánto me quiere —y recordó a su tío materno Vahán, que tenía cuatro hijos—, que se mueran los turcos y no conozcan un buen día en sus vidas. Pegaron fuego a la casa de noche y quemaron viva a la familia inocente que sonreía en sueños.

Cuando le preguntaban por sus nueras, decía acerca de la mayor: «Que Dios se la lleve lejos, que no caiga ni sobre la cabeza de mi enemigo». ¿La mediana? No es un ser humano. ¿La tercera? «No es como las otras, pero todavía no llega a estar bien». «La cuarta es una buena mujer, no se puede decir nada malo de ella». Aquí el tío paterno suspiraba: «Ay, una buena como ella...».

Ieró salió y buscó a Harut entre los reunidos. Lo vio en el fondo del jardín, conversando con Sató. Al acercarse, escuchó: «He recogido su ropa y hecho un bulto. Lo he puesto en tu carro —decía Sató—, cuando salgas al mundo exterior pónlo en algún lado, dáselo a alguien y haz un bien... Que se lo lleven y se vistan». «Dame el rosario —dijo Harut—, era una buena mujer, que quede un recuerdo». Sató sacó el rosario de su bolsillo: «Es ámbar... —le dijo a Harut al entregárselo—. Lo había traído

de aquella vida». Harut lo cogió, hizo correr unas cuantas cuentas y se lo metió en el bolsillo con un suspiro. Ieró llamó a Harut con la mano y se lo llevó cerca de la pared, donde dos mujeres juntaban rápidamente las bolas de yogur seco para que no se llenaran de polvo por el paso de la gente, y dijo:

—Harut querido, me senté y lloré a gusto; es difícil, muy difícil renunciar al pasado. Y luego me dije: «¿Por qué estoy llorando? Que llore quien no tiene pasado. He vivido bien que mal, he dejado una huella...». ¿No tengo razón?

—Tienes razón. La vida siempre deja una huella; arrugas para los felices, huellas más profundas para los otros...

—Yo no tengo arrugas —Ieró se acarició el rostro tostado por el sol.

—No tienes —confirmó Harut—, eres una mujer bonita.

—Ahora, Harut querido, dime algo: ¿he de tener un hijo contigo o con el hijo de Musael?

—El vodka se le ha subido a la cabeza —rieron entre dientes las mujeres que juntaban las bolitas de yogur seco, aunque por otro lado, una copa difícilmente originaría semejantes ideas, y escuchaban como si no quisieran mientras se demoraban a propósito.

—Sería bueno que fuera de Musael —Harut lo tomó en broma y fue a unirse a los hombres parados cerca de la pared que hablaban de la difunta, examinando los aspectos de su vida que habían permanecido sin descifrar.

—Vivió mucho tiempo en nuestra aldea, pero así y todo no se consideró allegada a nosotros; nunca nos hizo su famoso postre «ombligo de dama» para que viéramos qué era —se quejó Vasil, acercándose a Harut.

—¡Ay de ti, hombre! —Harut defendió a Varsó—. ¿Primero tienes que comer para después entender?

—¿Puede ser que quien inventaba semejantes cuentos fuera una mala cocinera? —confirmó otro.

—Cuento, cuento... ¿No era todo por un caballo? Podían haber sido diez. Nos dejó a la suerte de un caballo y de un joven. ¿Eso fue de buena educación...? —Vasil era implacable.

En ese momento, Ieró se acercó a los hombres, miró a Harut con disgusto y le apostrofó:

—Quédate con tu Musael... ¿Para qué necesito el vejestorio de otra? ¿No basta con atormentarme en las manos de uno? Tú dime: ¿he de traer al mundo una mujer o un varón?

—Un niño es un niño, lo importante es que sea afortunado y tenga padre y madre.

—Bueno, lo que Dios quiera... —Ieró estuvo de acuerdo—. Pero, Harut querido, aunque asciendas al cielo y bajes a la tierra, no eres tú quien ha de frenarme, eso lo he de hacer.

—Cálmate, no he de darte consejos.

—¿Quién te pide consejo...? —Ieró chasqueó la lengua en un tono malhumorado antes de irse y dejar a los reunidos en la incertidumbre.

—¿De qué hablábais, Harut? ¿Esa mujer ha perdido la cordura? —preguntó Misak entre risas.

—Bueno... —sonrió Vazgén con indulgencia—. Es una vieja, ha tomado una copa de algo... Que se descargue un poco.

Al día siguiente, durante el entierro, la gente se había congregado y caminaba hacia la tumba de Varsó, cuando Ieró volvió y se metió bajo el brazo de Harut.

—¡Harut...! ¡Mi hermano Harut...! ¡Lo he hecho!

Su voz de satisfacción resonó tan fuerte que quienes caminaban al frente se dieron la vuelta y miraron a Harut, inquisitivos.

—Ierán —murmuró Harut entre dientes—, eres una mujer que ha sufrido. Traté de advertirte para que pensaras antes de actuar. ¿Por qué levantas tanto la voz?

—Lo hice... Anoche... —Intentó susurrar al oído de Harut mientras abría los ojos con satisfacción —. No pegué un ojo en toda la noche pensando: lo hago, no lo hago; lo hago, no lo hago. Luego me dije: «Ierán, tú te habrás amamantado con leche de perra si no matas a ese hombre». La verdad es que temía un poco a Dios...

—¿Y por qué matarle...? El hecho de que lo olvides y no lo recuerdes, ¿no es una especie de muerte para él? Para haber muerto, ¿es necesario que una capa de tierra separe a los hombres? ¿Por qué el olvido no es como la tierra...? El tiempo, al fin, que día tras día se acumula como puñados de tierra...

—No pude resistirlo, Harut, mi mano fue hacia el cuchillo...

—¿Quién? ¿A quién habéis matado? —Las mujeres que iban adelante

no pudieron resistirse y se dieron la vuelta, y la hija adolescente del pastor, apretando el incienso y el fósforo en el puño, abrió grandes los ojos—. ¿A quién habéis matado?

—Ierán, me has humillado —susurró Harut, e hizo parar la procesión —. Tenemos que reunirnos esta noche. Tenemos que reunirnos, hay algo que discutir.

Esa noche, Harut reunió a los aldeanos y dijo:

—En todo este tiempo no os he preguntado quiénes sois, de dónde habéis venido, qué queréis, quién es vuestro Dios, a quién oráis... Ahora tampoco os lo pregunto, pero al amanecer vendrá gente con armas y tropas y demandas. Tenéis esta noche; concentraos en vuestros deseos, elegid una biografía —un presente y un futuro— antes de que os registren, os numeren en los libros oficiales y estampen un sello. Si queréis, podéis tejer un cuento de vuestra vida como Varsó y derramarlo en los oídos del mundo como plomo derretido; si queréis, podéis sufrir como estos prisioneros para expiar los pecados de otro; haced lo que queráis, pero elegid vuestras vidas. Elegid uno de vuestros múltiples rostros, el que sea más fiel a vuestro espíritu, el que dibujarán en papel para entregároslo. Tenéis que decidir todo ahora, porque una vez que estampen el sello, ya no será posible cambiar nada. Solo tenéis esta vida y esta noche para decidir qué haréis y qué diréis.

—¿Podemos elegir un nuevo nombre?

—Podéis hacer lo que queráis...

—¿Y tú? —preguntó Sató—. ¿Ya has elegido?

—Yo no tengo deseos ni posibilidad de elegir. Todos saben que soy Harut.

—¿Y qué es lo correcto? Si preguntan, ¿te conocemos? —Asó todavía sopesaba la situación.

Harut se tomó un momento para contestar:

—Me conocéis —dijo—, hemos vivido en la misma aldea, hemos respirado el mismo aire y hemos tomado la misma agua. Todos los días nos hemos saludado y de vez en cuando nos hemos preguntado cómo estamos.

—¿Y qué hay de Haiké...? ¿Cómo ha de elegir su destino...? Él no puede.

Todos se dieron la vuelta y miraron a Haiké, agazapado cerca del

muro.

—Cada uno ha de elegir, y el sobrante le quedará a Haiké —propuso Noiem.

—Eso no es justo —protestó Vasil—, él ya tiene «...el sobrante». ¿Qué le queda por elegir?

—No os preocupéis por Haiké —dijo Harut—. Pensad en vosotros, que Dios piense en Haiké.

Harut se levantó para irse. Sató dijo:

—Tengo algo que decir. Quiero que sepas que aquella noche, cuando me salvaste y me llevaste al monte... Has de saber por qué hice eso.

—¿Y eso a mí qué me importa...? —la cortó Harut en seco.

—Quiero que sepas que... —la voz de Sató se cortó por la emoción y respiró profundamente—. Tengo que decir...

—No lo digas —casi gritó Harut—, había que salvarte y te salvé. El resto no me importa. Yo también soy una persona, mi alma es también el alma de una persona... No aguanta, todos tenéis que comprenderlo, no aguanta esa carga...

Luego retornó a casa, se acostó y durmió. Tuvo un sueño, cuyos detalles solo podían verse en el infierno. Ninguna otra creación de Dios lo toleraría, solo el buen infierno... Está sentado en el jardín... ¿Cómo puede un cuento llegar a describir el jardín divino? Los árboles sin hojas han florecido; pan blanco y espumoso; perfumes y colores se han mezclado, se han cocinado juntos y convertido en crisma. Las abejas amarillas giran en la cima de los árboles, vuelan con todo su ímpetu, emocionadas, y ya no resisten, se arrojan con todo su ser en el alma de la flor, succionan y succionan... Bienaventurado sea quien come esa miel. Y él está sentado. Solo. Entre los árboles y las flores. El sonido del arroyo se escucha entre el crisma y la hostia. El viento puro escapado de las fosas nasales del cielo cada tanto se mete entre los árboles, y los aplausos de las ramas se mezclan con los sonidos de los pájaros, las abejas, el agua. El arroyo fluye en el jardín y bajo sus pies. El ruido de las ramas que se quiebran rompe la gelidez del arroyo y lleva el agua haciendo llover fragmentos mojados sobre la hierba y las flores. El tomillo endurecido se ha ensanchado y extendido sobre el agua, y sus flores agusanadas golpean sus cabezas con las aguas. Está sentado. En el día cálido y bondadoso... Y el sol, todo calor y luz y Dios, sonríe. Calienta

y con una sonrisa mira el mundo que calienta. Las nubes blancas se derriten en los labios del sol ola tras ola. Está sentado. Los pájaros cantan con la voz de un ángel, de Dios. Su canto derrama polvo de oro en el alma. Desde algún lugar se escucha la risa emocionada de una joven, un susurro varonil solo para los oídos. Y él está sentado. En el centro. Bajo el sol, el sol de los soles. Escucha el canto de los pájaros. Mira sin saciarse a las abejas, a los árboles sin hojas florecidos... Y el ir y venir del jardín le raspa el interior dulcemente como miel que fluye en su garganta.

Está sentado, rodeado de perros. Nadie ha visto nunca semejante cosa. Son lindos perros, mastines con gruesos hocicos. Tras nadar en el río, están hambrientos. Y le miran. Sabe que quieren comerle. Resuelve engañarles. Primero se arranca la mano y la arroja. La comen. Le miran. No se han saciado. Se arranca la pierna y la arroja a los perros. La comen, lo miran. La pierna es una, los perros son muchos. Gruñen y le miran. Se arranca las costillas y las tira. Los perros son muchos, muchos. ¿Por qué Dios ha creado tantos perros? Tras crearlos, ¿por qué los ha enviado a su lado? ¿No sabe que le han de comer? No hay forma de que se sacien. Son mastines. Limpios y recién lavados. ¿Qué hacer? Ya ha repartido su cuerpo en pedazos y se lo han comido. No ha quedado nada de él, solo su corazón y él. Y los perros son muchos. ¡Mastines! Miran y gruñen. Se ha reclinado sobre el corazón, arrojado sobre él para que los perros no lo adviertan y crean que se terminó, que ya no hay nada más, se acabó. Pero los perros son mastines, han liquidado mil lobos, han despedazado mil ovejas...

Los perros han olfateado el corazón. Y gruñen. Y le miran. En alguna parte alguien afila el cuchillo contra una pared. Siente que ese cuchillo ha de penetrar su corazón. Está sentado. Se despertó con un ladrido: «Es tiempo de partir...», pensó adormilado, se volvió hacia un lado y se durmió. Entre una niebla incierta apareció la madre, es decir, una mujer, una criatura invisible que nunca ha existido, solo ha existido la idea... Al ver a su madre no se sorprendió, simplemente comprendió que el sueño, como último refugio, como escondite, le era conocido a él también; ambos recurren al mismo medio para vivir.

Al amanecer apareció Perch en la edad en que no había perdido el juicio y le traía pirulís del mundo exterior. «Nunca te olvides que te he

legado el camino que he abierto... Los caminos han visto tantas huellas de pies como almas el cielo... La huella del pie es tan ligera como el alma, si no, los caminos no aguantarían» —dijo, y desapareció.

La alborada fluyó por la garganta del gallo y cuando se desbordó, el aire se enrojeció por la fuerza del golpe. El primer canto del gallo raspó el amanecer como el agua soplando en la boca del viento, donde estalla y se convierte en humedad.

Al amanecer, perros de caza, policías y soldados llegaron en pos de las huellas del estañador. Los perros corrieron a diestra y siniestra, olfatearon, gimotearon y ladraron para anunciar que estaban sobre la huella. Los policías y los soldados que habían venido con ellos no podían creer a sus ojos: ¿cómo podía ser que una aldea existiera y ellos no estuvieran al tanto? Ellos, que habían logrado numerar hasta las piedras y los arbustos, los pensamientos y los sueños, no habían advertido una aldea entera con su humo y sus chimeneas, el ladrido de sus perros, el mugido de sus vacas y el balido de sus ovejas; un poblado donde los burros atados en los patios retozaban en el sol y en sus propios rebuznos...

La tumba que había descubierto no le daba sosiego a Vardanián. Mientras contaban las casas y las cabezas de ganado, examinaban a los aldeanos, registraban los animales y los perros, preguntaba aquí y allá:

—¿Y la tumba...? ¿De quién es la tumba?

—¿Qué tumba?

—La que está bajo la aldea... ¿De quién es?

—¡Ah! Eso no es exactamente una tumba... Está vacía —la gente sonreía con indulgencia —, no hay un cadáver debajo, sino solamente la piedra.

—¿Cómo? —el policía abrió grandes los ojos—. ¿Qué habéis hecho con el cadáver?

—No existió desde el principio... Es la tumba de la madre de esa emigrada, Najshún... Un día nos despertamos y vimos que el *jachkar* ya había sido colocado. Así, sin más, va cada tanto y quema incienso simplemente para recordar a sus padres. Quiero decir, a todos ellos los mataron allá, sabéis, qué cadáver ni qué cosa.

—Ven y cuéntame en detalle. —El policía tiró de la manga de su interlocutor, lo acercó hacia él y le miró severamente a los ojos.

—Un día nos despertamos, algunas de las mujeres de la aldea fueron a recoger tomillo y vieron la piedra, que no estaba el día anterior. «La han traído y colocado por la noche. No basta que los recibamos, traen también a sus muertos». «Si la gente ha venido de manera permanente, entonces van a traer lo que puedan». «No van a dejar su propiedad, ¿no?» —cada uno dijo algo.

—Por la noche… —murmuró el policía—. Y si vosotros no visteis cómo la pusieron, ¿cómo sabéis si hay un cadáver debajo o no? Dime la verdad… —y le miró amenazador.

—¿Por qué voy a mentir? Ese día ya no está aquí, pero el Dios de ese día está aquí: la tumba está vacía. Vacía, creéme. Los turcos devoraron al muerto años atrás durante la matanza… No recuerdo claramente si era ella o la madre de Ieró… Entraron en la casa, vieron que cocinaban pan, la metieron en el *tonir*, se mezcló con el pan que cocía. Quedó en la ceniza caliente… El cadáver quedó lejos, esta es una tumba vacía.

—Puede que os hayan dicho eso… ¿Y quién sabe si el cadáver realmente existe o no? —Vardanián había pensado de todo hasta entonces: es una mujer, un niño, un suicida, alguien desconocido…

Se imaginaba de todo, excepto que la tumba estuviera vacía… Se negaba categóricamente a creer que en todo ese lapso se había atormentado por nada.

—Sin duda no existe.

—Si fueron hasta Turquía y trajeron un cadáver…

—¿Puedes llegar de aquí a Turquía con los bueyes de Harut?

—¿Quién dijiste que lo trajo?

—Najshún, Harut y sus dos bueyes.

La sospecha era mejor para Vardanián que la nada; con la sospecha se puede debatir, aceptar o no aceptar, difundir, en una palabra, tener una actitud. Y resolvió expresarla contra quienes habían inventado ese vacío, por culpa del cual había sufrido por largo tiempo. «Hay que averiguar, averiguar… Najshún puede ser turca y hacerse pasar por armenia… Harut puede ser un espía».

* * *

Las nubes rojas, embriagadas de sol, robaban gota a gota las estrellas del

cielo. El pastor adolescente, que había venido a reemplazar a su padre enfermo, bostezaba apoyado contra la cerca de piedra y esperaba pacientemente a que la gente trajera sus animales. Ya se habían juntado unas cuantas vacas y, resoplando, apenas si movían las patas. Las mujeres, seguras de que habían despedido a los animales, conversaban entre ellas. Súbitamente, los ojos del pastor que bostezaba se agrandaron:

—¡Ay, mamita querida! —gritó, y a las mujeres que se habían girado con su grito les señaló el coche de dos ruedas, tirado por un caballo, cuyo estrépito duplicaba el aire limpio de las montañas.

—¡Oh, Dios mio! —susurraron las mujeres—. Hemos de ver lo que no hemos visto nunca.

El carro se aproximó y los dos policías que había en él preguntaron algo al muchacho.

El muchacho examinaba estupefacto el carro. Ellos repitieron la pregunta, recibieron la respuesta que el muchacho les dio sin quitar los ojos del carro, y cuando se alejaron, aquél dijo:

—¡Gente! —y, gritando aterrorizando como si diera una mala noticia, corrió por la aldea.

Cuando los policías salieron de la casa de Najshún, la aldea entera se había reunido.

—Najshún ha sido citada al centro regional —el policía informó a los presentes—, nada terrible...

—¿Algo más terrible que esto...? —dijo un niño señalando el carro.

—¿El qué? —Se sorprendió el policía, y también miró el carro.

—¿Por qué no tenéis un buey y habéis usado un caballo en su lugar? —dijo el niño—. Bueno, no tenéis un buey, ¿tampoco tenéis un burro...? ¿Sois tan pobres?

Algunos se admiraron del atrevimiento del niño. Los otros no habían salido de su estupor; no imaginaban que pudieran conducirse así con un caballo. El único caballo que tenían, que pertenecía a Harut, era para sentar a la novia, tejer una cuerda de crines y hacer un juicio. Su caballo nunca, pero nunca había cargado algo, excepto una vez que Sató fue de noche a traer huesos de muerto, de lo cual nadie sabe nada hasta ahora, y la segunda cuando Harut se había llevado a una de las mellizas a caballo al mundo exterior para salvarla de morir desangrada.

—Es más joven que el caballo de Harut —Sisak examinó al caballo con lástima—. ¡Oh, qué mundo injusto...!

—¡Hombre...! —El policía esperó la salida de Najshún entre risas.

Cuando Najshún se sentó en el carro, Harut se adelantó para sentarse con ella. El policía le empujó levemente:

—Harut querido, ¿he de quedarme en vuestra aldea? Este maldito carro tiene solo dos plazas.

Harut se irritó, pero no presumió ninguna desgracia, porque aunque sabía qué sucedía en el mundo y qué tiempos se vivían, estaba convencido de que el tiempo los eludiría, pues no formaban parte de él, vivían de alguna manera fuera del tiempo.

Sató también se acercó, estirándose hacia Najshún casi entró en el carro y le puso un collar de ámbar en el cuello:

—A lo mejor hay noticias de tus parientes o de tu padre, Najshún querida —dijo—, por eso...

Sató enderezó el collar sobre su pecho y quiso decirle algo cálido y positivo y, por primera vez en su vida, dejó escapar un secreto profesional:

—Me lo dio Maró cuando hice abortar a su hija...

Najshún la miró, atónita.

—Por supuesto que lo hice —sonrió la vieja traviesamente—. No puedo dejar que tales personas se multipliquen. No temas, Dios está con nosotras.

—¡Oh, madrecita! —suspiró Najshún—. ¿Acaso hemos visto hasta ahora el poder de Dios...?

Después de entrar en la aldea, Najshún era la primera mujer que saldría por primera vez y bajaría al mundo exterior. Sin explicar la causa, los aldeanos comenzaron a ornamentarla: «Que no piensen que en los montes la gente es avara». El orgullo del huérfano habló en ellos; quienquiera que tuviera adornos y anillos en la aldea se los entregó a Najshún. Y cuando Najshún se sentó en el carro y el policía rechazó a Harut con el argumento de que no había sitio, la gente todavía no sospechaba nada; los corazones todavía se apenaban por el caballo, al que habían uncido en vez de sentar a una novia sobre él. Durante largo tiempo los contemplaron alejarse y se consolaron con la idea de que al menos la carga del caballo era su Najshún. Uno de los niños miró y

miró y luego preguntó:

—Ese no es el caballo del cuento de Varsó, ¿no...? El hijo del rey no lo hubiera entregado...

—No, hijo —le calmó el abuelo—. ¡Hay tantos caballos en el mundo...! Hay lugares donde están en manadas, como nuestras ovejas... No estamos en tanta estrechez como para que tengamos que uncir el caballo del cuento.

Y la gente, cada uno con sus pensamientos, se dispersó. Después de que el carro se alejara, los hombres se entretuvieron en castrar el macho cabrío de Vaghinak, al que habían derribado y con el que rodaban por el suelo. Uno lo había agarrado por los testículos, el otro por los cuernos curvos, el tercero daba vueltas a su alrededor mientras rodaban y ordenaba: «Apretad la cabeza..., cuidado, cuidado con los cuernos...». «Está bien, está bien... siéntate». «Pégale, pégale en los testículos...».

—Es fuerte. ¡Mantenedlo apretado! —gritaba Vaghinak, atemorizado por las furiosas patadas, mientras aferraba los testículos del macho cabrío y buscaba el momento oportuno—. ¡Mantenedlo apretado! No sea que nos clave los cuernos en el vientre a alguno.

Después de tomar precauciones, los hombres agarraron entre dos los cuernos del animal; el macho cabrío daba patadas en el suelo, tensando los músculos agarrotados de las patas, mientras la cabeza apretada contra el suelo perforaba la tierra con los cuernos y su cuerpo se sacudía... En su último espasmo de furia, el animal intentaba librarse de sus carceleros. Ya había anochecido. La luna se había reblandecido y fluido hacia el lago, y su imagen vacía, transparente como una camisa de víbora, se había entremezclado con las nubes. Mientras esperaban el regreso de Najshún, los hombres habían encendido una hoguera y se habían congregado a su alrededor. El estiércol había ardido, la llama ya se había extinguido y la ceniza suave y caliente, cual gallina ponedora, calentaba las patatas bajo su pecho. Los hombres, en cuclillas, pelaban las patatas ensuciándose las manos y las comían ensuciándose las bocas. Comían, miraban a Harut, echaban sal donde habían pelado, volvían a comer y volvían a mirar a Harut. Un par de ellos suspiraron como prueba de irritación, y un tercero revolvió la ceniza con los dedos, sacó una patata y se la tendió a Harut con cuidado... Harut masticaba sin sentir sabor en la boca, con la mirada dirigida a la ceniza caliente y

humeante, y le parecía como que él había ardido hasta las heces en lugar del estiércol. Los hombres, sentados en torno a la ceniza caliente, pelaron y comieron, pelaron, echaron sal y comieron... Esperaron. Amaneció, llegó el mediodía y no había señales de Najshún. Y aunque era un día oscuro y frío (bastaba que alguien tocara las nubes negras, henchidas tras haber bebido el líquido de las frutas, para que reventaran), Harut unció los bueyes, cargó el carro y bajó al mundo exterior. Volvió pronto. Los aldeanos no esperaron, subieron el carro y descargaron la sal de roca a toda velocidad, pero debajo no había nadie. Harut sacó los pescados reblandecidos, los arrojó contra las piedras para comida de los pájaros y corrió a la casa de Najshún. Durante un largo rato no salió de allí. Quienes curiosearon a través de la claraboya vieron cómo revolvía y registraba todos los rincones, pero no pudieron comprender qué era lo que buscaba o trataba de salvar mientras arrojaba los objetos por la puerta. Al salir de la casa, irritado y sin mirar a la gente, fue hacia la tumba de su madre, hacia el *jachkar* que había traído personalmente años atrás, debajo del cual no había nadie, y que Najshún cuidaba con tanto cariño que la gente había olvidado que no había nadie allí. Palpando la hierba, sacó la vasija de yeso del rincón de la piedra y mirando en derredor encontró espinas resecas que todavía se balanceaban sobre la raíz. Sin parar mientes a los pinchazos, las arrancó, las rompió y las encendió tras alinearlas en la vasija. Cuando el fuego se extinguió, esparció el incienso sobre la ceniza caliente. Esperó a que el incienso se consumiera por completo y resolvió mentalmente que colocaría un segundo *jachkar* para Najshún, sobre el cual haría escribir: «A ti, que nunca volviste...».

Al anochecer, Harut habló a los hombres agrupados en torno al *tonir*, temblando por la emoción y con envidia hacia los niños cuyas piernas colgaban sobre el *tonir*. Le habían dicho que tras haber interrogado a Najshún, la habían mandado al destierro de inmediato, con los aderezos de las aldeanas encima. El inspector le había preguntado una y otra vez qué relación tenía con el padre de las hijas. El rostro de Najshún se había vuelto rojo y azul, y sus ojos se habían llenado de lágrimas, pero enmudeció. Ante su silencio obstinado, el inspector, exasperado, había decretado el destierro sin juicio ni tribunal.

—¿Y el destierro ruso es como el turco? ¿También te envían a los

desiertos? —Sisak rompió el silencio.

—Casi —respondió Harut—, la única diferencia es que sus desiertos son de hielo.

—¡Vaya...! —fue el eco de Sisak—. Entonces hay una enorme diferencia, uno es caliente y el otro frío...

Después de que se llevaran a Najshún, nadie apareció por la aldea en diez o quince días, y luego fue el turno del mismo carro con el caballo uncido. El policía sentado en su interior, con total desprecio por la autoestima del caballo, azotaba el lomo del animal con su grueso látigo, obligándole a correr por el camino pedregoso. Los niños de la aldea, ultrajados, apedrearon el carro. Un par de piedras golpearon la parte posterior. El obeso policía, fastidiado por su propio abdomen, giró el cuello a duras penas y miró con cara de pocos amigos a los niños que aparecían borrosamente en la nube de polvo. Los niños corrieron detrás del carro y se burlaron del gordo policía, vociferando: «Sa-pi-to em-ba-ra-za-do, sa-pi-to em-ba-ra-za-do». «Cachorros...» —refunfuñó el policía, tranquilizado tras esa inocente amenaza.

Tras el exilio de Najshún, Harut no podía quedarse quieto. Consolaba el dolor de su alma con la idea de que todos son impotentes frente al destino. Su mente rememoraba constantemente las piernas desnudas de Najshún, su piel transparente y sus verdes venas traslúcidas, enterradas en las nieves siberianas, y el pensamiento congelaba sus venas. Un dolor sin nombre le atenazaba. Pensaba sin parar que Najshún había arrastrado la tumba de la madre desde aquella vida hacia la aldea; a saber qué tumba se había llevado de esta vida a Siberia. ¿Acaso él figuraba en su lista de muertos...?

Cargaba comida y caminaba hacia la orilla del río para visitar a los prisioneros. Es cierto que no se entendían, pero adivinaban lo dicho por la expresión del rostro o los movimientos de los labios, y a veces gesticulaban con pies y manos como sordomudos para entender qué querían, si estaban satisfechos o no. Quería hacer un favor a los prisioneros, convencido de que una fuerza invisible compensaría a Najshún en Siberia. Llegó a la pendiente, donde se escuchaba el sonido de las aguas y los gritos de los prisioneros desde abajo, y puso la bolsa en el suelo.

Los prisioneros alemanes, mejor dicho, el pie izquierdo de Herbert,

cubierto con raspones y sangre, había aparecido en la boca del zorro rojo en el verano del año mil novecientos cuarenta y seis, exactamente el día que Harut había hecho buenos negocios en el mercado de Ereván, donde había intercambiado el pescado seco por azúcar y fósforos, y exactamente en el momento en que retornaba a la aldea. Ese día Herbert tuvo suerte y el zorro no, porque siempre es así: para que uno tenga suerte, ha de faltarle al otro. Meses después, Harut vendió la piel curada del zorro rojo en el mercado de Baiazed a un hombre que la compró sin regateos y la arrojó en el mismo momento sobre los hombros de la mujer que le acompañaba, acariciando el hocico petrificado y los ojos fríos del zorro rojo sobre su pecho.

—Sató —llamó Harut al entrar en la aldea—, Sató, abre la puerta, te he traído un regalo. —Y puso el envoltorio de la alfombra ante la puerta. Al ver desde lejos al prisionero, a quien descubrió esa noche, recordó cómo Sató, a medio vestir y con los cabellos revueltos, había abierto la puerta, sorprendida, en la penumbra fría de la aurora. Luego miró al suelo y empezó a abrir el envoltorio. Una mano humana colgó de la alfombra. Se detuvo de golpe, miró a Harut con reproche y continuó abriendo con más cuidado y calma.

—¿Acaso algún día le traerás un regalo diferente a la pobre Sató? —dijo—. Hasta donde recuerdo, tú solo me traes cadáveres.

—¿Qué le voy a hacer? Ese es tu destino —bromeó esa noche.

La visión de Sató, desilusionada y adormilada, causaba risa. Al recordar ese día, Harut se recriminó: «¿A quién le hacía falta tu acto de bondad, si iba a conducir a tu propia destrucción y a la de la aldea?». Volvió a mirar a los prisioneros que se escamoteaban las ranas y los pescados en la orilla y se sorprendió: «A saber por qué los tienen aquí, qué rol importante tienen esos harapientos...». Un poco más arriba de los prisioneros, Onés y el policía se agasajaban mutuamente con rapé. Solo recientemente Harut se había enterado de la edad de Onés y se sorprendía de que le hubiera echado noventa años el día de su primer encuentro. Había pensado así ya en la aldea, incluso después de haberse lavado, acicalado e incluso engordado. Y seguía pensando lo mismo ahora, cuando Onés se había casado.

Con la mirada fija en la orilla, ensimismado, Harut no advirtió que el carro pasó echando polvo y se detuvo. El relincho del caballo hizo que se

volviera.

—Buenos días —le saludó el policía.

Harut lo reconoció. Era Arsén, uno de los policías que se habían llevado a Najshún.

—Buenas… —respondió—. Sabía que vendrías —se dirigió al policía como si fuera un conocido de hace mil años que había venido a tomar una copa—, lo he visto en sueños.

—No hay medio de transporte más barato que el sueño —rio el obeso policía—. Venir hasta aquí me mata.

—¿Para qué has venido esta vez? ¿La vida de quién vas a arruinar?

—¿Por qué me culpas? Yo solo…

—Lo sé, tú eres inocente, eres un ángel, el ángel de la muerte de nuestra aldea —dijo, y se recriminó mentalmente por haber insultado al ángel de la muerte de esa manera. ¿Y si el arcángel Gabriel no le perdonara? «Y ahora anda a buscar un lugar para escapar del cielo…».

El policía bajó del carro malhumorado, cruzó al otro lado del camino, puso la mano bajo la fuente al borde del camino, hizo un puño con las manos enrojecidas por el frío y bebió. Luego, arrastrando los pies, se sentó en la piedra cercana.

—Tus asuntos no lucen bien, hermano —le dijo a Harut en tono de voz benevolente.

—¿Qué es lo que he hecho…?

—¿Qué más te queda por hacer? Toda esta gente —el policía señaló la aldea con la mano—, la has mantenido prisionera todo este tiempo, a escondidas del gobierno soviético.

—¿Ah, sí…? —preguntó Harut, incrédulo—. Y yo pensaba que los había salvado. Las autoridades cambian con frecuencia después de todo… Si hubieran muerto cinco de nuestra aldea por los blancos, diez por los *dashnak* y veinte se hubieran ido con los rojos…[27] Hermano, no hubiera quedado nadie en esta aldea. Y yo los he conservado para la verdadera autoridad.

—¿Qué? —la voz del policía se volvió ronca por la cólera—. ¿Te refieres a la autoridad de Dios? Elimina el nombre de Dios de tu mente, Harut querido. Es una pena.

—Lo haré —obedeció Harut—, ¿hay algo más sencillo que eso?

El policía percibió el sarcasmo en su mirada y la exasperación lo invadió al instante:

—Has cometido muchos crímenes, Harut, muchos crímenes... Has expulsado a un hombre por tu cuenta, dicen que le comieron los perros salvajes.

—Créeme que ya le habían comido al venir aquí... Le habían comido mil veces antes que los perros...

—¿No sentiste lástima por él?

—Yo también sé que era digno de lástima. No hay desgracia más grande que cuando destrozan tu destino, cuando te ves forzado a dejar tu vida en un lugar y tu tumba en otro. Pero...

—Y la ofensa más grande... —el policía, impaciente, se puso de pie, con el fin de que Harut sintiera todo el peso de su acto—. Has traído un cadáver del país del enemigo.

Harut comprendió a qué se refería.

—Eso no es mi culpa —se opuso—. Todos ellos llegaron cargando el cadáver de sus recuerdos... Cargando los cadáveres de su propio destino, se habían arrastrado hasta aquí a la espera de ayuda. Yo les ayudé.

—¡Harut! —gimió el policía con los dientes apretados—. Pobre Harut... Pareces ser un buen hombre, pero... Siberia... Por más vueltas que le demos, tu fin está en Siberia.

Por la noche, la vaca de Onés dio a luz dos novillos y Onés estaba preocupado. ¿Para qué iba a guardar novillos? Uno estaba bien; si fuera sano, lo mantendrían para fecundar a las vacas, ¿pero para qué iba a desperdiciar el pienso en el segundo? No podía mantenerlo por la carne, pues nadie habría de comerla con ese particular olor de novillo. Se calzó las sandalias mientras se decía mentalmente: «Harut es sabio como una víbora, iré a ver qué consejo me da».

La puerta crujía mientras el viento hacía balancear los goznes.

—¿Qué ha pasado aquí? —Onés llegó al umbral tras dar la vuelta a la casa y examinar puertas y ventanas, así como la puerta cerrada del establo. Miró hacia atrás: la perrera vacía, la cadena huérfana por el suelo, la puerta seguía crujiendo por el mismo soplido del viento... Una sospecha se anidó en su corazón y no se atrevió a entrar en la casa. Llamó a los vecinos:

—¡Harut no está!

—¡No puede ser! —El pequeño Harut corrió fuera, descalzo.

—La vida es una cosa maldita, hijo —suspiró Onés—, aquí siempre sucede lo que nunca puede suceder.

Todo el vecindario se congregó. Al principio, llamaron a la puerta y esperaron. Volvieron a llamar. Y volvieron a esperar. Luego Onés metió la cabeza por la puerta.

—¿Harut? —llamó con tono de verificación—. ¡Harut!

No hubo respuesta. Onés miró asustado a quienes estaban a su lado y, al ver que también había miedo en sus rostros, ordenó:

—Vamos. —Y entró.

Todo estaba en su lugar; la cama no estaba hecha, señal de que el hombre se había acostado a dormir. No había nada en la mesa, ni plato, ni un escrito, solo una manzana mordida...

Primero registraron las habitaciones, luego detrás de las puertas, debajo de la litera, el sótano, el establo y el pesebre, todo estaba en su lugar, excepto Harut. Era como si no hubiera existido.

—¿Acaso ascendió al cielo?

—¿Qué crees, que es un santo?

—¿Cómo podía ser un santo? La mujer de fulano en el barrio de arriba... —quien hablaba quería sonar confidencial—, la hija de mengano en el barrio de abajo... Que si la madre de las turcas...

—Hay una especie de inocencia que no tiene nada que ver con ser mujer o varón, si quieres, con ser humano. El santo no es aquel que no duerme con nadie o no ama a nadie; el santo es aquel que carga su propio peso hasta el final. Cuando el hombre muere, se lleva lo ligero al cielo y deja el cuerpo pesado en la tierra... ¿Pero dónde está el cuerpo?

—¡Se lo han llevado! —concluyó Onés—. ¿Acaso le amenazaron con Siberia por nada?

* * *

Las víboras, por supuesto, no eran una novedad por estos lares, pero nadie esperaba algo así de las víboras. ¿Una obediencia humillante? A pesar de que poseían veneno y maldad. El alemán reía apretando con los dientes el tabaco sin curtir envuelto en papel, con un ojo entrecerrado por el humo, y contaba chistes mientras estiraba a la víbora de pies a

cabeza: una palma debajo de la cabeza, una palma encima de la cola y chas-chas con el cuchillo. No era que no hubieran existido víboras hasta entonces. Era una aldea en las montañas, las había en los cimientos de cualquier casa; había gente que tenía un plato especial en el patio donde ponía leche para las víboras, tocaba el *shevi*[28] para ellas y les hablaba: «Serpiente querida, hermana querida...». Nadaban en la leche, la bebían y dormitaban con la melodía del *shevi*. Luego yacían extendidas como cuerdas en el patio de Hamó por las tardes, mientras que los habitantes de las casas entraban y salían eludiéndolas. Había lugares especiales en las cimas peladas de los montes donde mujeres osadas iban a recoger excrementos secos entre las víboras de cascabel. Era curativo como su veneno, amargo como las víboras y como las patas de ave. Hubo un caso en la historia de la aldea en el que una víbora se había enamorado de una mujer. En una palabra, los ofidios no eran una novedad. Pero con la llegada de los alemanes, las víboras perdieron su reputación. Aquellos empezaron a cazarlas y a comerlas. Al poco tiempo de que los prisioneros hicieran su aparición, Harut reunió a los aldeanos y les dijo:

—Gente, hemos de dar de comer a los prisioneros, pues si no, nos dejarán sin víboras ni ranas. ¿Qué otra cosa tenemos sino víboras y ranas, y estos montes...? Esta vaca va de mi parte —y puso en manos de Margush la cuerda que había pasado por el cuello de la vaca—. Ordéñala y entrégales leche, yogur y queso todos los días... Es una pena, esta gente ha nacido y tiene que vivir.

Estimulados, los niños también arrojaban *lavash* y batatas a los prisioneros y corrían de regreso, atemorizados por las palabras extranjeras que pronunciaban. Hasta que el estañador jorobado apareció en la aldea, y los perros de caza le siguieron hasta allí.

Los prisioneros alemanes, con una tos que sacudía sus pulmones y entrañas cada vez, aparecieron así porque sí en la aldea en el año cuarenta y seis, cuando Harut, mientras volvía del mundo exterior, había advertido la presencia de un zorro con un pie humano en su boca.

Cuando los prisioneros aparecieron, los emigrantes recordaron que los turcos los masacraban con armas alemanas, y dos de los prisioneros murieron esa misma noche por razones ajenas a ellos. Los otros se convirtieron en blanco de injurias; quienes pasaban por su lado les

arrojaban al rostro la única palabra hiriente en alemán que habían escuchado del policía Mukuch: *Schnell*. La aldea en general no demostró mucho aprecio por los prisioneros; eran muy diferentes. Cazaban una viborita y sus alaridos de alegría hacían estallar la aldea.

—¡Uy! —maldecían los habitantes de las casas en la orilla del río—. ¿Cómo puede reírse uno con tanta alegría cuando es un prisionero?

—Prisionero... Prisionero... ¿Realmente Mukuch los mantiene prisioneros? —Y reían maliciosamente con referencia a que en la misma aldea la esposa del policía había huido con otro, abandonando a sus tres hijos, y aquél no había matado ni a su esposa ni a su amante.

Todos los días, el policía Mukuch los llevaba a la orilla del río y se ubicaba en lo alto del monte para vigilarlos. Los prisioneros no tenían nada que hacer. Si había sol, se acostaban sobre las piedras; si llovía, se metían bajo las piedras como los gusanos; si soplaba el viento, se refugiaban detrás de las piedras. Con buen tiempo, cazaban víboras y ranas, las mataban y despellejaban en la orilla, las asaban e invitaban a Mukuch a comer gritando desde lo bajo con pies y manos. «Largaos de aquí... —farfullaba Mukuch—, vosotros malditos...».

Llamaba a Onés y se sentaban juntos.

—Estás en tu derecho de temer lo peor —Onés cebaba la repugnancia de Mukuch—. ¿Víboras y ranas? Esos van a comer hasta ratones.

—¡Puaj! Se me pone la piel de gallina. —El policía se frotó los brazos con repulsión.

—Mira —Onés señaló con la mano a un prisionero separado del grupo que mordisqueaba el emparedado de su mano y, aferrado a la cerca de Nushik, miraba a los gansos furtivamente, como enamorado—. ¿Qué crees que está haciendo?

—¡Qué sé yo...! —el policía se encogió de hombros—. Dicen que estudia a los gansos, es un científico. Escribe donde puede, en las vasijas de yeso de los emigrantes, en las paredes de las casas, aunque le he conseguido un montón de papel.

—Si el estudioso de gansos es un científico, ¿entonces el estudioso de la Biblia qué es? —Onés levantó el dedo y se rio de las rarezas del mundo. Con una risa entre dientes, extrajo la caja de rapé, tomó una pizca y se la llevó a la nariz, para después ofrecer la caja a Mukuch.

Conversaban con frecuencia sentados en la ladera. Onés pulverizaba y

mezclaba el tabaco seco con pimienta negra en polvo, cardamomo y canela, y agregaba especias traídas de Persia, cuyos nombres escribía con pequeñas letras, y los ponía en el bolsillo de Harut cuando bajaba al mundo exterior. Tras preparar el rapé, lo ponía en un pequeño talego donde había guardado el oro en la otra vida. «Este es con clavo». «He mezclado cardamomo en aquel». El policía llevaba la mano al talego gastado, metía el dedo gordo y el índice, sacaba una pizca, la acercaba a las fosas nasales y la aspiraba con ímpetu. Una cosa dulzona, picante, amarga y fuerte cosquilleaba en su cabeza y en su paladar. Miraba al cielo con ojos acuosos, directamente al sol, para que también cosquilleara, le ayudara, apresurara y... «¡Achís!», cuanto había en el cerebro venía al pañuelo. Los estornudos se sucedían por dos, tres, cinco, a veces diez minutos. «¡Ah! Que viva tu sol, me alivió». —Mukuch se limpiaba el líquido que había fluido de la nariz, la boca y los ojos y se lo agradecía, sintiéndose agotado. Cada tanto, el policía, a modo de advertencia, se ponía de pie y gritaba a los prisioneros que comían ranas y víboras abajo: «*Schnell!*». Mukuch aspiró el rapé. Con la nariz cosquilleando, miró a Onés con ojos llorosos:

—En tantos años —dijo— no has contado nada sobre ti. ¿A quién temes ahora? Harut ya no está... Es una pena, por supuesto, que no esté.

Mukuch sabía que la historia de todos ellos se asemejaba y que todas las biografías terminaban en la punta de la cimitarra, pero, de todas maneras, le interesaban los detalles. Hasta entonces, ante sus preguntas e inquisiciones, Onés se limitaba a suspirar: «Dios se apiadó de mí...». A veces decía «Dios se apiadó de mí» con tanta exaltación que el policía llegaba a pensar que se había salvado con toda la familia, el oro incluido.

—Mi hermano menor se llamaba Israel, pero lo habíamos pulido para convertirlo en un nombre humano, Isró —Onés se justificó con que el padre había tenido tantos hijos que los nombres no habían bastado y se había visto forzado a poner nombres de países—. Era un chico bueno y gordinflón, le gustaban las confituras, lloraba por la picazón de las abejas...

Había tenido familia en Armenia y Georgia, pero los habían aniquilado en los desiertos de Siria. Quedó claro que solo él se había salvado...

—¡Y a qué precio...! —dijo y se frotó los brazos erizados.

Cuando los turcos irrumpieron en la casa, había conseguido ocultarse:

—Yo veía los ojos de un turco constantemente. —Era lo único que percibía desde su escondite.

—Era bizco —dijo—. Por lo visto veía doble, a sus ojos éramos muchos más que en la realidad… Luego, los ojos se separaron: el derecho vagabundeaba por el cielo raso, mientras el izquierdo hacía su tarea.

—¡Ay…! —Onés extendió tanto el suspiro que llegó desde el suelo a la luna y más allá —. ¿Sabes por cuánta gente estoy vivo…? Si viviera doscientos años, aun así no lograría pagar mi deuda con Dios.

—Pero así y todo se apiadó de ti.

—Se apiadó, ¿qué si no? —se persignó—. Gloria a Él.

—¿Llorabas en secreto?

—La sangre corría como un río. ¿A quién le hacían falta mis lágrimas?

—¿Y qué hacías entonces? —Ya que había comenzado a hablar, el policía intentaba entender por qué y cuándo Dios le había tenido misericordia.

—Miraba… a los ojos del turco.

—¿Cuánto tiempo permaneciste oculto?

—¡Qué sé yo! Nuestra familia era grande como una aldea.

—Y durante todo ese tiempo…

—Veía los ojos del turco…

—Si hubieras cambiado de posición, seguramente habrías visto mucho más.

—¿Qué iba a ver más allá? Yo veía los ojos del turco.

—¿Mataron a todos?

—A juzgar por los ojos, sí. Pero, gloria a Ti, Padre Celestial… Se apiadó de mí.

—¡Hombre…! —Mukuch se levantó bruscamente y gritó—. ¿Cómo puedes engañarte así? ¿Dónde está Su misericordia…?

Onés también se levantó, agarrándose de la piedra a cuya sombra estaban sentados:

—¿Y si ésos hubieran sido mis ojos…?

«Su temor ha tomado esta forma…». —Pensó Mukuch con escrúpulos.

—Sí, claro... se apiadó de ti.

—Lo difícil era llegar a las montañas —continuó Onés—. Si llegabas, estabas salvado. Te reciben abajo, te llevan a las cavernas, te dan armas, quizás se consigue comida... Corrí durante mucho, mucho tiempo hacia las montañas.

—No importa —le consoló Mukuch—, tu sufrimiento valió la pena, pues te salvaste.

—Seguir vivo y salvarse no es lo mismo. Yo no llegué a las montañas. Los caminos habían organizado una conspiración; como fuera que corrieras y hacia donde fuera que corrieras, aparecías en el desierto. Y para salvarse había que llegar a las montañas, por lo menos al pie...

—¿Cuál es la diferencia? Llegaste a nuestras montañas.

—Cuando llegué a vuestras montañas ya había visto tantas cosas que... ya era muy tarde para salvarme.

—Pero, de todas maneras, Dios te salvó —el policía miró emocionado al cielo—, realmente, gloria a Él. —Y confirmó lo dicho con una ristra de estornudos.

Cuando la serie de estornudos del policía cesó, vio un movimiento en la orilla de enfrente mientras se llevaba el pañuelo al bolsillo. Primero, las hojas de los árboles temblaron como si alguien las hubiera agarrado y las arrastrara sacudiéndolas; luego, las cañas se inclinaron a un lado y al otro, y el policía aguzó la vista para ver un sendero abierto con flores y hierba pisoteadas.

—Harut, Harut... —rio—, y nosotros pensando que estaba en Siberia.

—¡No puede ser! —Onés no le creyó, se levantó y miró con atención.

—No parece haber ido muy lejos. —Se burló el policía.

—Con esa pierna que le dolía no iba a llegar a la luna —le defendió Onés.

¿La culpa fue de Mukuch? ¿Acaso fue él quien les dio la noticia a los aldeanos y sembró en ellos la alegre sospecha o fue una coincidencia? Lo cierto es que dos días después llegó la orden de que los prisioneros construyeran un puente. Con el mismo carro, dos hombres diferentes vinieron con una carpeta azul. Se sentaron sobre las piedras de la orilla con los prisioneros durante largo rato, pusieron el mapa de la carpeta sobre las rodillas y comenzaron a explicarles. La orden confirmó lo más

importante: los prisioneros volverían a casa una vez que terminaran el puente.

* * *

Era la segunda semana de primavera y el invierno continuaba sin alejarse. Como todos los años, jugaba con la paciencia de la primavera. Como un animal al que estuvieran castrando, el viento soplaba por última vez con brutalidad en las cimas de las montañas eternamente blancas. En las horas cálidas del día, la tierra se revelaba en algunos sitios en la falda del monte, húmeda y pegajosa como un recién nacido.

Durante todo el invierno, el hielo recolectaba el agua en su puño y la estrangulaba, atenazándola en la palma de su mano, y cuando se derretía en la primavera, el agua estallaba en un gélido alarido que golpeaba el rostro del cielo.

El diluvio podía surgir de donde fuera, del cielo, de la cima del monte, de las memorias, del corazón; el diluvio era libre de elegir su fuente y su cauce... Todos fueron testigos: el sol derretía los montes y al mediodía las cumbres quedaron al descubierto y el hielo eterno fluyó hacia abajo, lavó el puente a medio construir y arrastró a unos cuantos prisioneros que trabajaban en él hacia el lago. La vez siguiente, ni siquiera entendieron qué era; solo escucharon el ruido y, al momento siguiente, el puente a medio construir ya no existía. Esta vez, los prisioneros no sufrieron pérdidas. La última vez, directamente se los tragó. Decían que era el estallido de una bomba, porque había sucedido exactamente en el momento en que el puente estaba casi finalizado y faltaba medio paso para que las orillas se unieran. El policía Mukuch decía que era obra de Harut, pero los aldeanos no le creían:

—Su conciencia no se lo permitiría... Los prisioneros todavía comen el alimento que les ha dejado.

—Harut ha sufrido mucho por su conciencia... —Onés quería que Harut estuviera vivo y en las cercanías—. Puede que lo haya hecho desde aquella orilla.

¿Quién era? ¿Qué era? ¿Con qué propósito? Lo único cierto era que solo uno entre los prisioneros quedó con vida. El científico fue el único afortunado porque estaba con los pájaros como siempre y no se hallaba

sobre el puente en el momento de la explosión. Pero después de que sus camaradas desaparecieran se vio obligado a dejarlo todo y recomenzar la construcción, porque era la única condición para volver a casa: terminar la construcción del puente.

Cuando el alemán estaba colocando la última piedra, los aldeanos se habían reunido a sus espaldas y miraban con el fin de pasar a la otra orilla sin pérdida de tiempo en cuanto terminara.

—Fuera, no molestéis —los ahuyentaba el policía sobre la cabeza del prisionero—, fuera... ¿Por qué estáis todos reunidos aquí? Aquella orilla es igual que esta... No hay nada nuevo, idos a vuestras casas.

Pero la gente no se iba. Lo que les interesaba no era la orilla, sino Harut. Querían comprobar si era él o si se estaba pudriendo en Siberia. Algunos ya estaban convencidos de que la noticia era cierta y se reían de su propio pensamiento:

—Y nosotros nos lamentábamos de que hubiera muerto... No digas...

—¿Se escapó...? ¿De quién, de mí...? Humm... —el policía reía malévolamente—, vosotros todavía no me conocéis.

—¿Aquel que logró escapar del turco no puede escaparse de ti...? —Onés, satisfecho, concluyó sabiamente—. Debe haber ascendido a los montes.

—Se acerca a Dios poco a poco.

—Seguramente ha descubierto un nuevo río, ha fundado una nueva aldea —dijeron los aldeanos con certeza mientras reposaban en el regazo del sueño.

—Dejad que se vaya, sí —dijo el policía despreciativamente en su furia—, veamos hasta dónde llega... Todos los ríos que ha descubierto tienen tres orillas.

* * *

La vejez de Asó era muy, pero que muy cruel: los huesos le crujían, sus pensamientos se entrecortaban, su lengua balbuceaba con las palabras girando en torno a su propio eje... Es comprensible que los ojos ya no fueran los de antes y los oídos tampoco... Solo su corazón permanecía joven en todo el cuerpo y se sentía herido de muerte cuando al hacer una broma con las mujeres estas le decían con desprecio: «¡Vejestorio!

Ya ni tu cuerpo te responde...». Y para no quedarse entre el cacareo de las gallinas y el de las mujeres, antes de la luz matinal extendía el *lavash* sobre el chal con flores que le quedaba de su madre, lo llenaba con yogur y verduras, lo enrollaba, ataba el bulto a su espalda y se iba con los muchachos pastores... Los muchachos vigilaban a los corderos y él a los muchachos.

«Sol, no te vayas hacia el crepúsculo...» —canturreaba Asó sentado sobre una piedra, mirando al rebaño que pastaba.

El cielo era un desierto rojo; las nubes y las grullas se deslizaban quemándose las patas. Como una mancha blanca en el cielo, una luna prematura ya había llegado, la oscuridad todavía no estaba, y los lagartos multicolores no sentían la diferencia mientras seguían entrando y saliendo entre las piedras calientes. Los pequeños gusanos rojos hervían sobre los líquenes. Desde una pared baja que había quedado de las ruinas, por unas cuantas rocas que yacían unas sobre otras, un batallón de lagartos manaba y goteaba en el suelo, dispersándose entre la hierba.

—Felices ellos. —Asó suspiró, recordando cuán veloz y ágil era en su infancia.

El sol había cocinado los perfumes acres de las hierbas florecidas y del tomillo endurecido por el aire y los había convertido en crisma. Una orquesta de grillos chirriaba y quebraba el aire quemado, y el crepúsculo se había adherido a la tierra y al cielo.

—Abuelo, abuelo, mira, ¿qué son? ¿Son osos? —gritó uno de los pastores, que había arrancado una acerola y mantenía la mano sobre la savia que fluía de su tallo para fabricar chicle de montaña. Levantando la mano hacia el sol que se ponía, esperaba a que la savia se secara para arrancar otra acerola, hacer que la savia goteara y volver a secarla al sol... Hasta que la savia acumulada se hinchara, se secara y tomara un color canela para luego arrancarla de su mano, lo que le haría doler la piel, y comerla.

El anciano forzó la vista y, al ver lo que por ahora era simplemente una sombra negra allí donde el muchacho señalaba, susurró:

—Todo es posible.

—No temas —confirmó el muchacho pastor tras tensar su propia vista—, es Astghó...[29] Va con el alemán.

Miraron tranquilamente a la pareja que iba ladera abajo con las piedras.

—He oído decir que se han casado.

—Era lo mínimo que podía hacer —rio el adolescente malévolamente —. Le pegamos tanto que se convirtió en barro. ¿Te imaginas? Desde el día en que llegó a nuestra pequeña aldea, mantuvo relaciones con Astghó sin que lo supiéramos. Dicen que había bebido sangre de víbora desde el principio y se había fortalecido... ¿Recuerdas cuántas víboras despellejaban por día, especialmente al principio, cuando Harut no había donado la vaca ni nosotros las gallinas? Malditos... Cuando lo supimos, nos moríamos de rabia. Hombre, ¿quién se cree que es? ¡Él y sus gansos...! Jachó me divirtió ese día. Es un idiota, pero tiene una mano pesada y fuerte. Pegarle y tirarle al suelo fue todo uno, no podía levantarse; cayó y se quedó.

—Pobre tipo, ¿por qué le pegásteis? Como si fuera el primero. ¿Quién no conoce a Astghó?

—Abuelo, no puedo creer a mis oídos. ¿Qué has hecho de tu dignidad? ¿Qué importa si es una mujerzuela? Pero es nuestra mujerzuela, ¿no? Nadie más que nosotros puede tener ese derecho... Le dimos una paliza y luego, agarrado de los pies, lo arrastramos al gallinero. Recuerdas, ¿no?, cuántas gallinas y gansos le habíamos dado, y este los había multiplicado, los trataba, los estudiaba, los acariciaba y besaba y Dios sabe qué más... Nunca había visto sus aves así ensangrentadas. Lo hicimos frente a sus ojos... Así como llenas la tierra a puñados sobre el ataúd, así lo hicimos. Gallinas, gansos, patos... Cada uno de nosotros tuvo su parte, les arrancamos el cuello por turnos y los arrojamos sobre él. ¿Cómo se llamaba? Konrad[30], sí, Konrad... Con rabia, le llamábamos entre risas, «¡Konrad!». Estaba desahuciado en un rincón del gallinero mientras le arrojábamos no importaba qué, gansos, patos, gallinas... Los pájaros corrían sin cabeza, derramando sangre y plumas, torciendo el cuello sanguinolento a izquierda y derecha; al principio le daban fuerza a las patas, las rodillas se doblaban después de un par de giros, y aleteando empezaban a remar en el suelo... Las alas perdían su fuerza, ellos rodaban en la piedra y el polvo, unos cuantos incluso proferían sonidos... Al final temblaban y, plop, morían... Abó se sintió

mal en la nube de sangre y plumas, lo arrastramos para sacarle y dejamos al alemán en su gallinero... ¡Cómo temblaba, cómo temblaba! Bueno, que se entere...

—Ay, Harut, Harut —suspiró el anciano—, han perdido tu guía, si tu cuerda de pelo de caballo y tú estuviérais aquí, ¿éstos se arriesgarían? Qué desperdicio, hijo de perra —se volvió al adolescente—, todas esas aves... —Con la mirada que iba y venía por las piedras, mientras trastabillaba en el camino, seguía marchando en pos del alemán y Astghó.

—Luego, unos cuantos de los muchachos se arrepintieron, le tenían lástima como tú. Cuando llevamos a Abó a casa, la abuela Maró dijo: «Sois dignos de lástima, ¿por qué habéis atraído esa maldición sobre vosotros, jóvenes como sois?». Por eso es que cargamos las piedras en su lugar y construimos el puente.

—¿Acaso el prisionero sabrá la historia del origen de Astghó? —preguntó Asó dubitativo mientras miraba con cuánta delicadeza intentaba el alemán poner de pie a la joven caída entre las piedras levantándola por las axilas—. ¿Quién se lo habrá contado? ¿Cómo se lo habrá contado?

—Curioso, ¿cómo habrán hablado? —Al acariciarse la pelusa de los bigotes, que ya había oscurecido sin que aún hubiera crecido pelo, el muchacho intentó demostrar que él también entendía algo del amor.

—¡Vaya tonto! —Asó se asombró de la ingenuidad del muchacho —. Esas cosas se dicen sin palabras. Además..., a veces la desgracia conecta a la gente con más fuerza que el amor.

Astghik y el alemán se detuvieron cerca de una gran roca y, tras acostarse de espaldas sobre la piedra recalentada, recuperaron el aliento y continuaron. Ahora estaba claro que descendían hacia la tumba de la madre de Najshún. El demacrado alemán caminaba a duras penas con el brazo sobre el hombro de Astghik, y no estaba claro si la abrazaba o se apoyaba en ella.

Al llegar a la lápida, Astghik se desplomó, reclinó la cabeza sobre el *jachkar* y luego lo acarició mientras probablemente murmuraba algo.

—Se está despidiendo de la madre —se emocionó el viejito—. ¡Qué mundo cruel...!

—Quizás de Harut... fue como un padre para ellas —agregó el

muchacho.

—¡Ay, Harut, Harut...! —el viejo aldeano gimió mientras se limpiaba los ojos húmedos—. Tú también te has ido para convertirte en leyenda.

—Si tenía que irse, bueno, que al menos hubiera dejado el cuento de Varsó... —El muchacho miró mientras se cubría los ojos con la mano.

Ya se habían alejado bastante del *jachkar*. Ya caminaban separados y rápidamente, sin prestar atención a las piedras afiladas, a las espinas que brotaban entre ellas y a las víboras y escorpiones con sus entradas y salidas; tenían que conseguir cruzar un monte, dos colinas y la planicie intermedia, o de lo contrario los lobos saldrían en cuanto cayera la oscuridad.

—Buen viaje —dijo el muchacho con voz pícara.

—Que se vayan... que se lleven de nuestra aldea el peso de su destino —dijo Asó con amargura, y miró con sus ojos que no veían a quienes se alejaban. Ya estaban en la ladera y habían sido reemplazados por una mancha negra.

A lo lejos, el lago lamía las jorobas del monte y se alejaba tras dejar un viento con escalofríos entre las losas húmedas.

1. En el habla popular se llama así al niño que nace con los pies hacia delante (todas las notas son del traductor).
2. Instrumento de viento de sonido agudo.
3. Especie de confitura que también se prepara en ocasiones festivas, incluyendo casamientos.
4. Ceremonia tradicional de la Iglesia Apostólica Armenia, con raíces paganas, que consiste en la ofrenda de un cordero o un gallo para hacer una peticion o expresar gratitud.
5. Especie de horno subterráneo de ladrillo, típico de las aldeas armenias.
6. Los apellidos combinan raíces del idioma turco (*keshishoglú* «hijo de cura», *gharageoz* «de ojos negros») con el sufijo patronímico armenio *ián* («hijo de»).
7. Carne en conserva.
8. Deir-ez-zor, zona desértica en Siria donde millares de sobrevivientes de las deportaciones del genocidio armenio fueron enviados para ser masacrados.
9. Yogur mezclado con agua.
10. Tipo de pastel dulce.
11. Instrumento de cuerda.
12. *Jachkar* («cruz de piedra»), monumento típico de la arquitectura armenia consistente en una cruz esculpida sobre el frente de un monolito.
13. Lago Seván: el principal lago de agua dulce de la República de Armenia, situado a 1916 metros sobre el nivel del mar.
14. Diminutivo del nombre Ierán.
15. Astghik, diosa del amor, y Anahit, diosa madre en la mitología armenia.
16. Un tipo de sable o espada corta de origen turco, caracterizado por su hoja recurvada y una doble curva en el filo.
17. Título honorífico turco.
18. Viento fuerte, vendaval.
19. En armenio, el lago Seván suele llamarse con el apelativo de «mar».
20. Forma abreviada del nombre Astghik.
21. Denominación común del «*Libro de la Tragedia*», poema religioso de San Gregorio de Narek (951-1003), poeta y teólogo considerado el autor más grande de la literatura armenia.
22. Especie de tortilla.
23. «Rápido» (en alemán).
24. Referencia al cuento "La tinaja de oro", de Hovhannés Tumanián (1869-1923).
25. Referencia a la persecución de la Iglesia Armenia durante la época del estalinismo.
26. Especie de pan muy fino que se cocina en un *tonir*.
27. Referencia a la guerra civil de Rusia (1918-1921) entre las fuerzas bolcheviques (rojos) y contrarrevolucionarias (blancos), así como también a la Federación Revolucionaria Armenia (en armenio *Dashnaktsutiún*), partido político gobernante durante la primera independencia de Armenia (1918-1920), que terminó con el establecimiento del régimen soviético.
28. Instrumento de viento similar a una flauta.
29. Diminutivo de Astghik.
30. Se refiere al biólogo Konrad Lorenz (1903-1989), Premio Nobel de Medicina (1973), quien estuvo en la Armenia soviética como prisionero de guerra, en la zona del Lago

Seván, en 1946-1947.

Esta edición, primera, de *La aldea escondida* se acabó de imprimir
en Madrid en la imprenta de Gráficas Cofás en mayo de 2025
www.armaeniaeditorial.com

Table of Contents

Créditos
Inicio del texto